3 1761 07048938 0

ANTOLOGÍA DE POETAS AMERICANOS

EDUARDO DE ORY

LOS MEJORES POETAS DE COSTA RICA

COMP.A IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES
LIBRERIA FERNANDO FE
MADRID

LOS MEJORES POETAS DE COSTA RICA

OBRAS DE EDUARDO DE ORY

POESIA

Aires de Andalucía.—Cádiz: Imp. M. Alvarez.—Agotada.
Laureles Rosas.—Cádiz: Imp. M. Alvarez.—Agotada.
El Pájaro azul.—París: Librería Hispano-Americana.—Agotada.
La Primavera canta.—París: Librería Hispano-Americana. Agotada.
Sonetos.—Zaragoza: Santamaría Hnos., editores.—Agotada.
Mariposas de oro.—París: Garnier Hnos., editores.
Alma de luz.—París: Garnier Hnos., editores.
Lo que dicen las campanas.—Cádiz: Imp. M. Alvarez.—Agotada.
Mármoles líricos.—Cádiz: Imp. «La Gaditana».—Agotada.
Caravana de ensueños.—Valencia: «Bib. Americanista».—Agotada.
Hacia las cumbres...—Cádiz: Ed. «España y América».
Cascabeles de plata —Cádiz: Ed. «España y América».
Inquietudes.—Cádiz: Ed. «España y América».

ANTOLOGIAS

La Musa Nueva.—(Poetas españoles modernos).—Zaragoza: C. Gasca, Editor.
Parnaso Colombiano.—Cádiz: Ed. «España y América».
Rarezas Literarias.—Cádiz: Ed. M. Cerón.
Los mejores poetas de la Argentina.—Madrid: C. I. A. de Publicaciones.
Los mejores poetas de Costa Rica.—Madrid: C. I. A. de Publicaciones.
Los mejores poetas de Bolivia.—En preparación.

PROSA

Gómez Carrillo.—(Estudio de Psicología literaria).—París: Imp. de P. Muillot.—Agotada.
Desfile de Almas.—(Sensaciones).—Cádiz: Imp. M. Alvarez. Agotada.
Manuel Reina.—(Estudio biográfico).—Cádiz: Ed. «España y América».
Rubén Darío.—(Al márgen de su vida y de su muerte).—Cádiz: Ed. «España y América».
Amado Nervo.—(Estudio crítico).—Cádiz: Ed. «España y América».
Aspectos.—Cádiz: Ed. «España y América».

EDUARDO DE ORY

LOS MEJORES POETAS DE COSTA RICA

PRÓLOGO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. ALEJANDRO ALVARADO QUIROS

SECRETARIO DE LA ACADEMIA COSTARRICENSE
CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID
COMPAÑIA IBERO-AMERICANA
DE PUBLICACIONES
LIBRERIA FERNANDO FE
PUERTA DEL SOL, 15

Blass, S. A. - Madrid.

A MI DISTINGUIDO E ILUSTRE AMIGO

EL EXCMO. SEÑOR

DON MANUEL M. DE PERALTA

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO DE COSTA RICA
EN ESPAÑA Y FRANCIA

AFECTUOSAMENTE,

EDUARDO DE ORY

LIBRARY
SEP 0 9 1969
UNIVERSITY OF TORONTO

PG
7436
O77

PREFACIO

La poesía y la crítica tienen apenas un remoto parentesco. El poeta vive perennemente en contemplación de la sagrada belleza, escuchando lo único que le importa, las voces que allá en lo íntimo van dictando sus propias estrofas, entregado como la crisálida a transformar, dentro de las mallas de seda, las sensaciones que recibe de la vida, en quimeras de alas abiertas.

¿Cómo, pues, pedirle al hombre que vive en la torre de marfil, que descienda a la tierra para juzgar las creaciones artísticas ajenas?

Y caso de que tuviera la fantasía de tomar la balanza en sus manos y se aprontara con la lente a comparar piedras preciosas, ¿podría exigírsele que dominara su temperamento, aquilatando méritos y defectos, ponderando las partes luminosas y señalando los rincones de sombra en las obras sometidas a su análisis, que no es otra la delicada labor del crítico? No, a los poetas puede pedírseles a lo sumo, que admiren con toda su alma, que proclamen la excelencia de un autor, que toquen el clarín de oro para contribuir al homenaje que en su concepto se debe al maestro a quien desean consagrar como jefe de escuela, o como artista de primera línea, cuya efigie coronada de laureles quedará grabada para la posteridad.

Sin embargo, en Cádiz vive actualmente un poeta, Eduardo de Ory, que abandona su propio huerto, para cultivar la producción selecta que encuentra en predios exóticos y su espíritu obediente a vagas sugestiones ancestrales cruza las ondas azules del Atlántico y siente predilección por los cantores americanos y por los prodigios de esta soberbia naturaleza, tal como uno de aquellos gallardos descubridores de la epopeya de Colón, que al llegar a nuestras playas no querían dar crédito a sus ojos y se prosternaban abismados ante las maravillas de colorido de las selvas vírgenes indianas.

En verdad que nuestra poesía contemporánea, a manera de una cordillera andina, ostenta cumbres que corresponden a distintas regiones del continente: Amado Nervo, Julián del Casal, Guillermo Valencia, Santos Chocano, Leopoldo Lugones, y muy cerca de nosotros, erguido majestuoso, entre los dos océanos, como el volcán inmortalizado en la «Leyenda de los Siglos», el lírico innovador, cuyo nombre extraño sirve de blasón a Centroamérica: Rubén Darío.

Con todo, y sin mermar nuestro acatamiento a la obra realizada por ellos en el último cuarto de siglo y sin desconocer lo que poderosas individualidades como Bello, Olmedo, Obligado, ahondaron en el surco, en los tiempos llamados clásicos, pensamos que no ha llegado aún a su completo desenvolvimiento la poesía del nuevo mundo, que pugna todavía por caracterizarse y encontrar sus fórmulas y sus ritos de originalidad; que, paralela a las otras ramas del Arte, la literatura americana tiene un porvenir tan luminoso como es fecunda y variada la riqueza que guarda en sus entrañas torturadas esta tierra occidental.

Mientras tanto, las antologías coleccionan materiales, no los helados restos de las pirámides antiguas, las piedras que orientan al anticuario para

leer la historia de la civilización muerta, sino los sillares, toscos a veces, los mármoles, jaspes y bronces que servirán para el monumento de mañana, que nuestra visión interior contempla ya en el horizonte.

Este libro, en que figuran muchos de los poetas de Costa Rica, se debe a la paciente y meritoria labor del señor Ory y tendrá un valor efectivo para la historia de la literatura americana. No es completa la antología, ni han sido consultados los autores para que indicaran sus composiciones predilectas, de manera que sólo se pretende presentar al lector un ramillete con el aroma peculiar de las flores del trópico, las orquídeas, las resedas, lo que es nuestro, lo que nos trae a la mente reminiscencias gratas de otro tiempo, lo que alegra las fiestas de los salones y lo que esmalta nuestras verdes y risueñas campiñas, así como los ecos inspirados en el estudio de las literaturas extranjeras o al influjo de los sucesos trascendentales de la historia. En estas páginas encontraréis sonetos de Facio, la oda mística de Alfaro Cooper, la estrofa sencilla de Lisímaco o el complicado arabesco modernista de Rafael Cardona; en síntesis el reflejo de todas las escuelas y podréis admirar también la nota original de Echeverría, tomada del natural, de la vida ingenua y de la lengua característica de los campesinos, nota similar a la que guarda el libro de las pampas argentinas, la canción escrita en romance de ese ingenioso e inolvidable Aquileo, muerto prematuramente cuando su prestigio empezaba a convertirse en gloria para su patria.

Para algunos observadores nuestro medio ambiente, por su mediocridad y por la preeminencia que se concede al trabajo material, no se presta al cultivo asiduo del arte y a la contemplación desinteresada de lo bello, que sólo puede engendrar la verdadera poesía, como sólo brota la perla entre las

concavidades rosa y nácar de la concha. Más aún: en la época actual, posterior a la guerra, nuestro país sufre del mal que invade al mundo y el materialismo, ávido de goces, paraliza muchas actividades nobles y sella los labios de quienes quizás sintieran el incentivo de vocaciones que juzgan condenadas al fracaso.

La hora parece, pues, indicada para la empresa del poeta español, quien autorizado por su experiencia y consciente de su alta misión fraternal para estas Repúblicas de Hispanoamérica, ha querido dar un estímulo a los viejos cultivadores del verso en Costa Rica, que sentirán reverdecer sus entusiasmos y una voz de aliento a los jóvenes iniciados en el sacerdocio de Apolo, porque unos y otros comprobarán que el océano es importante para dividir lo que la raza y la lengua unificaron dentro de los vastos dominios de las letras castellanas, en los cuales, como en los de Carlos V, tampoco se pone el sol.

ALEJANDRO ALVARADO QUIRÓS,
Secretario de la Academia Costarricense, correspondiente de la Real Academia Española.

ALBERTAZZI AVENDAÑO (J.).

Contemporáneo. Sus principales obras son: *Fragmentos del alma* (1910); *Bajo el azul* (1918), y *Por los recodos del camino* (1918).

¿DETERMINISMO?...

El bien, el mal, el santo, el delincuente,
palabras petulantes, sin sentido:
ya dijo el otro que del mismo nido
puede salir el ave o la serpiente.

El niño que a la vida sonriente
por atávico mal viene impelido,
será de pecho noble o un bandido
según el torbellino que lo oriente.

Todo, bajo este cielo, es transitorio,
la estrella que deslumbra, el infusorio,
destellos son de un inmortal fulgor;

todo es cuestión de rumbo y de momento:
con el metal que se hace un monumento,
un odioso puñal forja un traidor.

CAUTIVO

Con la aurora hay que dar la gran batalla,
hay que abatir al enemigo fiero,
todo está listo y Napoleón, severo,
en la alta noche va a partir y calla.

El hijo de su amor duerme, y ensaya
su boca una sonrisa; el gran guerrero

va a decirle su adiós, quizá el postrero:
¿respetará su vida la metralla?

Besar quiere una mano del pequeño;
pero éste, entre las suyas, en su sueño,
retiene una del bravo Emperador;

y el que venció a la muerte, y el que altivo
su gloria impuso al mundo, está cautivo
de una mano sutil como una flor.

EL PREGONERO

«La Libertad», «La Patria», se oye el grito
del pregonero en la mañana oscura,
como una imprecación que va a la altura
prolongando sus ecos de infinito.

Esta mañana lo miré, proscrito
de un hogar que abatió la desventura,
me pareció fugaz caricatura
dibujada por un lápiz maldito.

El no sabe que va por la pendiente
que lleva al vicio o al dolor, ignora
que después de un vivir pobre y doliente

gritando esos dos nombres desde niño,
lo encontrará vencido su última hora
sin libertad, sin patria... y sin cariño.

CROMO

Al caer de la tarde, se moría,
como se dobla un tallo el limpiabotas,
y al mirarlo en su lecho, parecía
una esperanza con las alas rotas.

Pálido, débil, en su frente había
como un agonizar de ansias ignotas,
y giraban sus ojos, en sombría
visión de horas oscuras y remotas.

Madre, murmuró entonces el moribundo
con un hilo de voz que fué un sollozo:
arregla mi cajón que fué en el mundo

mi único amigo y mi mejor consuelo:
voy a lustrar, radiante de alborozo,
las botas de los ángeles del cielo.

EN TU DIA

A MI HIJA VIRGINIA

Naciste ayer de un beso, y ya mañana
vas a cumplir siete años, se diría
que eres un ruiseñor por la alegría
o fresca flor por la ilusión temprana.

El ansia de tu arribo no fué vana,
pues viniste a calmar, estrella mía,
la inquietud de mi loca fantasía
que en urdir jeroglíficos se afana.

Hija de un noble amor, en tu existencia
ha de haber la tranquila transparencia
de una gota en el cáliz de una flor,

y si el dolor te causa alguna herida,
sonríe en él al alba de tu vida
y bendice en tu Dios ese dolor.

PINCELADA

Va naufragando en sombras el camino
del monte al pie; de lejos, la campana
la dulce paz del Angelus desgrana
sobre el noble sosiego campesino.

Vuelve al cortijo con su andar cansino
la yunta que partió por la mañana,
y en la verde amplitud de la sabana
con la última luz se apaga un trino.

Desde las eras y los corazones
sube hasta Dios la plática sencilla
que su esterilidad calma y sus duelos,

y yo mismo, olvidado de oraciones,
digo ante tanta excelsa maravilla:
¡Padre nuestro, que estás en los cielos!

¡PERDONALO, SEÑOR!

¡Señor! Si en su vivir hubo impurezas,
si hubo en su alma huellas de delito
y en su triste aislamiento de proscrito
ignorante vivió de tus bellezas;

si sembró su camino de tristezas
y si el pecado convirtió en el rito
de su desolación, y sus fierezas
fueron en su dolor trágico grito,

¡perdónalo, Señor!... nadie en su senda
vertió una luz, jamás ninguna tienda
acogedora le brindó un amor;

y el amor es lo único en la vida
que hace luz en nuestra alma ensombrecida:
¡en tus brazos acógelo, Señor!...

ECO DISTANTE

Enmudece tu piano, esa armonía
suena en mi corazón como un lamento,
como una queja que arrancara el viento
de una campana al declinar el día.

Estrangula esa nota, amada mía,
tuércele el cuello al cisne, porque siento
que esa música llora en un acento
de un dolor que soñó ser alegría.

¿Qué marchita ilusión o qué atavismo
de amargura ancestral llora en mi mismo
las notas de tu piano al escuchar?...

Así recoge el alma de la lira
todo lo que en redor calla y suspira
y el caracol la ronca voz del mar.

LA POSTRERA ILUSION

Al pie de la montaña, una alquería,
un huerto de racimos y de flores,
donde lleguen los pardo ruiseñores
a saludar con su laúd el día.

En el hogar sin galas, la alegría
inmaculada de mis tres amores:
ciega la puerta a todos los rencores
y sorda el alma a la filosofía.

Para la quieta noche, un libro ameno:
restañar con espíritu sereno
hondas heridas que causó un dolor,

es la única ilusión que mi alma abriga,
bajo el signo fecundo de una espiga
y la amable sonrisa de una flor.

SERENAMENTE

(EN DÍAS DE ESCLAVITUD)

Amada buena, dulce compañera
que aguardas mi retorno, entristecida;
¡ya ves!... no brota sangre de mi herida
porque es herida oculta y traicionera.

Cierra las puertas del hogar, afuera
toda idea de bien está perdida,
y a través del espacio y de la vida
la bestia triunfará, salvaje y fiera.

Sólo quiero tus manos, y las finas
manecitas de amor, manos divinas
del ángel que colmó nuestra ilusión,

para posar en ellas mi cabeza
sedienta de quietud y de terneza,
mientras pasa bramando el aquilón...

FLOR DE HISTERIA

...Y me contó su historia: su vivir campesino
fué el vivir silencioso de una resignación...
y en una tarde alegre la libertó el camino
de la tristeza que hizo sangrar su corazón.

Luego, se vió extraviada entre ese torbellino
de carruajes y gentes de una gran población:
trajo sed de cariños y se embriagó con vino
del que sirve en sus copas la baja seducción.

«En los primeros días hubo amor y hubo lumbre
en esto que es ahora nido de pesadumbre,
en mi boca un halago, en mi pecho una flor;

mas hoy sólo me queda, abrumada y vencida,
el placer inocente de haber sido en la vida
fuente abierta a toda ansia disfrazada de amor.»

ALFARO COOPER (José M.).

Nació en San José en 1861. Es miembro de la Academia Costarricense, Correspondiente de la Real Academia Española. Su principal obra es *La Epopeya de la Cruz* (1921-1924), y es autor también de otros libros, entre ellos *Cantos de Amor, Poemas del Hogar, Ritmos y Plegarias* y *Orto y Ocaso* (1926).

Ha desempeñado importantes cargos oficiales.

LA ABUELA

¿Quién busca
los niños
sus gracias
celebra,
los ama,
los mima,
tan dulce
tan tierna?
¿Quién goza
si ríen?
Si sufren,
quién pena
y excusa
sus faltas
por graves
que sean?
La madre
dos veces,
la plácida
abuela.
¿Quién
blancos
cabellos
cual galas
ostenta

y grata
los tiempos
pasados
recuerda?
¿Quién sólo
virtudes
y amores
revela?
¿Quién nunca
se enfada
y es siempre
tan buena?
La madre
dos veces,
la plácida
abuela.

RIMAS BREVES

Tienes
dulce,
tierno
niño,
ojos
bellos,
rubios
rizos.
Cuando
duermes,
ángel
mío,
sueñas
juegos
gratos,
vívidos;
viendo
ninfas

como
lirios
darte
besos
siempre
ricos;
oyes
sólo
suaves
trinos.
Tienes
lecho
blando,
tibio,
mientras
otros
pobres
niños,
lanzan
lejos
tristes
gritos,
porque
sufren
hambres,
fríos.
Si eres
bueno,
justo,
digno,
quiere
mucho
tales
niños.

A MI ESPOSA

Entre penas y alegrías,
de nuestro enlace sagrado
catorce años han pasado,
es decir, catorce días.

Me quedo a veces absorto,
pero después me hago cargo,
de por qué tiempo tan largo
se nos ha vuelto tan corto.

Es claro: somos dichosos,
y con tranquila conciencia
pasamos nuestra existencia
como dos buenos esposos.

Esto cualquiera lo explica:
queriéndote cual te quiero,
aunque no sobre el dinero,
¡se hace la vida tan rica!

Eres en verdad muy buena;
pero debo reprocharte
lo que voy a confesarte
por más que te cause pena.

Dirás que soy importuno;
pero tienes, en efecto,
un solo y grave defecto,
cual es... no tener ninguno.

Yo miento cuando te digo:
«te quiero cual te quería
en aquel dichoso día
en que me casé contigo.»

Tal vez a enfadarte vas;
mas no te cause quebranto;
si ya no te quiero tanto,
¡es porque te quiero más!

HIMNO EUCARISTICO

Letra adoptada en el Congreso Eucarístico de 1913.
Premiada con medalla de oro.

SOLO

Jesús, amante esposo
de virginales almas
que las tormentas calmas
del hombre y de la mar,
Jesús que en los altares
por nuestro amor te humillas,
que el mundo de rodillas
te adore sin cesar.

CORO

¡Oh!, dulce prisionero,
¡oh!, víctima inocente,
inagotable fuente
de gracia y de perdón,
las ondas de ternura
que de tu pecho exhalas
a ti vuelan en alas
de nuestra adoración.

SOLO

Jesús manso y humilde,
Cordero inmaculado,
Jesús sacramentado

que sabes sólo amar;
la fe nos ilumina
y el alma enamorada
en la Hostia consagrada
te siente palpitar.

CANTO A LA EUCARISTIA

Jesús a quien adora
mi ardiente corazón con fe sencilla:
cual tímida avecilla
que al asomar la aurora
su faz radiante y bella
y al apagar su luz la última estrella,
al invisible sol que ya presiente
saluda con sus rítmicos gorjeos
y le cuenta sus ansias y deseos...
inclinando mi frente
y sintiendo mi espíritu agitado,
de mi olvidada lira
el himno brote que tu amor me inspira
para cantarte, ¡oh, Dios! Sacramentado.

Jesús que en el materno
regazo de María
o apoyado en su seno dulcemente,
oíste con placer su arrullo tierno,
el canto celestial con que solía
las penas mitigar que le ocultabas
y disipar las nubes de tu frente,
pues ya, divino infante,
en el madero trágico, infamante,
y en tu siniestra muerte meditabas;
mas tu mayor tortura,
lo que llenó tu pecho de amargura,
fué el odio, la insolencia,

con que la gente incrédula y malvada
habría de responder a tu clemencia
al ofrecerte en la Hostia consagrada.
¡Oh! manjar delicioso,
por las divinas manos preparado,
y del Amor Hermoso
el más grato y riquísimo legado;
encanto de las almas que te adoran,
consuelo de los tristes que en ti fían
que si amarte supiesen, ¡cómo irían
ansiosos a buscarte los que lloran!
Tu inefable promesa
se realiza a través de las edades,
pues vamos siempre a la sagrada mesa
a gustar de tu angélica pureza
y a combatir las recias tempestades.

Jesús escarnecido,
Jesús por nuestro amor crucificado,
que al expirar, exangüe y agotado,
como racimo de uvas exprimido,
con la divina púrpura teñido,
¡tu cuerpo virginal quedó enclavado!
Mas a tu pecho amante
esa muerte cruel no fué bastante,
y viertes cada día
para saciar la sed de tus hermanos,
la sed espiritual que nos abrasa,
tu sangre preciosísima sin tasa...
que es misterio de amor la Eucaristía,
porque sólo hay bondad en sus arcanos.

Jesús, Pastor divino,
celeste peregrino
que vienes a llamar a nuestras puertas,
donde no hay pecador que no perdones,
¡que quieres para ti los corazones
y sabes calentar las almas yertas!

Perdona mis anhelos,
¡inmaculado lirio
que la tierra perfumas y los cielos!
y, como insecto alado,
alrededor del encendido cirio
permíteme que gire,
hasta encontrar tu corazón sagrado
y en su hoguera de amor feliz expire.

SAN FRANCISCO PREDICA A LOS PAJARITOS

Iba el Santo de Asís una mañana
por un tranquilo, delicioso prado,
alzó los ojos y observó risueño
que en los erguidos árboles cercanos,
una gran multitud de pajarillos
alegraban el aire con sus cantos,
deleitando la vista los colores
de plumajes espléndidos y varios;
al compañero «espérame—le dijo
con apacible voz el varón Santo—
pues a mis bellos hermanitos quiero
hoy predicar», y al bosque penetrando
metióse lentamente en la espesura,
bajo la fresca sombra de los álamos,
se dirigió a las aves que en el suelo
daban pequeños y graciosos saltos
y en el instante, placenteras todas,
de las ramas altísimas bajando,
de San Francisco en derredor, tranquilas,
silenciosas y atentas se quedaron.
«Avecitas de Dios», le dice ingenuo,
¡ingenuidad sublime de los santos!
«Mucho amarle debéis, mis hermanitas,
y alabarle también con vuestros cantos,
porque os dió lindas y ligeras alas
para cruzar el aire revolando,

porque os cambia el vestido varias veces,
muy vistoso y muy bello y adecuado
para daros calor; porque en el Arca
preservó del Diluvio y del estrago
la dichosa pareja que debía
continuar vuestra especie, mis amados
y buenos pajaritos, y vosotros,
sin sembrar ni segar, tenéis el grano
y alimento en su mesa, la bebida
en la fontana y el arroyo manso
y refugio en los árboles frondosos
para formar allí los nidos blandos,
y porque os ama mucho, pajaritos,
no debéis incurrir en el pecado
de negra ingratitud. Loadle siempre
con el arruyo de los dulces cantos
y suplicadle humildes que bendiga
vuestros amores férvidos y castos.»
Terminó San Francisco bendiciendo
su auditorio bellísimo y alado
que comprender atento parecía
las frases que brotaban de sus labios;
prorrumpieron las aves en gorjeos,
ascendieron a un tiempo en el espacio
y al separarse en diferentes rumbos,
una cruz en el aire dibujaron.
San Francisco quedóse enternecido,
en hondísimas cosas meditando
y suspiró diciendo: «Si los hombres
fuesen buenos y dóciles y mansos,
como estas avecitas, qué dulzura
y qué dicha y qué paz»; un breve rato
con la mirada en lo invisible fija,
guardó silencio y concluyó: «Loado
debe ser Dios, autor del Universo
que sabe la razón de sus mandatos».

A RUBEN DARIO

De tu alma bella, Darío,
la luz espléndida y pura
inútilmente procura
pintar el acento mío.
Amor, Patria y Libertad
son el sol que te fascina
y tu palabra divina
alienta a la Humanidad.

En tus himnos tropicales
se escuchan dulces rumores:
hay trinos de ruiseñores
y música de turpiales.

Y del más negro capuz,
forma tu canto sonoro,
madejas rubias de oro,
que se deshacen en luz.

Pues cuando cantas, Rubén,
al pecho llega el consuelo
y baja un ángel del cielo
para coronar tu sien.

VISION

Darío, el gran Darío,
el domador del verso castellano,
del canto aquel homérico y sonoro,
indómito y bravío;
con su lira de oro,
con ademán de invicto soberano
y el lauro eterno en la nimbada frente,

entró pausadamente,
llegóse hasta mi lecho,
como una sombra amada,
en el silencio de la noche, augusto
y, como hubiese un hálito en su pecho
y un extraño fulgor en su mirada,
dejóme mudo de placer y susto.
Poeta, dijo la querida sombra,
con grata vanidad mi labio nombra
el vocablo gentil de que me ufano;
sobre mi frente colocó su mano
y, con mayor dulzura,
con dejos de tristeza y de ternura
de exquisito sabor, me dijo:
Hermano:
tú no sabes luchar, sólo tu nido,
tu dulce compañera
y tu retoño amado
mueven tu corazón adormecido...
La virgen rubia que impaciente espera
la aparición del príncipe soñado,
el astro que titila
y parece guiñar con su pupila
o que en el palio azul quedó prendido
como un jazmín de pétalos de fuego;
el beso hurtado a la bermeja boca;
divina Psiquis y Cupido ciego;
la audacia del intrépido soldado,
la patria en fin que su defensa invoca,
¿en tu vida ideal nada te inspiran?
Las ansias del amor con que deliran
las núbiles doncellas,
las místicas y bellas
esposas de Jesús, que ignora el mundo;
el vértigo infernal de las batallas,
el hórrido estallar de las metrallas
que el orbe llena de pavor profundo,
¿nada tu amante corazón conmueve?

Luego, una pausa prolongada; leve
como un suspiro, prosiguió:
Perdona,
olvida, hermano, mi anterior consejo:
todo en el mundo sirve y se eslabona,
desde el fresco botón al árbol viejo.
Tú no puedes planear en el espacio,
como el águila audaz de ala pujante...
El águila soy yo, de mi palacio
el Sol fué antorcha vívida y radiante,
su esplendor resistí sin quedar ciego.
Jamás mi musa deja
correr el llanto ni escapar la queja;
mis cantos fueron épicos y grandes
y al entonar el himno de los Andes
en él vertí mi corazón de fuego.
Yo soy el Astro Rey,
fundé mi escuela sin seguir ninguna,
domino siempre mi sumisa grey
que refleja mi luz como la Luna
y, sin buscar modelos,
hollé las cimas y escalé los cielos;
mis estrofas triunfales,
de epítetos fogosos
cuadrigas de corceles victoriosos,
émulos tienen—pero no rivales—.
Tú no puedes volar a mis alturas;
eres el pajarillo
que con su arrullo plácido y sencillo,
cuenta sus melancólicas ternuras,
tu mente no está plena
del astro divinal que inmortaliza;
mas es tu corazón una azucena
que con rayos de amor se fecundiza.
Toma tu lira y canta tus ensueños,
tus pálidos fulgores vespertinos...
Yo a los grandes dejé cantos divinos;
¡tú puedes arrullar a los pequeños!

SOLO DIOS

MONÓLOGO DE CRISTÓBAL COLÓN

Sentí un astro divino iluminarme
y a su luz descubrí tierras ignotas,
con la duda luché de los Monarcas,
con pasiones mezquinas, y las ondas
del océano falaz no detuvieron,
con su terrible furia, la radiosa,
la fulgurante FE con que seguía
buscando rutas que la estela forma,
para llegar a las distantes playas,
sobre la espalda de la mar traidora.
Sólo Dios, por ser Dios, inspirar pudo
tal pasión en mi pecho, donde brota
con más ardor, valiente, embravecida,
más pujante tal vez, cuanto más honda
se clava en él la flecha inexorable
del dolo y la traición. Entre la sombra
de una funesta noche, sentí el frío
del mortal desaliento, una vez sola:
sólo una vez pensé que se acercaba
el espectro fatal de la derrota;
más, pasadas las horas de la angustia,
ante la luz de la naciente aurora,
¡tierra! gritó el marino vigilante,
¡y sentí la fruición de la victoria!
Sólo Dios, por ser Dios, sostener pudo
mi carabela frágil en las olas
que simulan altísimas montañas
y abismos ¡ay! en la tiniebla forman;
¡Sólo Dios!, por ser Dios, permitir puede
que por la cuarta vez fije la proa
y en estas aguas límpidas y puras
venga a aumentar las tierras españolas,

trayendo así la luz del Cristianismo
hasta el confín de las indianas hordas.
Hoy he visto, Cariari, embelesado,
tus riberas gratísimas y hermosas,
tus altivas montañas donde habita
una admirable, exuberante Flora,
tu cielo siempre azul que me recuerda
el de mi amada patria, y en la pompa
de tan rico país, la dulce tribu,
sencilla, buena, hospitalaria toda.
¡Salve! región de luz que vivir puedes
en brazos de la paz, donde reposas,
cual infante feliz adormecido
en el regazo maternal... Europa
no conoce tus íntimas dulzuras,
en el hervor de sus pasiones locas.
Sólo Dios, por ser Dios, trajo mis naves
a esta tierra tan bella y seductora...
¡a los pies del Señor poner debemos
el esplendor de las triunfantes glorias!

AMOR DIVINO

Señor, tú que la tierra presides y los cielos
y sabes de las ansias y místicos anhelos
con que cantar quisiera tu inagotable amor,
alumbra con tu gracia mi oscura fantasía
y habrán de ser mis cantos raudales de armonía
que infundan en las almas angélico candor.

¡Oh! si sentir pudiese los éxtasis divinos
de aquellos siervos tuyos, sublimes peregrinos,
enfermos con la santa locura de la Cruz,
que por tu amor ardieron en una llama pura,
absortos se quedaron mirando tu hermosura
y fueron por el mundo nimbados con tu luz.

Señor, que de los antros oscuros y profundos,
resplandecientes sacas las almas y los mundos,
pues quieres ser amado y sobre todo amar,
que cuidas del insecto y velas por los nidos
sobre las altas ramas del árbol suspendidos
y por el mónstruo horrible del fondo de la mar;

que con tu amor proteges los infinitos seres
que el universo pueblan, y en tu bondad prefieres
al hombre a quien hiciste Monarca del Edén,
haz que el amor humano se extienda dulcemente,
por sobre el hombre mismo, a todo ser viviente
que sufre porque tiene su corazón también.

Que vibren en las almas amores franciscanos,
que en todas las criaturas contemplen sus hermanos,
del águila pujante al débil caracol,
como hizo San Francisco de Asís, cuando temía
pisar la yerbecilla que en su piedad sabía
era una hermana suya, como el hermano Sol;

que existan corazones humildes y sencillos
que sufran cuando sufren los pobre pajarillos
y nunca al ser odioso pretendan hacer mal,
y sobre todo puedan amar todos los hombres,
sin distinción de razas, de patrias ni de nombres,
con caridad inmensa y a todos por igual;

al que pasiones sufre ardientes y salvajes,
a la mujer caída que siente los ultrajes
del mundo que implacable castiga su desliz,
y al criminal que olvida su Dios y su decoro
y agota las blasfemias, sin conocer el lloro
ni la piedad que hiciera su corazón feliz.

Señor, brilla tu gloria con el amor profundo
que enfoca los amores dispersos en el mundo
y es el dolor tan solo que sirve de crisol:
en él dejan lo impuro, la bajo, lo terreno
y ya purificados, retornan a tu seno
hermosos y radiantes como la luz del sol.

FRAGMENTO DE LA EPOPEYA DE LA CRUZ

¡Qué fresca la mañana, qué languida la brisa!
El cielo limpio y bello, la tierra se matiza
con esos apacibles y plácidos colores
que son gala perenne del reino de las flores;
la aurora en su carroza de nácar se pasea
y el canto de las aves los cármenes recrea;
suelta orgulloso el gallo, de su clarín sonoro,
notas que van cayendo, como si fuesen oro
en el silencio vasto de aquella madrugada
mientras la oveja duerme caliente en la majada.
Ya va muy satisfecho, risueño y vigoroso,
camino de la tienda donde trabajo honroso
santamente ejecuta, feliz, el carpintero,
y volverá en la tarde, con el semblante austero
buscando la hechicera sonrisa de su esposa
y la, de Jesús niño, mirada deliciosa.

Humilde es la vivienda de la familia santa
y pobre su mueblaje; mas su piedad es tanta,
tan grande su pureza—sus rostros lo revelan—
que, cuantos les han visto, con efusión anhelan
disfrutar de su santa y amable compañía,
ver de cerca el Dios Niño y a la Virgen María.
Desde la tienda vense los muros derruídos
del gran templo de Isis, y en ellos esculpidos
restos de las figuras que a siglos venideros
dirán historias raras en que sus Dioses fieros
osados rivalizan, entre prodigios varios,
en fuerzas, en poderes y horror extraordinarios;
vense grandes columnas que en pie, cabe los muros,
quedaron de esos tiempos en su esplendor oscuros,
pues sólo se aceptaban las leyes del más fuerte
y no el amor divino que triunfa de la muerte.

ARAYA (Carlomagno).

Es uno de los poetas más jóvenes de Costa Rica. Sus principales composiciones se han publicado en la prensa del país.

CASITA EN QUE NACI

Casita en que nací, casita mía,
casita de mis años incipientes:
¡Cómo están de palpables y presentes
en mi mente tu dicha y tu alegría!
Hoy nadie ni te encala, ni te pinta,
ni cantan los yigüirros en tu alero.
¡Casita singular que tanto quiero
qué cambiada que estás y qué distinta!

Fíjate bien en mí. No me conoces,
¿no te acuerdas de aquel pobre chiquillo
que adornaba tus puertas, con precoces
capullos de jaral y de tomillo?...
Quisiera descansar en tus umbrales
y a la luz de una plácida mañana,
cantar mis madrigales
más sentidos, al pie de tu ventana.

EL POEMA DE MI DIGNIDAD (1)

I

No poseo riquezas, ni abolengo,
ni siquiera una rústica heredad.
El único tesoro que yo tengo
es el tesoro de mi dignidad.

---

(1) (Poesía que mereció el primer premio del tema 12, en el Certamen literario celebrado por los Reverendos Padres Capuchinos, en la ciudad de Cartago.)

Más alto que las águilas, más alto
se remonta mi potro de ilusión.
Siempre escalé las cúspides de un salto
llevando a flor de labio mi canción.

Trabajo y lucho sin cesar. La vida
me ofrece cada vez más interés.
La montaña de mi alma, florecida
se pasa y alas llevo hasta en los pies.

No me importan las críticas del vulgo
que tiende en mi camino un valladar.
Sacerdote del Arte, lo excomulgo
desde el púlpito azul de mi cantar.

II

Indómito corcel de recio apresto,
mi signo se adelanta a cualquier signo.
Tengo el goce gentil de ser modesto
y la dicha inefable de ser digno.

Obrero del taller y de la idea,
no me importan el malo, ni el estulto.
Y de mi ansia en la lid quiero que sea
un lábaro de gloria cada insulto.

Acércate hasta mi pobre cardumen
de necios y pedantes, oye y mira:
mis haberes en esto se reúnen:
un esfuerzo, un ensueño y una lira.

No cabe de mi vida en las leyendas
ni un punto, ni una coma, ni una tilde...
Acércate hasta mí para que aprendas,
pues te quiero enseñar a ser humilde.

¿Que quién soy, me preguntas con sarcasmo,
queriéndome aplastar bajo tu planta?
Yo soy el portavoz del entusiasmo
por todo lo que vuela y lo que canta.

Soy pujanza, soy lucha y soy destino
y en una idealidad vivo y aliento.
Soy un grano de polvo del camino
con el cual puede hacerse un monumento.

Yo soy un carpintero sin dobleces
y escúchame, por Dios, y no te asombres:
mi metro medir puede muchas veces
la estatura moral de algunos hombres...

Yo no digo que soy puro y perfecto
y que a mi alma no más que el bien le cuadra,
pero hasta aquí me he mantenido recto
cual las líneas que trazo con mi escuadra...

Hablas de mi pobreza y de mi origen
queriéndome humillar. ¡Mezquino intento!
Título y sangre azul no se le exigen
a los hijos que son del pensamiento.

El coturno que calzo no lo enlodo
en el cielo estancado de lo fútil...
Seré todo en la vida, seré todo
lo que puedas pensar menos inútil.

Me llamas presumido, necio y vano
y me tienes a mí como una cosa
despreciable. Pero, oye, es que el gusano
trasformóse hace tiempo en mariposa.

¿Te sorprenden mis gestos? ¿Te sorprende
que diga lo que soy y lo que llevo

dentro de mí? ¿Tu espíritu pretende
que el ave de mi fe no dé su huevo?

Asómate hasta el fondo de mi instinto
y verás cómo enhiesto y tengo sobre
mi idiosincrasia, como sobre un plinto
la emoción inefable de ser pobre.

Escúchame, por Dios, recua perdida,
y sabrás por qué lucho y por qué venzo:
lucho para templar y alzar mi vida,
venzo porque trabajo y porque pienso.

La tristeza, el dolor y la miseria
caminan de mi mano por el mundo,
pero de inspiración tengo una arteria
que me hace ser potente y ser fecundo.

Es una arteria de profícuos dones
que sangra en mi interior. ¡Arteria mía,
por la cual son más dulces mis canciones,
no he sabido ni quién te rompería!

Pero sangra sin tregua. Te reclaman
los filos de las hachas que te hieren...
Tus vigores ofrenda a los que te aman
y tu perdón a los que no te quieren.

Que el mejor de mis cantos se alce y vibre
para entonces por él decirle al mundo:
no hay más goce perenne que ser libre,
ni más grande virtud que ser fecundo.

Yo no arrastro mi lírico estandarte
por el lodo enfermizo de lo bajo.
Obrero de la rima adoro el arte;
artista del taller, amo el trabajo.

Soy pujanza, soy lucha y soy destino
y en una idealidad vivo y aliento.
Soy un grano de polvo del camino
con el cual puede hacerse un monumento.

III

Cuando niño marché bajo la saña
de la lluvia fatal que me envolvía,
en el seno a buscar de la montaña
la leña que en mi hogar se consumía.

Fuí vaquero después y cien auroras
me vieron descender por el vallado,
oyendo con deleite las canoras
aves que viven alegrando el prado.

Corriendo tras el ágil ternerillo
saltaba por el risco y la parcela...
Era entonces apenas un chiquillo
que estaba en tercer grado de la escuela...

Repleto de altivez, desde pequeño
cincelé mi carácter en la lucha
por la vida. Y una ansia y un ensueño
le dieron a mi ser potencia mucha.

Y aquí me tienes, en la lid enhiesto
mi signo adelantando a cualquier signo
y exornando el pendón de lo modesto
con los frescos laureles de lo digno.

EN LA MUERTE DE MI PADRE

Porque lo quiso el mal, el padre mío
cayó, pero luchando cara a cara...
¡Los mismos que bebieron de este río
quisieron enturbiar su linfa clara!...

Viejo león de la melena hirsuta
que fuiste siempre para toda cosa,
así como la miel que hay en la fruta,
así como el olor que hay en la rosa.

El malo y el estulto
te hirieron con la saña de su instinto
y tú alzando las piedras del insulto
te diste a cincelar tu propio plinto...

De la vida en los más crueles momentos,
formó tu corazón, con los agravios,
alas para retar todos los vientos,
mieles para endulzar todos los labios.

Pasaste sí, pero dejando rastros
de amor y de verdad que nadie trunca.
Aunque la nube se interponga, nunca
dejarán de brillar todos los astros...

Tu empeño singular era una fragua
donde templaste tu sentir bravío.
Si tu vida de amor fué como un río,
mi vida habrá de ser gota de su agua.

Agua de bien y de perdón que abrasa
las caderas en flor de la llanura...
Agua de ensoñaciones, agua pura
que da fecundidad por donde pasa...

Fué tu ánima indomable,
muchas veces probada en el martirio,
cual la hoja de acero de algún sable,
cual el cáliz de aroma de algún lirio...

Tu espíritu sereno,
tu espíritu cordial y sensitivo,
tuvo una ingenuidad: ser compasivo,
y un pecado lumínico: ser bueno.

Tu vida se extinguió como se extingue,
cansada de alumbrar, llama encendida.
¡Porque el cieno del dolo no la pringue,
he de poner mi vida ante tu vida!...

Y he de dar a los necios el ejemplo
que les dió tu sentir. ¡Sobre mi orgullo
alzando iré los pórticos del templo
que yo habré de erigir al nombre tuyo!

Aquí en mi corazón quedará impreso
tu recuerdo gentil por quien deliro,
como queda en el alma de un suspiro
la esencia pura y diáfana de un beso...

Y tu memoria seguirá cautiva
en la red de mi vida atormentada.
Tu memoria será como almohada
para esta mi cabeza pensativa.

Eterno vivirás en mis amores
que el tiempo no trasmuta, ni consume,
como vive en el cáliz de las flores
el alma misteriosa del perfume.

Serás luz en mi senda y en mi oído
serás nota de líricos rabeles.
¡Para librar tu nombre del olvido
tengo la eternidad de mis rondeles!...

Viejo león de la melena cana
que fuiste siempre para toda cosa,
así como el perfume de una rosa,
abierta al resplandor de la mañana.

Porque lo quiso el mal, el padre mío
cayó, fijo los ojos en la altura.
¡Los mismos que bebieron de este río
quisieron enturbiar su linfa pura!...

Viejo león de la melena hirsuta,
que fuiste siempre para toda cosa,
así como la miel que hay en la fruta,
así como el olor que hay en la rosa.

LA AMERICA ESPAÑOLA

Esta América mía, esta América grande
a quien el mundo mira sobre el tiempo avanzar,
ensueña porque duerme sobre el cojín del Ande
y canta porque tiene la inspiración del mar.

Esta América mía que sus fuerzas expande
por todos los confines del orbe, siente al par
de su gloria, el orgullo de quien no hay quien la [mande,
señalándole rumbos a su dulce anhelar.

Esta América es nido y esta América es rama.
Tiene un altar: el cielo; y un arpa: el Tequendama,
con que siempre acompaña su sonora canción.

Fuerte cual las encinas, brava cual los condores,
esta América mía que derrocha vigores
es un extraño injerto de águila y de león.

MI RETORNO

Al hombro la carga de mis ilusiones
hoy vuelvo a la casa que ha tiempo dejé.
Traigo la garganta llena de canciones
y el alma repleta de amor y de fe.

Hace cuatro meses que emprendí mi viaje
hacia el villorrito donde está mi hogar.
Sus más frescas flores me brindó el boscaje
y el agua del río su mejor cantar.

Vengo de mis campos, de robar alegros
al ave canora. Vengo de sentir
la influencia profunda de unos ojos negros
que a un tiempo me hicieron vivir y morir...

Estoy como nunca plácido y risueño.
Por cada preludio que da mi canción,
brotan primaveras de amor y de ensueño
en todos los predios de mi corazón.

Están mis pupilas llenas de visiones
arcangelizadas de un tiempo que fué...
Traigo la garganta llena de canciones
y el alma repleta de amor y de fe.

Barrantes Molina (Luis).

Reside en la República Argentina desde hace algunos años. Es, además de poeta, novelista notable. Ha sido en dicho país, en Chile, Ecuador y Perú, director y redactor de importantes periódicos.

Tiene publicadas varias obras, entre ellas *La Decadencia de Siria* y *Dramas del Hogar.*

PATRIOS RECUERDOS

¡Oh, cuánto te embellece la distancia
en que te miro, dulce patria mía,
nido de paz que poetizó mi infancia
y donde anhelo reposar un día!

Trémulas palmas, fuentes y follajes
estremecidos por el viento blando,
casitas blancas, idílicos paisajes
que contemplé desde el vapor llorando.

Las hadas de mis sueños matinales
me evocan aún con su vital aroma
el tremolar de aquellos platanales
y del cafeto la brillante poma.

Cuando ocultarse vi con desaliento
la playa gris, salí de mi letargo,
y sobre el mar volqué mi sentimiento
como sus aguas pertinaz y amargo.

Aquel dolor que me enlutó la vida
quitólo el tiempo ante quien nada dura
y hoy la memoria de tu faz querida
en vez de duelo inspírame dulzura.

Como aquel día, fresco está en mi mente
el panorama ideal de tus bellezas;
y es su recuerdo como luz sonriente
que desvanece todas mis tristezas.

Si el desterrado a quien del patrio nido
echó el tirano, con amor te añora,
¡cuánto más yo que nunca estuve herido
bajo tu cielo, por maldad traidora!

Como en mi infancia al celebrar el día
del patrio festival que nunca olvido,
tu santo amor dentro del alma mía
cual cirio del altar, vive encendido.

Y aunque duerma, despiértase violento
si tu enseña gentil me sale al paso,
o escucho tu himno, pues entonces siento
el afán de morir en tu regazo.

Deseo a veces cabalgar al viento
por dar alivio a mi ardoroso anhelo
de respirar tu maternal aliento
y de saciarme en contemplar tu cielo.

A medida que viajo y que comparo
más me confirmo en la verdad notoria
de que eres digna de tu honor preclaro,
pues no hay gloria más pura que tu gloria;

ni progenie más noble que tu gente,
ni edén que exceda a tu feraz pradera,
ni luz más bella que tu sol ardiente,
ni tricolor que iguale a tu bandera!

BRAUN (Juan Diego).

Nació en San José el 5 de agosto de 1859 y murió el 11 de mayo de 1885. Perteneció a la escuela romántica de su época. Sus poesías se distinguen por su corrección clásica.

LA MUJER

La mujer es una flor
a que el cielo da su esencia,
que embriaga nuestra existencia
con el perfume de amor.
yo, que comprendo el valor
del encanto que atesora,
contemplo en ella la aurora
que anuncia un sol esplendente;
por eso adoro ferviente
a la mujer seductora.

Si ella ríe, alegre canto,
y en alas de mi canción,
me elevo a ignota región
do se duerme mi quebranto;
y allí en dulcísimo encanto
de hermosura revestida,
siento resbalar la vida
entre sueños seductores
como una fuente entre flores
que corre apenas dormida.

Si ella gime, si ella llora,
cual tórtola solitaria,
alza al cielo su plegaria
mi alma también gemidora;
y como el cielo atesora
pura esencia del amor,

pido que vuelva a la flor
su primitiva hermosura
y la paz y la frescura
que le robara el dolor.

Dulce niña, en conclusión,
es la fuente la mujer
do el poeta va a beber
la divina inspiración:
bebe de amor la pasión;
bebe el noble sentimiento;
pues de una madre el aliento
al nacer, niña, bebimos
y por la mujer sentimos
dulce alegría y contento.

Que la mujer en el mundo,
en esta noche sombría,
es la estrella que nos guía
con su brillo sin segundo.
¿Quién en su esplendor fecundo
bañado no se ha sentido,
cuando su imperio extendido,
envuelve en su luz la tierra,
y cuando en ella se encierra
como el pájaro en el nido?

Si de la luna al fulgor
bajo su faz misteriosa,
oigo una voz cariñosa
tierno acento del amor;
¡ah! se calma mi dolor
y mi agudo padecer,
y extasiado suelo ver,
entre nubes de topacio,
cruzando tenue el espacio
la imagen de una mujer.

. . . . . .

¡Ah! ¿Quién no lleva en la vida
oculto en su alma un amor,
como el perfume en la flor
en cuyo cáliz se anida?
¿Quién no acaricia, transida
aun de pesares el alma,
de gloria una verde palma,
un amor, una ilusión,
con que sueña el corazón
buscando en ellos la calma?

¡Oh, sí! que la mujer pura
como el limpio azul del cielo,
es el único consuelo
al dolor y la amargura;
símbolo de la ternura,
angel de amor que consuela,
ella, ¡ay, triste!, sólo anhela,
en su profundo cariño,
una sonrisa del niño
por quien amorosa vela.

¿Qué pide ella en su pobreza
sobre la tierra que pisa,
si funda en una sonrisa
su tesoro y su riqueza?
Ella brilla en su grandeza,
aun en medio del dolor,
si una sonrisa de amor
el hombre tierno la envía...
¡Qué feliz ella sería
si aquel no fuera traidor...!

BRENES MESEN (Roberto).

Nació en 1874, y es, además de excelente poeta, un erudito filólogo. Ha sido Profesor de Castellano y Lógica en el Liceo de Costa Rica, Director del Instituto de Cartago, Director del Liceo de Heredia, Subsecretario de Instrucción Pública en 1909; Ministro del mismo ramo en 1913 y 1917. Ha sido también Ministro Plenipotenciario de su país, en Wáshington, etc., etc.

Sus principales obras son: *En el Silencio* (1907); *El Canto de las Horas* (1911); *Hacia nuevos Umbrales* (1913); *Voces del Angelus* (1916); *Pastorales y Jacintos* (1917). Ha traducido, además, *El Pájaro Azul,* de Maeterlinck.

EL BOSQUE EN MARCHA

Era una Isla de esclavos bajo el cielo
más azul de la América.
Besaban
los pies de la sirena de los mares
las ondas oceánicas cargadas
de corales, madréporas y conchas.
En la soberbia entonación del agua
conque lamenta el mar la desventura
que ha encadenado a la infeliz esclava
había un rudo acento, un largo grito
tembloroso y sonante de venganza.

Rugió la guerra y en los agrios bosques
como loba con hambre se arrastraba,
medio escondida entre los viejos troncos.
Las lágrimas y sangre a las entrañas
fecundas de la selva descendían
a un tiempo con los odios y las rabias
de muchos combatientes. Recios árboles
caídos en la tierra sollozaban
con el sordo extertor de las heridas,
vertiendo a un tiempo su potente savia.

Cuando la guerra huyó, tras largos años,
de esclavitud más triste y más amarga,
ejércitos de jóvenes arbustos,
nutridos con la sangre y con las lágrimas
de la infeliz generación que había
muerto en el bosque primitivo, hallaban
vientos de libertad bajo los cielos,
odio en la tierra y en sus fibras rabia.

Y una vez más resucitó la guerra:
más lágrimas y sangre derramadas
filtrándose en la tierra.
Mas de pronto,
conmovida la selva en sus entrañas,
llenas de sangre, resolvió la guerra.
¡También la guerra! Y a jurar venganza
llama al pueblo de árboles nutridos,
de hiel y de odio, de valor y rabia.

Se agitan las florestas de la isla
con ciega sed de libertad.
La raza
trocada en savia alimentó aquel bosque
que va a blandir como soberbias lanzas
sus gigantescos y robustos brazos.
Un sordo estruendo, un viento de borrasca
sacude las melenas del ejército
y al trote, al trote comenzó su marcha.
Un ancho soplo de tormenta empuja
aquella tempestad salvaje. Nada
detiene el paso del andante bosque:
es un ciclón devastador que aplasta
selvas y campos y ciudades y hombres
con un estruendo atronador que espanta.
Un ejército de hombres y de bestias
huyó a la costa a defenderse.
El agua
con sus clarines de metal, su grito,

eterno invocador de las venganzas,
levanta hasta los cielos; los clamores
de la turba de fieras asustadas
con el lamento de las olas, se iban
haciendo cada vez más roncos: ráfagas
rápidas como potros desfrenados
surcos profundos en el mar trazaban.

Y vino al fin la tempestad: el bosque,
sudando espuma cual las gordas ancas
del Océano, se acercó a la costa
y en las ondas del mar encabritadas
fué vaciando el ejército de fieras.
Luego avanzó, llevando a las espaldas
todo un montón de sus cadenas rotas,
todo el pasado de su vida esclava,
y lo arrojó sobre las muertas fieras
cual sudario de plomo.
Y rudo marcha
dentro del mar, despedazando el velo
sangriento de la noche que se acaba.

«No más exclavos en el mundo»—dijo—,
y sacudió su limpio manto de aguas.

LA VOZ DE LA ESFINGE

El Viajero

Oigo la voz de las arenas; siento
como un suave torrente de armonía
invadiendo el desierto, bajo el brillo
del errante cadáver de la luna.

La Esfinge

Es el Sahara cantando con el viento
al son de liras que en la noche tañen

las almas de los siglos que han pasado
como bandadas de ibis por el Nilo.
Vélas venir, como las mansas ondas
del mar de Siria al expirar los días
en que florecen los rosales jonios.

Como un pueblo de esbeltos sicomoros
salen de Thani, la ciudad de Osiris,
los príncipes del sol, reyes de Menfis,
que llevan como símbolo un gran iris.
Viene detrás Kefrén y Mikerimos
y el rey Keops, el vencedor de Arabia,
el rey eterno, porque alzó su tumba
y dijo al tiempo: «dormirás conmigo»,
y se han dormido juntas las dos momias
sobre el helado pórfido del lecho.

Kefrén, mi padre, el príncipe creyente
que me elevó a la altura de una palma
en cuerpo de león puso mi frente
y me llamó resurrección del alma.
Las hondas moribundas del desierto
viene mugiendo hasta besar mis plantas,
el simún con arenas me ha cubierto
y he contemplado sus soberbias santas.

He sentido avanzar las tempestades
como hambrientas cuadrillas de beduinos,
y han pasado a mis pies lentas edades
como hastiados camellos peregrinos.

Soy el enigma: mi mirar profundo
contuvo una inmortal sabiduría,
era yo entonces, para todo el mundo,
como el primer fanal de Alejandría;
hoy conservo no más que remembranzas
de frescas y olorosas juventudes
perdidas en fugaces lontananzas.

Todo pasó; cuando la muerte vino
envuelta en ancho pabellón de arenas,
cegáronse mis ojos de granito
y me dormí también bajo el desierto.

El Viajero

Calla la tierra; el horizonte combo
como el pujamen de una vela hinchada
es un jirón del Infinito Dombo.
Siente mi ser su pequeñez, su nada...

La Esfinge

Oye, viajero: viene ya la aurora;
la musa de estas vastas soledades
afina el arpa al acercarse esa hora.

El Viajero

Escucho el son del arpa, el suave canto
de una voz indolente de sirena
que llega a mis oídos como llanto,
como quejas hundiéndose en la arena.

No entiendo las palabras de ese idioma,
pero hallo que en el fondo del paisaje
esa voz es la ráfaga de aroma
del lúgubre desierto sin follaje.

No entiendo las palabras, pero existe
yo no sé qué fugaz melancolía
en ese acento que parece triste,
alzado como un himno a la armonía.

No entiendo las palabras, pero hay dejos
de una música extraña que suspira,
como de una onda que murmura lejos
rompiéndose en las costas donde expira.

Canta tal vez lo que jamás parece,
esta eterna e inmortal Naturaleza
que ha de ser joven cuando el hombre empiece
sus futuros períodos de grandeza.

Canta esta inmensa soledad, que es bella,
que es la imagen del lánguido mañana,
cuando a la luz de la postrera estrella
vuelva al polvo, por fin, la estirpe humana.

LA AVENTURA DE ARION

Va Arión con rumbo a Corinto.

La brisa de labios sonoros
y crespos cabellos
se reclina cantando en la vela
de la nave.
Está el mar tinto
en sangre de violetas, y aquel barco vuela
en los hombros rizados de la ola.
Lleva Arión los tesoros
que ha ganado cantando en Tarento.

Y la gente del barco lo sabe.

La nave
avanza.
Junto a la crespa brisa también se acerca a recostar-
sonando sus clarines [se el viento
de batalla.
En lontananza

una costa señala confines
al mar, que se hunde y que se alza, y se atormenta
[y se calla.

Arión—le grita un marinero—, muere
a puñal o en las fauces de la onda:
¿qué prefiere
el cantor de Corinto?
—¿Qué intentas que responda
si yo adoro la vida?
—Abismo o puñal no hay otro
camino que darte, cantor de Corinto.
—Pues dadme la mar.
Y el viento cabalga en el
[potro
del mar que suda en el cuello y las ancas
las blancas
saladas espumas que fijan la huella
del potro salvaje del mar.
—Pero quiero,
dijo Arión al marinero—,
entonar mi último canto
ante ese viento y el mar.
—Bien—respondió el corintio remero.
Vistió Arión su helénico arreo
de citarista
y poeta,
ciñó a sus blancas sienes
el único trofeo
de su gloria de artista,
el único inmortal entre sus bienes:
una sola guirnalda.

De nuevo, tinta en sangre de violeta,
se tranquilizó la espalda
del océano incansable.
Se oyó de súbito la dulce melodía de la cítara ado-
[rable

prisionera en las palabras armoniosas del cantor:
parecía la voz del instrumento
colgando de la voz del citarista
una invisible flor
derramando el olor de su aliento
en la crespa y sonante cabellera del viento
y en los senos azules del mar.

No hay uno
en la turba de audaces remeros
que rompa el encanto
del canto a Neptuno.
Los mismos delfines
escuchan en torno del barco
callados. Y mudos están los clarines
del viento que escucha.
Los sones postreros
del canto a Neptuno
se mueren.
El mar con el arco
del brazo de una ola se empina hasta el barco,
y Arión en esa ola cantando se lanza.
Los delfines conciertan la lucha
que en breve concluye: uno solo, en su dorso,
llevará hasta la costa distante al egregio cantor de
[Corinto.
Y mientras allá en lontananza
en la sombra se pierde la nave pirata,
va el delfín sobre una agua de plata,
conduciendo en el dorso, contra la ola y el viento,
el único bien del artista: el talento,
coronado de eterna, de inmortal esperanza.

Envío.

Fletaste también en tu barca el tesoro
de tu oro.
Pillaron la nave corintios piratas;
y fueron tus platas,
tus sedas, tus oros un rico botín.
Amigo, te queda
en torno del barco el manso dorso de seda
del Arte que es sabio, benigno, incansable delfín.

CALDERON (Venancio).

Nació en Cartago en 1844 y murió asesinado en aquella ciudad en 1885.

Sus poesías se han publicado en los principales periódicos y revistas de la América Central, especialmente en Costa Rica.

EN LA TUMBA DE MI MADRE

Es aquí donde reposa
de mi madre el cuerpo frío;
y es aquí do el llanto mío
debe la tierra empapar.
porque la tumba que guarda
nuestra reliquia más santa,
es la mansión sacrosanta
donde debemos llorar.

. . . . . .

Que es la lágrima del cielo
don precioso para el hombre;
bálsamo rico, y sin nombre
que la alcance a reseñar;
ella sola, si sufrimos
sobre el alma fiera pena,
lava el dolor que envenena,
cura el intenso pesar.

Es la esencia que embalsama
del corazón la honda herida,
cuando se postra afligida
del espíritu la fe;
cuando la luz importuna
y las sombras preferimos,
porque en las sombras sentimos
algo del ser que se fué.

Cuando sin fe ni esperanza
lloramos el bien perdido;
cuando es la vida un gemido,
un eterno sinsabor:
cuando la risa que asoma
a nuestro labio marchito,
es el lamento infinito
de un infinito dolor.

LA MAÑANA

¡Bella, espléndida mañana!
¡Cómo cautivan tus galas
cuando tímida resbalas
sobre la verde sabana!
En las selvas hay aroma,
en el verjel blanda brisa;
hay en los cielos sonrisa,
y arrullos en la paloma.
Y el ave de dulce trino
que canta de rama en rama,
hija del cielo te llama
en su lenguaje divino.

CARDONA (Jenaro).

Nació en San José en 1863. Es uno de los intelectuales más prestigiosos del país. Poeta y novelista, su nombre es conocido en toda América. Sus principales obras son: *La caída del Arbol,* poema laureado; y *La Esfinge del Sendero.*

LA QUEMA

El sol de marzo, con ardientes rayos,
los altos montes y collados baña;
bajo el bochorno tropical, el bosque
parece dormitar en honda calma.

Nada turba el silencio
de aquellas serranías escarpadas,
sólo el eco a intervalos multiplica
el mugido de alguna res lejana,
como enorme bostezo de fastidio
que a los aires lanzara,
en la pradera solitaria y yerma
por el sol caldeada.

Allá en el bosque, surge, del follaje,
monótono chirrido de cigarras,
mientras las aves van hacia las frondas
al batir perezoso de sus alas.
Los prados están mustios,
por todas partes seca está la grama,
los tallos amarillos, sus mil uñas,
sobre la tierra polvorienta clavan.

Allí duerme la vida;
a las primeras lluvias, rica savia
surgirá reviviendo aquellos tallos
en risueñas campiñas de esmeralda.

Y más allá el rastrojo,
que produjo la mies rica y sobrada
para nutrir la prole
del rudo labrador que allí batalla
en la perenne brega,
que empieza con el alba,
y que concluye cuando el sol declina
envuelto en su arrebol, tras las montañas.

Es Juan el propietario,
de aquellas tierras que sus puños labran,
atleta formidable del arado,
del machete y la pala.
Conserva su heredad ha muchos años
y es feliz en su vida solitaria,
con fe en el porvenir, ama los suyos,
y por su bien trabaja.

El sabe de los besos de la aurora
vestida de celajes y escarlata,
y del fecundo riego de su frente,
cuando el sol recalienta sus espaldas.

Más allá del rastrojo,
que hacia la izquierda avanza,
abrupta y majestuosa
hasta el confin se extiende la montaña.
Cabe el sendero que a la diestra se abre,
cual penachos altivos, se levantan,
mecidas por la brisa de la tarde,
las hojas del cañal siempre lozanas.

Y allí cerca, muy cerca, como un nido,
que entre la agreste soledad levanta
los himnos del amor y del trabajo,
está de Juan la rústica morada.
Es un bohío fuerte que ha triunfado,
cual peña solitaria,

del embate del viento y de las lluvias
que azotó con furor sus viejas pajas.
Se miran sobre el techo,
verdes manchones que dejó la lama,
como si fuese un viejo monumento
que ostenta rica pátina.

Habita Juan allí, con su familia,
y en la apacible soledad selvática,
se escuchan de los chicos las querellas,
y las alegres chácharas,
mientras devoran la ración de fréjoles
que a su apetito basta,
con sabrosas arepas
sobre la lumbre con amor asadas.

Es María la digna compañera
del esforzado atleta de la pala,
amante y hacendosa,
como la hormiga sin cesar trabaja.
Cuatro retoños a su esposo ha dado,
y sonriente y feliz lleva la carga
de los rudos quehaceres
a que atiende solícita y ufana.

El menor de los hijos, una niña,
de pocos meses, todavía lacta,
muñeca coquetona de ojos verdes
graciosa y vivaracha.

¡Oh, venturoso hogar, donde no llega
de la ciudad la pestilente miasma,
ni ambiciones, ni envidias, ni bajezas,
con su hálito infernal queman tus pajas!

* * *

—Hoy vamos al rastrojo,
ya es tiempo de la quema,

dijo Juan a sus hijos, los mayores,
que le prestan su ayuda en la faena.
Las lluvias ya no tardan,
y es necesario preparar la siembra,
antes que algún chubasco
nos empape la tierra.

Concluídas las fatigas de la tarde,
después de la merienda,
baja Juan al rastrojo, con sus hijos,
para empezar la quema.

Son dos zagales que en el campo luchan
con el valor de sus escasas fuerzas;
cuatro lustros no suman los dos juntos,
y ya la tierra endurecida y seca
ha bebido el rocío de sus frentes,
como valiosa ofrenda
derramada en el ara del trabajo
que al hombre dignifica y regenera.

Al verlos, afanosos,
aquel buen padre con orgullo piensa:
«Cuando descanse yo, bajo la tumba,
no habrá en la casa ni hambre ni miseria.»

Y aquellos dos zagales,
que encorvan sus espaldas en las eras,
hércules infantiles,
futuros vencedores de las selvas,
viven felices bajo el sol brillante
que madura las yemas,
y tienen un regazo cariñoso
en el pobre rincón de su vivienda.

Muy pronto aquel rastrojo,
de tostadas malezas,
que al fuego ofrecen excelente pábulo,
arde enseguida con voraz presteza.

El fuego va dejando
reguero de ascuas, de ceniza y yesca,
en tanto que a los aires se levanta
asfixiante humareda.

Ya el sol traspuso los cercanos montes:
de la lejana iglesia
el Angelus llevó sus notas tristes
al agreste rincón de aquella selva;
Juan y sus hijos, al fulgor siniestro
de la flamante hoguera,
descubren reverentes las hirsutas
sudorosas cabezas,
y musitan los tres una plegaria
llena de unción sincera.

La noche se avecina; en sus negruras,
el incendio clarea,
ilumina el confin de la montaña
que parece dormir en su grandeza.

Sigue el fuego extendiendo sus mil flamas,
subiendo la ladera,
consumiendo enseguida cuanto toca
con infernal presteza...
Mas de pronto, la brisa que ha dormido,
en el regazo agreste de la selva,
despierta juguetona y se columpia
en las tupidas copas de las ceibas;
y baja luego al llano,
y arremolina la espantosa hoguera,
que sus flamas extiende prepotentes
y hasta el cielo con furia las eleva.

Aquello es un volcán, un torbellino;
del fuego las mil lenguas,
se retuercen, se agitan, se agigantan
en confusión siniestra;

y entre los altos espirales de humo,
que ennegrecen la esfera,
en raudas explosiones pavorosas
¡un averno chispea!

Juan y sus hijos miran espantados,
con el alma suspensa,
cómo sube el incendio, cómo avanza
hasta las propias lindes de la selva...
. . . . . .

¡Oh, fuego, sacro fuego, que adorado
fuiste siempre, desde la edad primera,
por las tribus heroicas del palenque,
como deidad suprema!
¡Oh, fuego, sacro fuego,
que brillas en la cera
de místicos altares,
y en los blandones de las madres muertas:
que animas los hogares y confortas,
que eres paz y alegría en las viviendas,
que eres vida, eres fuerza y movimiento
y el ¡eterno sostén de este planeta...!

Y ahora, ¡oh, Dios!, con qué implacable saña,
con qué furia perversa,
van tus cuadrigas con tonante estruendo
desolando, al pasar, las sementeras,
que antes fueran la dicha y regocijo
del bravo luchador de aquellas selvas...

¡Nada detiene el ímpetu salvaje
del fuego asolador en su carrera
de mónstruo apocalíptico, que ruge,
entre humeantes escombros y pavesas!

¡Arde el cañal!... El bosque de penachos
se retuerce y crepita,

al recibir el hálito candente
que le invade por fin, y le aniquila.
En crispaciones de dolor, primero,
sus hojas se retuercen encendidas,
y alzan después brillantes floraciones
que el viento barre en huracán de chispas.

Vulcano está de fiesta,
borracho de alegría,
al ver a Flegetonte desbordado
asolar la campiña...

Juan y sus hijos, con denuedo heroico,
insensibles al miedo y la fatiga,
desafiando el peligro
que les cerca traidor, y les atisba,
trabajan, y el fuego les chamusca
y pesada humareda les asfixia...
«—¡Afuera, afuera!—grita Juan mirando
el incendio que crece y se aproxima—;
no es posible luchar... ¡pronto, a las rondas,
y salvemos la vida!»

Y sudorosos, casi sin alientos,
cubiertos de ceniza,
de la hoguera escaparon
moribundos de horror y de fatiga.

Y mira Juan, con ojos extraviados,
de las enhiestas cañas encendidas,
los altos varejones
en que la savia con dolor crepita,
y corre, como sangre,
que mana de una herida.

Y el voraz huracán, todo lo envuelve,
y lo destruye con tonantes iras,

y camina espantoso, siempre avanza,
en diabólica orgía...

Un grito de dolor, y de honda angustia,
más bien rugido de una bestia herida,
¡rasgó los aires con vibrantes notas
de pesadumbre y rabia confundidas!

Era el bohío fuerte, la vivienda
de Juan y su familia,
que envuelto en crepitante llamarada
súbitamente ardía.
—¡Infeliz labrador, tu choza humilde,
será pronto en pavesas convertida;
¡nido y altar del fervoroso culto
que el amor y el trabajo allí tenían!

Quedó Juan, de terror paralizado,
con el alma suspensa, enloquecida,
como el que ignora, si es que está despierto,
o si sufre espantosa pesadilla...

Del sopor que eclipsó sus facultades,
de aquel espanto que nubló su vida,
vino a sacarle el doloroso grito
de su fiel compañera, de María,
que del cercano arroyo, con un niño,
regresa jadeante:
«—¡Mi hija, mi hija!»
Y Juan se estremeció, y en el instante,
quiso lanzarse a la tremenda pira,
a rescatar, valiente, de las llamas,
a su pobre adorada chiquitina,
que allí quedara en apacible sueño
bajo el ala de amor dulce y tranquila.
«—¡No, tú no vas!» gritó desesperada
la pobre madre; y lucha decidida
conteniendo a su esposo;

«—déjame a mí; si tú te sacrificas,
¡qué será de nosotros en el mundo!»
Mientras luchan los dos, ¡noble porfía!,
el galardón de su amorosa empresa,
frente al incendio que el hogar fulmina,
el mayor de los chicos, como un héroe,
que corre de la gloria a la conquista,
se lanza entre las llamas...
¡Qué terribles momentos de agonías,
cuánta angustia se vive en un instante,
cuando naufraga el alma enloquecida!
. . . . . .
Aparece por fin el valeroso,
con su trofeo en brazos, con la niña,
en el momento trágico
en que la choza sin piedad se hundía.
Y el incendio voraz, abrasa el bosque,
en formidables bocanadas de ira,
y el tupido follaje se contrae,
en espirales de humo retorcidas,
y se oye el crepitar de la hojarasca
como descarga de fusilería...

A veces por los robles centenarios,
cual columna del bosque, siempre erguidas,
que las secas marañas de los líquenes,
con una red tapizan,
sube el fuego en extraña piroctenia,
en una ardiente floración de chispas.
Canta el incendio su canción de triunfo,
ciego, arrasando la pujante vida,
y el cielo majestuoso, indiferente,
¡con fulgores siniestros se ilumina!

Allí, en un grupo, cabe los escombros,
de la pobre cabaña, hecha cenizas,
el desgraciado labrador contempla
tanta desolación y tanta ruina:

«—¡Señor! Amparo, ¿dónde encontraremos?
—desolada en sollozos repetía
la pobre esposa, que anegada en llanto,
cubre de besos a su tierna niña.

Y Juan, erguido, del trabajo el símbolo,
como atleta que airado desafía:
«Aquí—rugió—bajo mis fuertes puños»,
y los blandió como una enseña, arriba.

CARDONA (Rafael).

En su obra principal, *Oro de la Mañana* (1918), están recopiladas sus mejores poesías y poemas.

EL SUEÑO DE TUTHANKHAMEN

I

Salió el cortejo mudo de los necropolitas
y se cerró la cripta del viejo Faraón.
Los ibis de la tarde, con su grito salvaje
despedían al sol.

Resbalaba a lo lejos, amodorrado, el Nilo.
La ciudad se insinuaba en rescoldos de luz.
Tuthankhamen dormía, pintado como un ídolo,
con las uñas de oro y los ojos de azul.

Como al presentimiento de una noche infinita,
la cámara suntuosa de sepulcral terror,
guardaban cuatro toros de garra ninivita
y un Osiris de jade con semblante de halcón.

Por la mural pintura, precuneiforme y rara
bordaba una leyenda las conquistas del rey;
y había en cuatro vasos de una sola esmeralda,
flores de acanto y miel.

En el reloj de arena de los siglos, llovía
eternamente el grano del ayer y del hoy;
en lentas caravanas llegaron los milenios.
Aún dormía el Faraón.

. . . . . .

Y así, cuando Herodoto divagó por Egipto
y junto al mar que atruena recogió su velamen,
ya hacía un haz de siglos que oloroso a eucalipto
en su vasto hipogeo dormía Tuthankhamen.

II

Faraón o Fantasma de un pueblo embalsamado
bajo la entraña de oro de un arenal remoto,
para siempre invisible en tu reino callado,
dormías, con las manos acariciando un loto.

¿Fué en la Menfis de bronce o en la Tebas de [Antonio,
en bosques de palmeras o en ríos de zafiro
que diste a tus ojeras un nimbo de antimonio,
mientras el arpa daba querellas al suspiro?

¿Había nacido Menfis o florecía Tebas?
¡Acaso el israelita te viera de reojo!
En el silencio enorme que en tu misterio llevas
no sabes si fué cierto el Paso del Mar Rojo!

Bajo la noche acaso, clorótica en luceros
—mientras la esclava blanca tus pies y manos [minia—
tú, evocas la hetaira de labios carniceros
que maceró en perfumes la selva de Abisinia.

O colérico surges de pie sobre el estrado
donde la sangre vierte tu ráfaga de encono,
y el cetro que remata en un pájaro airado
decapita al esclavo que rueda por el trono...

Tal vez, ya viejo y frío, bajo la tiara augusta
que finge en tu cabeza piramidal islote,
naufragas en las garras de una deidad que asusta
bajo el conjuro extraño que vierte el Sacerdote...

III

Y ahora, inmoble y solo, rapaz y milenario,
embarcado en tu esquife de leyenda y de oro,
el tiempo vuelve a traerte, fiel como un dromedario,
con tu vaga leyenda y tu bello tesoro.

¡Quién sabe si al abrirse tu cámara sellada
la mano de los siglos suspendió su sigilo,
y tu alma triste y honda, feroz y aprisionada,
con aguas de tu llanto miró crecer el Nilo!

¡Quién sabe si la mano que vino a removerte
de la quietud inerte de tu sueño ancestral,
rompió la tela oscura de una araña de muerte
que detenía tu alma para el vuelo inmortal!

¡Quién sabe si tú en cambio, pegado a tu carroña,
avaro sorprendido en su antigua ilusión,
con el aire cargado de tu vieja ponzoña
le diste muerte lenta a Lord de Carnarvón...

LOS CABALLOS DE ULISES

(Simbología Homérica)

He aquí que el raudo grupo de caballos salvajes
—haz de fuego y de nervios que estruja los [rendajes—
surge de pronto, en medio de los campos de Itaca:
la voz de sus resuellos es como una resaca

de golfos agitados. Un esplendor siniestro
brota de sus melenas cual de un trágico estro;

la espuma de sus colas, como una extensa cauda
la plenitud del anca con sus velos defrauda,
y el fuerte y fino casco de ámbar transparente
despierta entre las rocas una flora ignescente
que arde, con una vasta crepitación sonora...
Ulises, al mirarlos, se regocija y llora.
Son cinco los caballos. Sus colores son cinco.
Cuando en el llano inician su vuelo con un brinco
montruoso, sus pelajes que el vértigo extremece
tienen un espejeo lúbrico que parece
un raudo tumbo de olas bajo el cénit radiante.
Sus carnes son macizas y su aliento es fragante.
Sus cuellos son tan bellos como una balaustrada;
sus ojos, en que duerme la luz de la alborada,
denuncian algas de oro sobre un fondo marino;
sus pechos, que son fuertes como troncos de encino,
semejan la rodela de un hóplita desnudo,
que bajo el golpe recio medio abollarse pudo...
Como ante la amenaza de una fusta de auriga
tiemblan ante la brisa que doblega una espiga,
y el vuelo de los pájaros hace girar su oreja
fina, como una espina de contera bermeja.
Son cinco los caballos. Sus colores son cinco:
el excelente Ulises les ve con el ahinco
de un dios que cuida el trono del carro de la aurora.
Cuando en Itaca el alma de la mañana adora
el vaso azul y rosa del encendido Urano,
Eumelo abre las puertas del esculpido vano
y el grupo de caballos surge en tropel sonoro
cual si se abriese un cofre de pedrerías y oro...
El mar, que allá a lo lejos recita como un bardo,
los recibe en su seno de zafiro y de nardo;
Tethis los unge en una neptuniana ambrosía
y entre las olas fingen una trompetería
de líricos tritones, que al carro desuncidos
se entregasen a juegos de amor desconocidos...
Conságralos Ulises a la diosa Atenea;
sus venas son divinas y ninguno procrea;

jamás mortal sus lomos olímpicos mancilla,
y sólo el dios Apolo que entre las nubes brilla
los ensilló en las sedas de su telar remoto.
En sus establos comen sólo la flor del loto.
El primero es Epafos, que rozó dulcemente
la mano de la diosa, dando un sol a su frente
y un cordaje de nervios sensitivo y compacto.
Epafos es la bestia del inefable tacto.
Su piel es la nocturna fuente de las visiones
y en ella espeja el curso de las constelaciones.
El segundo es Aqueros; lo bautizó Thanato
y le dió por herencia las finuras de olfato;
y su piel es dorada como miel de colmena,
como polvo de bronce, como playa de arena...
El tercero es Cymintis, el caballo robusto
a quien legó Dycnisos las vendimias del gusto,
y en cuyo pelo asoman purpúreos resplandores.
Cymintis ama el campo y entiende a los pastores.
El cuarto se llama Audos, el caballo nacido
para vencer al Hermes corredor del sonido
que al Universo colma de musicales notas.
Audos escucha el vuelo de las aves remotas.
El quinto es Omnos: todo. Es el potro adivino
que guía al mismo Zeus por el ancho camino;
eternas nieves cuajan en sus ancas veloces;
astuto como Ulises, sabio como los dioses,
es el compendio altivo de la naturaleza,
y en sus ojos medita la uránica tristeza;
es alto y bello como la lumbre del lucero;
su pata tiene el ritmo de un épodo de Homero;
él interpreta el cielo de la mirada humana
y es polvo de su callo la nebulosa arcana;
percibe los matices y sorprende los tonos;
llevó por las tinieblas la ceguera de Cronos
hasta el profundo lecho donde durmió la Dea,
y amó el pezón dorado que le brindó Amaltea
en el tonel de estrellas del anular Zodiaco;
la cítara de Apolo y el címbalo de Baco

le hacen danzar erguido sobre el musgoso risco,
como la ninfa alada, como el brutal panisco;
él es el gran sereno y el orgiasta beodo,
y conoce el origen de la estrella y de todo...
Cuando a la sombra quieta del encinar y el higo
rumia su pan de aromas este quíntuple amigo,
y Eumelo da en su concha músicas de retorno,
los caballos resoplan en sus belfos de horno
y al galope armonioso de su rápido callo,
por su unidad semejan un múltiple caballo
que alzando en la llanura la gloria de sus colas
esparce por el éter un murmullo de olas...
La Diosa, que sólo habla a los seres queridos,
desciende al héroe en forma de su pastor Eumelo,
y dice estas palabras en que destila el cielo:
«¡Tus caballos, oh Ulises, son los cinco sentidos!»

PARTHENON

I

LOS HEROES

El vencido

Este vencido, que en la piedra dura
desangra como un cántaro en la arena,
es, según lo denuncia su melena,
un griego de ideal musculatura.

Ve cómo es dolorosa esta escultura,
en que el artista de la Escuela helena
le ha dado al torso una fatiga plena
de inspiración, de cólera y tortura.

Prolóngase su amargo vencimiento
al través de los siglos; ese escoplo
tiene la eternidad del Pensamiento;

el genio que ha esculpido esa cabeza,
quiso al dejarla en moribundo soplo
darle inmortalidad a una Tristeza.

Homero

Este mármol que véis, es de aquel griego
que amaba los hexámetros y el vino,
grácil como columna del Ictino,
hecho de luz, sensualidad y fuego.

Alegre en mocedad, fué triste luego
cuando aprendió la ciencia del Destino.
Fué Loco, Sacerdote y Adivino,
y como era Vidente, quedó ciego.

Erró por toda Grecia, de mendigo.
Amaba a un viejo can de raza doria
y con él compartió la leche, el higo;

erró, lloró, cantó, se hizo lucero,
y se durmió en los brazos de la Gloria:
hizo la Iliada. Se llamaba Homero.

Esquilo

Mira a este viejo Eupátrida, tranquilo
en su mudez sacerdotal y huraña,
en cuya calva de árida montaña
colma su vena la amplitud de un Nilo.

Fué más que griego. Era su nombre Esquilo.
Su genio era una cólera sin saña:
el arco de su frente, que Dios baña,
tiene la solidez de un peristilo.

Triste, sobre las sirtes del destierro
le puso Grecia junto al mar de Gela,
no ya su patria sino su madrastra;

y le mató el oráculo de hierro:
el águila, que es todo lo que vuela,
y la Tortuga, todo lo que arrastra.

Anacreonte

Cantó al Amor. La helénica alegría
puso en sus labios su mejor colmena;
su crátera de oro estuvo llena
de canciones, de sol y de ambrosía.

Sentado en su tonel de malvasía
burló el afán errátil de la pena;
Eros le dió un viñedo por escena,
y por corona un pámpano de orgía.

Vivió junto a Polícrates de Samos
a cuya sombra la inquietud bermeja
se deleitó con los jugosos ramos;

envejeció de espaldas al Destino,
y al morir sucumbió como una abeja
en el lago de púrpura de un vino.

Sófocles

Cantó el alado Peán de la Victoria
cuando el alba inmortal de Salamina,
y las falanges a su voz divina
presintieron el beso de la Gloria.

Trágico genio cuya gracia doria
dulcificó el semblante de la Erina,
y puso a la violencia una sordina
como al dolor una apacible euforia.

En él halló la euritmia de sus Dianas
Fidias tal vez o el grave Policleto
que adora las cadencias meridianas,

y en él, como en un trípode secreto,
se expresaron tres almas soberanas:
Leonidas, Pericles y Epicteto.

PÍNDARO

Bajo el laurel del ático symposio
que himnos de gloria al Vencedor promueve,
entre oro y bronce, juventud y nieve,
destácase el olímpico beocio.

Cantó a Hieron y Asópico, en el ocio
primaveral de la victoria breve;
mas su verso esculpió el bajorrelieve
que eterniza a la Lira en sacerdocio.

Oriente asoma en él, cálida rosa
pone el ensueño de su vaga amnesia
en los austeros plintos de la diosa;

¡tal el cantor, en apolíneo giro,
echó sobre los hombros de la Grecia
los orientales múrices de Tiro!

SÓCRATES

Mira esta faz de Término barbudo
cuya sonrisa irónica y austera,

evoca esos penates de madera
que de un tesoro son cofre y escudo.

Hijo de un escultor y una partera,
con la estrigila de su genio pudo
extraer las almas de su bloque rudo
y así esculpir la ciencia verdadera.

Algo surgiere de tebana esfinge
cuando bajo los pórticos de Atenas
propone enigmas o ignoracias finge,

y algo de Cristo cuando el pecho vierte
la pócima mortal que heló sus venas
y le arrancó al imperio de la Muerte.

II

LAS SOMBRAS

Helena

¡Oh; Helena! ¡Oh, flor! ¡Oh, pálido jacinto
robado al casto seno de Artemisa!
¡Tu planta el suelo del dolor no pisa,
mas deja en sangre el Universo tinto!

¡Por el empíreo azul de tu sonrisa
Ilión cae de su almenado plinto,
y el mundo griego con la espada al cinto,
sobre el cárdeno escombro te divisa!

¡Numen estrepitoso del Deseo,
mientras la sangre frigia, el hueso aqueo
aumentan el caudal del Escamandro,

paloma incauta de amoroso pecho,
vas a buscar en el mullido lecho
a Eros, entre los brazos de Alejandro!

Aquiles

¡Hijo del Mar, espíritu de bruma
de ojos marinos y de crenchas blondas,
eres como el fantasma de las ondas
y la cólera hirviente de la espuma!

Es justo que tu enojo se resuma
en estéril quietud y no respondas,
hasta que por las picas y las frondas
Patroclo caiga a quien la Moira abruma.

Entonces nada habrá que te constriña
o te detenga al fúnebre acicate;
y prometiendo al ave de rapiña

los huesos de Héctor si ante ti se abate,
vuelves con él—despojo de la riña—
¡atado al pie del carro de combate!

Agamenón

¡Toro divino, argólida potente
a quien las ribas fértiles del Xanto
vieran pasar de festonado manto
como una torre entre la argiva gente!

Aquí de Troya vese al sol ardiente
surgir su fuerza de sombrío encanto,
mientras Ilión le mira con espanto
de sus tropeles ágiles al frente.

¡Prometido del hacha! Tu faz muestra
el divino terror de un dios huraño
en el palacio azul de Clitemnestra,

cuando, como al cabrío del rebaño,
te degüella la hoz, muda y siniestra,
sobre el ara de pórfido del baño!

Hécuba

¡Fecunda y triste como el surco! Nada
pondrá quietud a tu inmortal fatiga;
tu pecho es campo en que cundió la ortiga
y panteón tu ancianidad helada!

Tu vientre dió sus brotes a la espada
como a la hoz el campo dió la espiga;
ya el amor no te da su boca amiga:
¡Eres como la tierra cosechada!

No como antaño, majestuosa reina,
la mano alada tus cabellos peina
ni a tu hombro de marfil pone su broche;

sola, estéril, errante, mustia y vieja,
graznas como la lúgubre corneja
en el naufragio inmenso de la noche!

Priamo

Más que del hacha del dolor cautivo
—vieja deidad que el ábrego despeña—,
bajo la juventud que le domeña
Príamo cae cual centenario olivo!

Melló su dardo en el broquel esquivo
la inútil mano en que el invierno sueña,
y el albo cuello de nivosa greña
doblóse al golpe del metal argivo.

No circundaron a su frente pura
en dulce enjambre los filiales besos
ni abrió su hueco amor la sepultura;

cayó, como su prole, a los excesos
del Triunfador, y el viento en la llanura
cubrió de arena sus sagrados huesos!

Andrómaca

Ya no más en tu estancia de labores,
blanda mujer, esposa del desvelo,
verás a tu hijo iluminar el suelo
con infantiles gracias y primores;

ni junto al lecho de épocas mejores
con blanca mano bordarás tu velo,
ni desde el atrio que recorta el cielo
verás el mar, los pájaros, las flores...

¡Llegó el Destino! Entre hórrido tumulto
miras llevar a las argienas naves
a Héctor, que arrastra por el polvo inculto,

y en la viudez de tus exilios graves,
el dolor roerá, lento y oculto,
tu pecho ¡semejante al de las aves!

Néstor

¡Dulce agoreta, formidable anciano
de cuya angelical vejez preclara

corre como una fuente de agua clara
tu sibilino verbo de oceáno!

¡Grave Neleida cuya recia mano
Hércules mismo antaño respetara,
y que ahora que el dios tu fuerza para,
interpretas el vuelo del milano!

Bajo la fronda de tu encina añosa
la juventud del ágora congrega
los olímpicos pleitos de la diosa,

y tú, que eres patriarca y estratega,
alzando tu palabra luminosa
pones la paz entre la armada griega...

CASTAING (Rodolfo).

Contemporáneo. Además de poeta correcto y brillante, es prosista muy erudito y notable.

MADRE MIA

En una de las vueltas del sombrío
Maravilla, atrevido y turbulento,
hay un roble tronchado por el viento,
confundiendo sus ramas con el río.

Privado del salvaje poderío
que guardaba en su leño corpulento,
sólo anhela un consuelo a su tormento
de aquella agua en el loco desvarío.

Al igual de ese roble destronado,
que en las linfas oculta la tortura
de sentirse abatido y destrozado,

¡cuántas veces, rendido de amargura,
en tu pecho la frente he reclinado
para ocultar allí mi desventura!

SU PAÑUELO

No pretendas, con fútiles engaños,
rescatar el pañuelo tan deseado,
que una noche, encontrándome a tu lado,
hice mío a pesar de tus regaños.

Emblema delicioso de tus años,
ese tesoro, blanco y perfumado,

sobre el pecho lo guardo apasionado,
para enjugar posibles desengaños.

Porque en lúgubres horas de desvelo,
cuando llevo a mi frente adolorida
tu reliquia, en demanda de consuelo,

me parecen que en ella viven presos,
¡el encanto sonriente de tu vida
y el rumor inefable de tus besos!

SUS CAPRICHOS

Una vez, por saber si cumpliría
lo que ella me ordenaba zalamera,
arrojó en la prisión de una pantera
el pañuelo que tanto le pedía.

Yo intenté, demostrando valentía,
librar aquella prenda de la fiera,
y, al hacerlo, una zarpa traicionera
castigó duramente mi osadía.

Ella entonces, con paso vacilante
vino a mí, de su hazaña arrepentida;
y al mirar en mi pecho palpitante

el rastro de la garra maldecida,
¡desató su cabello rutilante
para limpiar la sangre de mi herida!

VUELO SUPREMO

Cruza el ave rozando la sabana
que le extiende una alfombra de verdor,
y, al potente vibrar de su motor,
se remonta, gallarda y soberana.

En la gloria triunfal de la mañana
es el cielo de luces una flor;
y en los aires, audaz, el aviador,
lanza un reto a la muerte tan lejana.

Mas el ave que ha sido detenida
en la rauda carrera de su vuelo,
por la parca se siente sacudida;

y al hacerse pedazos contra el suelo,
¡glorifica a dos bravos que, sin vida
en sus almas se vuelven hacia el cielo!

ANHELOS

En la copa nevada de un jazmín,
donde el aura conviértese en rumores,
un trono han fabricado a sus amores,
dos gorriones que habitan el jardín.

Cuando el sol al perderse en el confín
baña a la planta en suaves resplandores,
ilumina un idilio entre las flores,
cuyo ensueño de amor no tiene fin.

¡Deliciosa visión la de ese nido
columbrado a los rayos del ocaso!
¿Lograré yo, después de haber vivido

resignado al capricho del acaso,
encontrar para siempre convertido
de amor en casto nido tu regazo?

PASIONARIA

Tú bien sabes que vivo para amarte
con fervor, sin quebrantos ni medida;

tú sabes que al hacerte mi elegida
la existencia he querido consagrarte.

Tú sabes que jamás podré olvidarte,
pues lo que bien se quiere no se olvida,
y mientras tenga un hálito de vida,
ese hálito será para adorarte.

Por tu amor yo he luchado con desvelo,
desgarrándome el alma en los abrojos
crecidos a la sombra de ese anhelo;

y cuando al fin, postrándome de hinojos,
para no sucumbir buscaba el cielo,
¡tú me diste dos cielos en tus ojos!

CHAVARRIA (Lisímaco).

Murió el 27 de agosto de 1913, a los treinta y cuatro años de edad, y ha sido uno de los más eminentes poetas de su país.

Hijo humilde de la ciudad de San Ramón, supo elevarse por sus propios méritos, distinguiéndose desde muy niño por su talento y modestia.

Empezó su vida literaria ocultándose bajo el nombre de su esposa doña Rosa Corrales de Chavarría. Así publicó su primer volumen en 1904, titulado *Orquídeas,* y poco después *Nómadas.* Su mejor libro, *Desde los Andes,* apareció en 1907; siendo también notables su poema *Añoranzas Líricas* y *Manojo de Guarias* (obra póstuma).

En los Juegos Florales celebrados en Costa Rica en 1909, le fueron premiados sus admirables trabajos *Los Carboneros, Poema del Agua* y *Palabras de la Momia.*

LOS CARBONEROS

Son dos. Uno es fornido, de ojos pardos,
de recias formas y de voz extraña,
cuenta a lo sumo veinte primaveras
y tiene doce de llenar los fardos
en un fresco rincón de la montaña
al despertar las aves mañaneras;
el otro es como un roble ya vetusto,
pero en su cuerpo sanidad se advierte,
sus labios son como narcisos rojos,
ancho de espaldas y de pie robusto:
el trabajo sin tregua lo hizo fuerte
y la honradez dulcificó sus ojos.

Son felices. La paz los acompaña;
allá junto a la antigua carbonera
cuando luce su túnica la aurora,
descienden por la tarde a su cabaña,
la cual ostenta verde enredadera
donde la brisa de los campos mora.

Son felices y buenos y lozanos;
conocen la quietud de los cortijos
y la frescura de las gratas chozas;
ellos conquistan con sus burdas manos
el bien habido pan para sus hijos
y el no lujoso ajuar para sus mozas;
ellos saben los íntimos placeres
que brindan las faenas del trabajo
y las benignas horas de la tarde;
ellos saben amar a sus mujeres,
ellos saben triunfar en el destajo
y afrontan los peligros sin alarde.

Discurren por las anchas avenidas,
vendiendo su carbón, en los poblados;
Llevan del diestro las greñudas jacas;
sus sienes, por el sol, van encendidas;
sus dedos, por el cisco, van manchados.

Su riqueza la cifran en dos vacas,
un pedazo de tierra de plantío
que protege del viento la pradera,
sus niños, sus esposas, el bohío
y el campo de labor: la carbonera.

Preparan el carbón para el consumo
del bien provisto hogar de las ciudades,
allá donde las aves de alto vuelo
van a posarse, allá se yergue el humo
de sus quemas, allá en las soledades
que casi tocan el turquí del cielo.

Descienden, van cantando; sus pupilas
resumen la grandeza del paisaje
cuyo contorno abraza muchas leguas,
la tarde pone su color de lilas
en los sucios jirones de su traje
y en las revueltas crines de sus yeguas.

Sale a encontrarlos en la senda el alba
cuando van a sus rústicas labores;
en las alforjas el frugal almuerzo;
su planta fuerte las alturas salva
y allá donde ellos riegan los sudores,
se doran las espigas de su esfuerzo.

Son hijos de las selvas, solitarios,
compañeros tranquilos de la nube,
amigos de la lluvia y de las rachas.

Ellos tumban madroños centenarios
y la canción de su trabajo sube,
con el himno sonoro de sus hachas
con el himno vibrante que se pierde,
a la manera de gallardo grito,
en el confín de la montaña verde
y en el eterno azul del infinito.

Nosotros, dicen ellos, no anhelamos
el enfermo placer de los pudientes,
ni sus viandas mejores, ni sus vinos,
trabajo y honradez son nuestros amos;
bebemos del frescor de las vertientes
que brotan con acentos cristalinos;
comemos el azúcar de la fruta
que sazona en el bosque de la sierra;
si viene la escasez no nos inmuta
mientras dé plantas nuestra madre tierra.

Por el curvo camino siempre vamos
sintiendo los más íntimos sosiegos;
el aura besa nuestros labios rojos,
nos dan aroma los silvestres ramos
y vemos, al pasar, a los labriegos
preparando, de nuevo, sus rastrojos.

Hermano—dijo el joven—¡qué amorosa
es la tierra! Ella oculta en sus entrañas

los tucuicos, los guísaros y el nance,
los toritos pintados y la rosa,
los sonoros trigales y las cañas
que pone, con amor, a nuestro alcance.

¿Tenemos sed? Allí los manantiales
que bajan de las cimas a los llanos
y de éstos a las quiebras de la hondura,
nos ofrecen con risas sus cristales,
nos ofrecen su líquida frescura...

Hacemos una taza con las manos
para beber el vino de las rocas,
ese vino que amansa hasta las fieras:
venenosas serpientes y leones,
que van a refrescar sus bravas bocas,
después de recorrer las sementeras,
las extensas cañadas y playones.
¡Qué sabrosa es el agua en el camino
prolongado y polvoso... Es fresca y rica,
al levantar su canto peregrino
las frondas de los árboles salpica!

Hermano: ¿No es verdad que en las ciudades
abundan las mentiras y los vicios
y faltan la verdad y las virtudes?
¡Qué diferente allá en las heredades!
ni los grandes, profundos precipicios,
amenazan jamás nuestras quietudes.

¡Qué diferencia de aire, de agua, todo
sí, todo en las montañas es más puro:
la luz del sol, también los corazones,
hay nubes siempre blancas, menos lodo,
aquí el humano sentimiento es duro
y más negro, tal vez, que los carbones!
El otro, dijo: —Hay almas no raídas

por los vicios y engaños que señalas,
aquí también, mas ellas son muy pocas...

¿Has visto que las frutas ya podridas
contagian las demás? Rotas las galas
de la virtud... ¡Callemos nuestras bocas!

Mira el sol, para todos es lo mismo,
iguales besos de fulgor envía,
como un padre colmado de bondades,
a los montes, a los valles y al abismo,
al perfil de la enhiesta serranía,
a la huerta, al erial y a las ciudades;
para el buen sol no existen diferencias;
del Orbe, del Gran todo, es la pupila
que gira en las astrales eminencias
y lo grande y lo mísero vigila.

Contempla ese gusano entre las hojas:
busca luz y calor. El sol no niega
la ofrenda de su amor al ser abyecto,
ni al alma que torturan las congojas;
madura la simiente, va a la siega
y mantiene la vida del insecto;
él baja hasta las cárceles obscuras,
alégranse con él los presidiarios
y pone su arrebol en las vidrieras;
por las tardes incendia las alturas;
desde el cenit se asoma a los osarios
y parece animar las calaveras.
Calló por un instante...
Un riachuelillo,
hilando espuma en su blanca rueca,
apareció festivo por la ruta
de aquellos dos felices...
Blondo brillo
de sol teñía la hojarasca seca,
la fronda verde y la silvestre fruta.

Y bajaban, bajaban el sendero
llenando de buen aire los pulmones;
era a mediado del pasado enero
al cubrirse de sol los marañones.

Yo los vi, desceñido el viejo traje,
los hombros anchos, las mejillas sanas,
los pies desnudos y venoso el brazo;
eran el alma viva del paisaje,
la nota alegre y buena, las lozanas
vidas del campo fresco.

En el ribazo
había paz, aroma de verbena
y mucha luz de sol en los confines
de aquellas montañosas serranías.

Sólo una cosa en mi trajín me apena,
—dijo el otro—¡dejar mis chacalines!
Esos retoños son mis alegrías,
y su madre también!
¡Cómo arrebata
la fresca boca en flor del más pequeño,
cuando me dice con tenaz empeño,
a mi retorno del trabajo: ¡Tata!

Lo siento, cariñoso, en mis rodillas,
le doy un beso en su rosada boca,
no sé cuántos imprimo en sus mejillas;
el otro dice: ¡ahora a mí me toca!
y siento que renacen más cariños.

Esas vivientes y queridas flores
me cubren de esperanza la existencia;
la gloria de la tierra son los niños,
con ellos se disipan los dolores,
pues nos dan, si sufrimos, resistencia.

¿Y mi esposa? Jamás en el contorno
que pude recorrer en mi faena,
hallé otra que tuviera ojos iguales;
qué dulce me recibe a mi retorno,
más dulce que la miel de los panales,
¡es siempre candorosa y siempre buena!

Ella pone dulzuras en mi vida,
ella me colma de placer y calma,
ella guarda mi hogar con sus virtudes
—¡nunca tardes!—me dice conmovida,
si voy a la ciudad. Me llena el alma
de grata placidez y de quietudes.

Tornaron los tranquilos carboneros,
después de recorrer bastantes leguas:
era el momento de apagarse el día...

Tornaban con semblantes placenteros,
iban en pos de las vetustas yeguas
musitando canciones de alegrías,
en tanto que cantaban los cuyeos
echados a la vera del camino,
sobre la hojosa y resequida alfombra;
un astro principió sus parpadeos,
murmuraba el arroyo peregrino
y envueltos en los pliegues de la sombra,
llegaron a la plácida cabaña
que tienen como un nido en la montaña.

POEMA DEL AGUA

Le doy, ¡oh, caminante!, cuando la sed te abruma,
—el agua dijo alegre—frescura a tu garganta,
refresco de las aves la seda de su pluma
y en las riberas mías yo bordo con mi espuma
tejidos de colores cuando mi lira canta.

Soy grito y soy arrullo, quietud y movimiento,
arrumbo a las llanuras para buscar descanso,
retozo entre las quiebras y canto con el viento,
reflejo en mis cristales el vasto firmamento
y acorto mi carrera tornándome remanso.

Yo soy el alma errante que alegra la llanura,
yo tengo regocijos, también alzo querellas;
con saltos de gimnasta desciendo de la altura
bañando el musgo verde que alfombra la espesura
y tiembla en mis entrañas la luz de las estrellas.

Derramo en las campiñas de perlas un derroche
y en medio del silencio soy arpa vibradora;
ensayo mis orquestas de liras en la noche
y se abren mis espumas como luciente broche
que esmaltan los matices cambiantes de la aurora.

Y dijo el caminante cargado de fatiga:
—Mi buena compañera que cantas en la gruta,
tú esmaltas con aljófar el oro de la espiga,
tú fuiste en mis pesares mi placentera amiga,
tú fuiste un regocijo vibrando por mi ruta.

Como cristal precioso para el camello nubio,
resurge en los oasis, allá entre las cisternas;
te rizas bajo Sirio como penacho rubio,
tus ánforas se abrieron a la hora del diluvio
y pulsas en los mares tus cítaras eternas.

—Cansado peregrino de faz rugosa y grave,
pondré de mis frescuras entre tu copa amarga;
en cada nota fuerte y en cada nota suave,
imito la tormenta o la canción del ave;
escúchame y extingo la pena que te embarga:

Conmigo se nutrieron los viejos trogloditas
y vi la marcha luenga de cien generaciones;

en una roca estéril brindé a los israelitas
mi líquido diamante y vi las infinitas
carreras luminosas de mil constelaciones.

Yo vi con las pupilas azules de mis lagos
dos pueblos consumidos por torpes liviandades;
las grandes hecatombes de Romas y Cartagos;
yo sé de las grandezas caídas en estragos,
y oyó la voz de Cristo mi limpio Tiberiades.

No llores peregrino, la ruta de la vida,
si así lo quiere el hombre, es larga y dolorosa,
en cada desengaño recibe ingente herida
y en tanto que Natura al goce lo convida,
le ofrece diez espinas debajo de una rosa.

Pero esa madre huraña te brinda su regazo,
te cura de las hambres, minora tus reveses;
con ella estás unido por un eterno lazo,
si sufres te consuela con amoroso abrazo
y pone ante tu vista la ofrenda de tus mieses.

No llores, caminante; yo soy también ofrenda
que brota hecha burbujas del vientre de las rocas;
asciendo hasta tus labios y cruzo por tu senda;
yo mido las jornadas del nómada sin tienda,
y apago las sequías de las sedientas bocas.

Por mí sazona el fruto y el campo reverdece
y torno vigoroso el árbol más remiso;
por mí la espiga rubia y el nardo que florece:
encima de mis ondas la lumbre se estremece,
y en mí se vió más bello el rostro de Narciso.

Por mi la vuelta al mundo del bravo Magallanes;
Colón hizo su ruta encima de mi espalda
hasta salvar la cima de todos sus afanes;

coronó la cabeza senil de los volcanes
y visto las llanuras con frondas de esmeralda.

Besé con mis espumas el cuerpo de Afrodita
y puse mis halagos sobre su piel de seda;
cincelo entre las rocas la extraña estalactita,
conozco hasta el retiro del grave cenobita
y fuí propicia a Júpiter para acercarse a Leda.

Tornada en blanca nieve las cúspides perfilo
y salvo las alturas en alas de la nube;
allá en la ardiente Nubia fundé el sagrado Nilo,
recorro toda Menfis y al piélago desfilo
y el cuarzo de mis hielos hasta los Alpes sube.

Mi génesis se oculta en el pasado incierto;
mi fuerza es poderosa pues nada la restringe;
yo tengo quien me implore: las voces del desierto;
yo tengo un gran enigma: las aguas del Mar Muerto;
yo tengo quien me aclame: la boca de la Esfinge.

Allá, sobre el picacho de la montaña agreste,
en la quietud perpétua de la gigante cumbre,
semejo un nimbo blanco, a veces blanda veste,
que luce las alturas de cícladas celeste;
en mí se quiebra el rayo de fúlgida vislumbre.

Asalto las honduras y llego a las aldeas
y voy de campo en campo midiendo los confines,
rimando mis canciones, luciendo mis preseas;
y a veces me desbordo—tal lo hacen las ideas—
y atrueno los abismos con todos mis clarines.

El Niágara es la trompa que canta mi grandeza
y desde el Sur responde la voz del Tequendama;
me enturbio y me retuerzo con bárbara fiereza
tornada en Amazonas. Yo soy naturaleza
que en líquido brillante vibrando se derrama.

Bajo el calor del Asia yo vi los elefantes
llevando a los califas sobre sus lomos pardos,
y vi las caravanas, con mirras y diamantes,
en marchas fatigosas a tópico distantes,
mi Ganges domestica panteras y leopardos.

No hay nada comparable con mi cristal sonoro
si lanzo mis turbiones bajo el fulgor de Osiris;
mis ondas se levantan para cantar en coro,
entonces las estrellas me dan sus besos de oro
y frente al sol enarco la majestad del iris.

Soy fuerte: yo desraigo los más enhiestos robles;
soy ritmo: doy al aire mis salmos y repiques;
soy buena: soy el néctar de parias y de nobles;
soy brava: en los peñascos asesto mis mandobles
y doblo mis pujanzas para romper los diques.

Y prosiguió el errante con alma conmovida:
—Yo fuí hasta los dominios del Bósforo y el Sena,
y al claro San Lorenzo lo vi soltar la brida,
allá dejé la pena profunda de la vida
y a tus cristales vuelvo porque tornó mi pena.

Escúchame, buena agua: erré por todo el mundo
en busca de bondades, en vano, y no te asombres.
De niño fué mi canto sereno y fué jocundo,
después la humana estirpe me dió pesar profundo
al ver como me hería la saña de los hombres.

Limpia agua, tú eres buena y a tu bondad me [acojo,
me acerco a tus orillas para pedirte calma;
en la presencia tuya de penas me despojo
y si mi labio ardiente con tu frescura mojo,
penetran las frescuras a refrescarme el alma.

El agua dijo entonces: Las ondas me desgarro
al escuchar, viajero, la pena que te abruma...

Yo tengo una tristeza: mi detención, el barro;
para gemir dispongo los líquidos del Darro,
para cantar el Duero; para reír, mi espuma.

El sol dora las liras que entonan mis cantares,
de seres no nacidos, en mí palpita el germen,
agrando en mis espejos los bosques seculares,
arrullan lo infinito las olas de mis mares,
Sodomas y Gomorras en mis entrañas duermen.

Hermana de la tierra, ha tiempo que la ciño,
con ella voy en viaje alrededor del astro;
encima de sus hombros soy clámide de armiño;
a veces sus etapas fecundo con cariño
y en el azul despliego banderas de alabastro.

Como una mano abierta se extiende a mí el [Sahara,
me piden sus simunes la ofrenda de mi lluvia;
yo nunca di mis besos al árido Karnara,
y nunca di las perlas de mi llovizna clara
al viejo desamparo del arenal de Nubia.

Viajero—dijo el agua—, mi cuerpo cristalino
habrá de acariciarte con amoroso abrazo;
arrójate a mi seno y así tu obscuro sino
tendrá en mis hondonadas un lecho coralino
y dormirás cien lustros tendido en mi regazo.

El triste caminante oyó la voz extraña,
oyó la voz amiga de aquel ofrecimiento,
nacido en lo más hondo de la movible entraña
del agua fugitiva que hundióse en la montaña,
riendo con su espuma, cantando con el viento.

CHAVERRI (Graciliano).

Nació en Heredia el 11 de agosto de 1854. Desde muy joven se dedicó a la enseñanza primaria, ramo en el que prestó importantes servicios. No publicó ninguna obra.

TUS OJOS

Todo en ti me enamora y me fascina:
tu seductora faz americana,
tu talle y tu figura soberana,
tu deslumbrante cabellera ondina;

tu voz—que de tu boca purpurina
como cascada bullidora mana—
y esa esbelta arrogancia de sultana,
que es de una Venus la actitud divina.

Mas, nada, nada en mi entusiasmo tanto
me admira de tus gracias y me asombra,
como tus ojos en que amor destilas.

Que el mismo Dios por aumentar tu encanto,
en forma de astros condensó la sombra
y los puso en tus ojos por pupilas!...

CORONADO (Mariano).

Contemporáneo. Sus poemas están dispersos en diferentes periódicos y revistas de América.

PARA EL ALBUM DE MARGARITA

Una flor para tu ALBUM, Margarita,
me pides con sonrisa tan graciosa,
que busco en mi jardín la más hermosa,
más bella, más gentil, más exquisita.

No he de poner, amiga, yo a tus plantas
claveles, amapolas ni jacintos,
con discursos sentidos... tan distintos.
Muchos amigos te habrán dado tantas...

¿Qué flor he de buscar? Yo tengo una
cuyo perfume grato me extasía.
La flor de la Amistad, amiga mía,
cuyo cáliz besó la blanca luna.

Esa flor que nació junto a la fuente
es graciosa, mecida por la brisa,
para ver de sus labios la sonrisa
al espejo se asoma en la corriente.

Su perfume embalsama la pradera,
y en el alma difunde el sentimiento;
en su cáliz anida el pensamiento
de la afección más pura, más sincera.

¡Amistad! ¡Amistad! Tú sólo creces
en las almas exentas de egoísmo...
Nacida en los jardines de Dios mismo,
yo te bendigo, ¡oh, Amistad, mil veces...!

Eres del alma la divina esencia;
exenta de rencores y de engaños,
no reconoces castas, ni aun los años
cortaron el vigor de tu existencia.

¿Qué importa que la perla esté encondida
entre la concha rústica y musgosa,
si es bella y atrayente, si es hermosa
cuando es del rayo de la luz herida?

Eres del alma el inmortal idioma;
y las almas no mueren ni envejecen...
y los afectos en el alma crecen,
como crecen las flores en la loma.

Como es tan pura cual la luz del día
esa flor, Margarita; y la mereces,
sin sombras de mezquinos intereses,
a tus plantas la pongo, amiga mía.

DIOS ES AMOR (1)

Para cantarte, AMOR, yo desearía
del panal más sabroso la dulzura,
del tierno ruiseñor la melodía,
de María Magdalena la ternura.

Palpitar en mi pecho yo te siento
y tu canto divino se parece
al canto de las flores, cuando el viento
sobre sus tallos con ternura mece...

Garza divina de nevada pluma,
que del mar de los cielos has venido

(1) Premiado con Medalla de Oro en el Concurso de los PP. Capuchinos en el año 1923.

flotando de las nubes en la espuma
para hacer en mi pecho blando nido...

Yo te siento, si al aura pasajera
con cariño besó sobre mi frente
si contemplo flexible la palmera
asomarse al espejo de la fuente.

Y te miro en la flor que allá perdida
en el bosque su broche abre temprana
y te miro en la hierba humedecida
con el dulce rocío de la mañana.

En el canto del ave que gorjea
al sentir casto beso de la Aurora,
en la roca musgosa que gotea
el collar de diamantes que atesora.

Yo te miro en la nube pasajera
irisada de nítidos cambiantes
que a la loma le da y a la pradera
rica alfombra de seda y de brillantes.

Cuando las aguas puras del riachuelo
yo contemplo a la sombra del encino
retratando en su espejo azul el cielo,
amor, ¡oh, dulce amor!, yo te adivino.

Te siento cuando amante besa el día
en la frente a los lirios y claveles
y en las alas esparcen su ambrosía
de la brisa, por prados y vergeles.

Te miro en la sonrisa de la Aurora,
del ave en el canto matutino;
en el eco de tórtola que llora
a la luz del celaje vespertino...

Tú eres lazo de rosas perfumadas
para unir los humanos corazones,
a el alma das la dicha en tus miradas
produciendo divinas emociones...

Pasan las horas largas junto al lecho
del enfermo que sufre adolorido
y el pesar que le oprime, de su pecho
arrancas con cuidado, enternecido.

Perlas le diste al bello Tequendama,
al Niágara opulento, densa bruma,
y coronaste de fulgente llama
alto al picacho, y a la mar de espuma.

Del roble añoso en la rugosa frente
coronaste de flores sonrosadas;
y juncos diste a la tranquila fuente
para sombrear sus hondas irisadas.

Un templo de belleza creó tu mano
por cúpula teniendo el infinito,
por pavimento el dilatado oceano,
por columnas mil moles de granito...

Como incienso que místico se eleva,
las nubes veo subir; y dulces notas
de un himno majestuoso el viento lleva...
es el canto del mar y las gaviotas...

No contento con crear tanta belleza,
para recrear el corazón humano,
quisiste igualar a mi vileza
al mismo Dios, haciéndolo mi hermano.

¿Y después? ¿y después?... ¡oh, pensamiento
de exquisita bondad! ¿quién lo creería?

tu quisiste que fuera mi alimento...
mi consuelo, mi vida, mi alegría.

Mi espíritu no puede contemplar
de bondad tan excelsa el hondo abismo;
oh, dulce Amor, y tengo que exclamar:
«NO TE PUEDO CANTAR, ERES DIOS MISMO...»

DOBLES SEGREDA (Gonzalo).

Contemporáneo. Sus poesías se han publicado en periódicos y revistas del país.

PATRIA

¡Oh, Patria, en este día
quiere mi verso adolescente y puro,
dejar en tus altares la armonía
de la selva, del mar, de la avecilla
mensajera del canto,
y doblar reverente la rodilla
con un amor tan santo
que de mis labios brote
como una epifanía,
un canto por tus glorias inmortales,
¡oh, Patria de mi alma, Patria mía!

Adorable rincón donde el labriego
mecido por la paz de la montaña
que es de tranquilidad y de sosiego,
tiene un nido de amor en su cabaña
y cultiva la tierra bajo el fuego
del ígneo sol que sus campiñas baña.

Adorable rincón de mis mayores;
noble Patria querida;
para ti los jardines y las flores
y hasta el último aliento de mi vida.

Para ti mi entusiasmo;
para ti mi alegría y todo el fuego
que mi ferviente corazón anida,
porque bajo tu cielo idolatrado
oí el ritmo grandioso de la vida
que le dictó el cariño
de mi madre adorada

cuando yo era muy niño;
porque bajo tu amparo,
y a tu sombra magnífica y gloriosa
formé un hogar que idealizó mis sueños
con el encanto de la dulce esposa
resumen de mi amor y mis empeños.

¡Oh, Patria, en este día
quiere mi verso adolescente y puro,
dejar en tus altares
como una epifanía,
un canto por tus glorias inmortales,
¡oh, Patria de mi alma, Patria mía!

RUBIA CABECITA

Cabecita rubia como los trigales
por donde dejara sus huellas Jesús.
Rubia cabecita que contra mis males
y contra la saña de la ingratitud,
me das fortaleza, me das esperanza,
y torno a la vida de nuevo a luchar
sin nada que turbe como una asechanza
la paz y el encanto que reina en mi hogar.

Cabecita rubia que en tan pocos años
llena de inocencia, llena de ilusión,
contra mis dolores y mis desengaños
marcaste la ruta de mi corazón...
Y hoy siento la vida tan dulce y serena
que place vivirla sintiéndola así.
Cabecita rubia, cabecita buena,
la mejor promesa para mi jardín...

AUSENCIA

Tienes que oír mi dolorosa queja
aunque te alejes y te ausentes más.

porque la brisa llegará a tu reja
a decir mi canción... ya lo verás.

Bien sé de tu agonía y tu quebranto;
comprendo tus tristezas y dolores,
pero ya lo verás... tienes mi canto
que te consolará siempre que llores.

Esconde ese dolor, amada mía,
como un tesoro amable en tu conciencia,
y tendremos así telepatía
de dolor a dolor en nuestra ausencia.

COMO EL AGUA QUE VA

Como el agua que va serenamente
reflejando en el fondo la maraña;
como el cierzo que pasa indiferente
dejando una canción en la montaña
y un ligero temblor sobre la fuente...

Todo aquello que sea tierno y manso;
ya el espejo dormido del remanso,
ya una tarde remotamente bella;
así es como sin tregua y sin descanso
mi dolorida juventud te sueña.

FUI CONTIGO TAN CRUEL

Callábamos los dos... En mi tormento
resistí mi dolor altivo y fuerte,
y así sin comprender tu sufrimiento
fuí contigo tan cruel hasta la muerte.

Y en la nocturna y apacible calma
de aquella noche tétrica y sombría,

escuchamos los dos dentro del alma
el grito del amor que se moría.

Hubo un silencio sepulcral... La brisa
recogió el cascabel de su sonrisa
que en la nocturna calma se diluía.

Y al mirarla otra vez en el encanto
de su inmenso dolor, se cubrió en llanto
su rostro de mortal melancolía...

APUNTE DE VERANO

Sobre el tablero sencillo
de las calles del jardín,
ajedrez juegan las aves
en una tarde de abril.

Se columpian los rosales
en su trémula inquietud,
y las flores coquetean
sobre el terso lago azul.

Surgen voces desde el fondo
del jardín crepuscular,
que se enredan en el canto
de la fuente de cristal.

Una frase apasionada
de ternuras y de miel,
un suspiro que se escapa
de unos labios de mujer.

Y en el tablero de todas
las callejas del jardín,
ajedrez juegan las aves
cual figuras de marfil.

ALEGRIA DE NOCHEBUENA

¡Qué inmensa alegría mi espíritu siente!
Qué loco contento me llena de amor,
cuando el aire fresco de la Nochebuena
mece el alma mía con blando temblor.

Se quiere ser niño, niño todavía
porque en su inocencia se puede soñar;
no tener rencores, ni preocupaciones
que es tan duro a veces tanto batallar...

Nochebuena alegre que transforma toda
la monotonía de mi vecindad,
que en su abatimiento no surge ni un canto
que haga más hermosa nuestra soledad.

Nochebuena plácida, Nochebuena alegre
toda gritería, locura y placer;
globos de colores, rifles y cornetas,
cristalinos cantos, risas de mujer...

Se quiere ser niño, niño todavía,
porque en esta noche se puede soñar;
y dejar la lucha, las preocupaciones
que es tan duro a veces tanto batallar...

VISION CREPUSCULAR

...Y el viejecito se acercó a mi puerta
bajo la lumbre de la tarde gualda,
con el alma contrita, casi muerta
y un fardo de miserias a la espalda.

El andar torpe y lento. La mirada
perdida en el crepúsculo muriente
igual que si buscara una bandada
de recuerdos oculta en el poniente.

De sus labios brotaron dolorosas
palabras de tristeza y sufrimiento,
mientras la tarde coronó de rosas
la inmensa comba azul del firmamento.

Y así me dijo, como haciendo alarde
de un dolor infinito que llevaba:
«En la hora apacible de una tarde
la vi morir ¡y tanto que la amaba!

Yo era feliz sintiéndola a mi lado
con su eterna sonrisa encantadora;
y al partir muchas veces por el prado
la miraba confuso hora tras hora.

Era la niña mi sostén, mi guía
en las noches de lúgubre miseria,
y así su pena y la congoja mía
juntas corrían por la misma arteria.

Alegres visitamos las ciudades,
los lejanos y hermosos caseríos,
y alegres compartimos las crueldades
de sus tantos dolores y los míos.

En sus ojos negrísimos había
como un sereno despertar de auroras,
y en sus labios de grana florecía
el timbre de sus risas seductoras.

Y después... al morir la primavera
en un momento de dolor nublado,

cerró sus ojos y su angustia era
el beso ardiente del invierno helado».

Y el viejecito se acercó a mi puerta
bajo la lumbre de la tarde gualda,
con el alma contrita, casi muerta
y un fardo de miserias a su espalda.

DOBLES SEGREDA (Luis).

Ha sido profesor de Geografía en el Liceo de Heredia; de Castellano en la Escuela Normal, y director del Instituto de Alajuela, desempeñando después otros importantes cargos. Ultimamente era Secretario de Estado en el Despacho de Instrucción Pública.

Tiene publicadas varias obras, entre ellas *El Clamor de la Tierra* (conferencias), 1917; *Por el alma de Dios*, 1918; *Rosa Mística*, 1920; *Novia* (versos íntimos dedicados a Trina Sánchez, su esposa), 1921.

TU ROSA

Una rosa me dieron
tus manos buenas,
Dios te lo pague, amada,
con gracias plenas.

Gracias te doy, mi linda
rosa de Francia,
eres tú como es ella:
seda y fragancia.

Y como ella, mi reina,
tu vida entera
es sonrisa y es gloria
de primavera.

Gracias te doy, señora,
por esa rosa,
por tu flor encendida
gracias, graciosa.

Que florezca tu vida
cual tus rosales
bajo el sol y la gracia
primaverales.

Para todas tus flores
mi corazón
quiere, si lo consientes,
ser un jarrón.

EL PENSAR DE LA AMADA

Es un noble sendero tu frente amada,
tu pensar lo atraviesa con raros vuelos
y, en llegando hasta el lago de tu mirada,
se diluye en el agua de tus anhelos.

Tu pensar trae por eso, discretamente,
como en copa sagrada, que ahuyenta enojos,
una suave dulzura: la de tu frente
y una paz milagrosa: la de tus ojos.

TU RISA

Es tu risa una fuga de golondrinas
que alegra los senderos porque caminas.
Es fuente milagrosa de agua bendita
que todos mis pecados destruye y quita.
Es tu risa una alegre muchacha loca
que suena a cascabeles entre tu boca.
Es una linda hermana de caridad
que a todos va ofreciendo pan de bondad;
Pan ácimo y bendito que, en comunión,
tú das a los enfermos del corazón.
En esta lucha cruenta sobre la tierra
en que el hombre y el hombre viven en guerra,
va cantando tu risa su marsellesa
sobre el campo barrido por la tristeza.
Y, ofreciendo sus glorias, es vivandera
que alegra los desastres de la trinchera.
Nunca tuvo tu boca risa mordente
que aprieta sobre el labio filoso diente,
ni es la risa de envidia, maligna y yerma
que envenena las almas y las enferma.

No es la pálida risa de la falsía,
esa risa serpiente que el diablo guía.
Es tu risa una risa frescota y sana
que remeda el arrullo de la fontana.
Ríe, mi linda mora, tu risa es buena,
ríe, que con tu risa se va mi pena.
Ríe, mi pastorcilla, tu risa encanta,
ríe, que con tu risa mi lira canta.
Ven, morena, a reírte junto al torrente,
que es la espuma una risa blanca y luciente.
Ven, morena, a reirte por la pradera
que es la flor una risa de primavera.
Ríe, chiquilla linda, ríe sin recelo,
que es la estrella una blanca risa del cielo.
Pastora, en mi cabaña reirás mejor,
ven, alegra las murrias de tu pastor.
Ven, pastora, tus risas son tus rebaños,
cuídalas a la sombra de tus quince años.
Oye, mi zagalita, dame el cayado,
apoya sobre mi hombro tu brazo amado.
Oye, mi rosa linda, no te descuides,
voy a llenar tu cesta de nomeolvides.
Ven, cúrame la herida que tú me hiciste
con esos ojos malos con que me viste.
Cúrame, que la herida no cicatriza
y tengo fe en el bálsamo de tu sonrisa.
Ven, paloma, a mi lado, no te desvíes,
yo cantaré rondeles mientras tú ríes.
Mira, desque te fuíste la tarde es fría,
que tus risas me traigan sol de alegría.

TORRE DE MARFIL

Sobre el mar apacible de los sueños
nuestra barca de amor boga ligera,
fué locura oponerse a sus empeños
que ha ganado triunfante la ribera.

Hay luz y canto en la vecina orilla,
el sol sus oros sobre el campo riega,
apóyate en mi brazo, zagalilla,
y crucemos cantando por la vega.

Oigo en el bosque un ruiseñor que trina
y te elogia en su dulce canturía;
él saluda a la novia que camina
bajo el palio de luz de su alegría.

Adiós, ventisca que agitó la nave,
adiós escollo que estorbara el paso.
La voluntad de Dios sólo El la sabe
y El no quiso arrancarte de mi brazo.

En el bello momento a que asistimos
está sin nubes el sereno cielo,
en tanto que adorándonos construímos
la torre de marfil de nuestro anhelo.

ECHEVARRIA (Jaime).

Contemporáneo. No ha publicado ningún libro.

ECOS DEL ALMA

La Patria, mi Costa Rica,
tan pequeña y tan lejana,
la veo tan grande en la ausencia,
en esta ausencia tan larga,
que anheloso me pregunto
si el recuerdo de la Patria
se hará más caro e intenso
mientras más es la distancia.

¡Oh, si por rara ventura,
cuando dejamos sus playas,
se despide de nosotros
y se nos graba en el alma!

¡Pobre alma mía! ¡Alma mía!
¡Ya tan vieja y agrietada!
(¿Será su dulce recuerdo
como flor sedosa y alba
que asoma por una grieta
su belleza inmaculada,
y serena la aspereza
de la berroqueña escarpa?)

¿Si será mi Costa Rica
cual las costas legendarias
con islas de oro y zafiro,
con palacios de esmeralda,
que el ensueño aventurero

siguiese en buques fantasmas,
con la fe en el corazón
y en el puño de la espada?...

¡Despliegue la fantasía
sus resplandecientes galas,
ilumine mi memoria,
vierta esencias en mi alma;
ponga en ella la soberbia
que puso en Vasco de Gama
con el grito victorioso
en la gloriosa mañana!

¡Cómo añoro la belleza
de sus valles, sus montañas,
sus torrentes, sus praderas
y sus floridas guirnaldas!
Torrezuela de mi aldea,
tardecitas de mi infancia,
¡cómo os añora el espíritu
y cómo el Amor lo inflama!

¡Costa Rica, Costa Rica,
bella y amada lejana!
¿Por qué os encuentro tan cerca
mientras más es la distancia?

ARIA DE UN VIAJE REMOTO

(Balada)

¡Rosarito! Las rosas duquesas
están hoy más lozanas que nunca,
y fulguran sus albos manojos
como frágiles copos de espuma.

Los claveles de seda sonríen
y su rojo se torna encendido;
el relente ha enjoyado sus pétalos
con las gemas de un blando rocío.

El granado del patio semeja
una verde y fantástica flama.
¡Cómo tiembla la luz en sus hojas!
¡Cómo arde en sus flores la grana!

¡Rosarito! Gentil primavera
en tu tierra derrama sus gracias;
pero el torvo desdén de tus ojos
¡martiriza la flor de mis ansias!

ECHEVERRIA (Aquileo J).

Nació el 11 de marzo de 1866 y murió en mayo de 1909. Rubén Darío que le admiraba mucho le dedicó una extensa crónica en su obra *Letras,* en la que decía:

"Costa Rica tiene un poeta. Tiene, en verdad, otros poetas, pero *su* poeta, el poeta nacional, el poeta representativo, el poeta familiar, se llama Aquileo J. Echeverría. Este poeta ha sido empleado público, militar, diplomático, periodista, cuentista criollo."

Publicó un solo libro: *Concherías,* que le ha hecho famoso. En él decía su prologuista el Dr. Zambrana: "Su musa es una muchacha alegre, fresca y coloradota, si ligera de lengua, de muchas libras de peso. De imaginación traviesa, pero que sabe ponerse seria si le conviene"; y el ilustre poeta y crítico Rogelio Sotela agrega: "La sencilla y franca alegría del campesino, la gracia fresca y humilde de la campesina, todo dicho en la misma lengua arcaica de nuestro pueblo feliz, eso son las poesías de Aquileo. Por eso son inmortales".

MODELO EPISTOLAR

Estimada Domitila:
cojo la pluma en mis manos
tan sólo pa notisiale
que estoy gordísimo y sano;
quiera Dios, y que deseo
que, al resibo de estas cuatro
letras, se jallen ustedes
de cabal salú gosando.
Desde antantier me asendieron,
por jortuna a Sota Cabo;
estrené nuevo uniforme,
y una varilla me han dao
como insinia del destino,
y el sueldillo me aumentaron;
hora gano un peso dies
y no salgo a los mandaos,
lo que era una fregasón,
porque el teniente Naranjo

me espachaba, por lo menos,
veinte veces a tre guaro,
u a trer puros, u pedir
un peso aonde los Campos,
cuando no onde los Quesadas
u aonde Rosendo Alfaro.
Además, el Capitán,
tiene un chorrero de gallos,
y había que vese a palitos
pa que estuvieran asiaos;
y a más había que bañar
por la mañana un caballo,
un blanquillo que lo llaman
Caperoles, liberiano,
y que es un costal de mañas,
hasta muerde el confisgao.
Ayer me trujo Jacinto
la ropilla, los sigarros
y su carta y la cajita
con ingüento de soldao.
Ayer mesmo me lo unté;
de viaje se atarantaron;
esta mañana me vide
y ni uno vivo ha quedao.
Dígale a José María
que no le mando su encargo,
porque juí propio a las tiendas
y sólo jallé de cacho,
iguales a los que vende
en esa ñor Tanislao.
Le vuelvo a recomendar
que tenga muchos cuidaos
con el mestro, porque sé
que ese patas es muy malo,
y que es capás de atollale
basurilla en un sigarro,
como hizo con Miquelina
y con la hija de ñor Bastos.

Saludéme a ñar Prudensia,
lo mismo que a los muchachos,
y no me olvide, que yo
me paso en usté pensando.
Soy su novio y servidor,

PEDRO VINDAS,
Sota Cabo.

Perdone los dos borrones,
pero jué que me meniaron.

II

Mi querido Pedro Vindas:
cojo la pluma en la mano
pa contestale su carta,
que con salú nos h'allao;
sólo mamá no está bien
porque la sigue fregando
el dolor en el cuadril,
la tos, el pujo y el flato;
por suerte está mejorsita
con sólo la miel de palo,
con guitite y alcanfor
que le aplicó mano Pablo.
De ayer pacá se levanta,
u'nque no sale del cuarto.
Le notisio que la yegua
tuvo un potrillo melao,
con un lusero en la frente
y otro debajo del rabo.
Es muy bonito, si viera,
se parese a Recortao.
Ya la vaca la soltamos
porque no daba ni un vaso,
pero la josca no tarda,
pa la llena la esperamos,

está que no puede andar,
¡ojalá no salga macho!
Mano Jasinto y Grabiel
se dieron unos cuerasos;
comensaron por juguetes
y se jueron calentando,
calentando hasta que al fin
las dos realeras sacaron,
y si no es que Margarito
abrevia a desapartarlos,
quién sabe si a l'ora de ora
no estaría alguno enterrao.
A yo me ha pudrío siempre
la jugadera de manos,
hasta en los propios chiquillos
repuna y más en los lángaros.
Onde Jasinto hubo baile
pal estreno de un retablo
muy lujoso que trujeron
el domingo, de Cartago,
pa meter a Santa Rita
y al Señor Resusitao.
Disen qu'es qu'estuvo bueno.
yo no juí unque m'invitaron,
en primer lugar por mama,
y en segundo por el diablo
del mestro que ya me tiene
como disen, hasta el cacho;
entre más lo despreseo
y más mala cara l'hago
más anda detrás de yo.
No sé cómo habrá cristianos
que no pueden entender
las cosas si nu'es a palos.
En la misa del domingo
hubo dos amonestaos:
Ramón Cerdas con Gregoria,
y Cirila con ñor Campos.

Disen que Ramón se casa
pal primer jueves de mayo.
Me contó José María
que ayer lo vido encalando,
y qu'el mismo le contó
que ya'bía comprao los trastos,
y qui'ase dos meses tiene
dos chanchillos amarraos,
dies chompipes, dos gallinas
y un motico y tres carracos.
Dichosotes los que tienen
tata rico y patrón macho.
Sabe que se los murió
el gallo cuijen el sábado:
le empesó com'un ronquío,
cantaba desentonao,
se le cayeron las plumas,
se le pandió el espinaso;
ayer lo encontramos tieso.
¡Pobresillo, tan buen gallo!
¿Qué hay de desamen y baja?
¿No les han dicho hasta cuándo?
Tata me echó una indireta.
Yo creo que le han contao
alguna cosilla suya
y pienso que sea Lisandro,
porque antier, me lo jallé
junto al portón de Don Marcos,
y nu'ise más que arrimame
y ambos a dos se callaron.
El domingo, si Dios quiere,
le mandaré los sigarros:
ya tengo la cura lista
y estoy el papel piquiando.
Mamá le manda memorias,
tata, Luis y los muchachos.
No deje de persinase
pa que no le tiente el Malo,

porque disen qu'en Heredia
es onde hay sesenta rayos,
por vida suyititica...
Dios guarde supiera yo algo.
Me alegro del peso diez
y de lo de Sota Cabo.
Tengo una gana de velo
con la vara y estrenando.
Ya me voy, porque me yaman.
Escríbame pronto y largo,
y piense un poco en su Tila
que vive en usté pensando
y ni un momento lo olvida.

DOMITILA H. CAMACHO.

EPITALAMIO

(A. C. P.)

Los encajes, los tenues encajes,
que tu cuerpo gentil aprisionan,
son espumas brotadas de tu alma
al calor de una tierna congoja.

La diadema de castos azahares
que circunda tu frente de diosa,
es un alba que baña en jazmines
de tus rizos las plácidas ondas.

Eres Hebe. El donoso mancebo
en tus labios en flor, regia copa,
gustará de la dicha las mieles,
cual abeja que liba en las rosas.

Como de aire sutil fabricadas
son el velo y las cándidas blondas;
algún mago tejió los encajes,
alguna hada formó la corona.

Id en paz. El amor os ha unido,
vuestra suerte un heraldo pregona,
y preside esta fiesta brillante
el travieso urdidor de las bodas.

Bajo el techo que cubre tu casa
sus hogares harán las palomas,
y serán tus gallardos amigos
sinsontes y lirios, jilgueros y rosas.

A UN MIRLO

Avecilla pardo obscura,
que en las rejas de mi amada
cantas llena de amargura,
¿por qué estás apesarada,
avecilla pardo obscura?

¿Ha muerto tu compañero?
¿Te ha robado el caro nido
algún cazador artero?
¿Por qué lloras? ¿Qué has perdido?
¿Ha muerto tu compañero?

Con infinito dolor,
como ayes de liras rotas,
das al viento tu clamor,
y el viento arrastra sus notas
con infinito dolor.

Bate las alas y canta,
olvida tus hondas penas,
el pico, altiva, levanta:
¿por qué al dolor te encadenas?
Bate las alas y canta.

Estás triste, no contestas;
¿no te alegra la mañana?
Mira al cielo, está de fiestas,
vestido de azul y grana.
Estás triste, no contestas.

Avecilla pardo obscura,
que en las rejas de mi amada
cantas llena de amargura,
¿por qué estás apesarada,
avecilla pardo obscura?

A UNA MORENA

Gloria a la soberana de Costa Rica,
cuya gracia seduce, cautiva y pica;
pica como los soles puntareneños,
y como ellos produce desmayo y sueños.
Gloria a la sirenita de tez quemada
que en las grutas marinas tiene morada,
y que duerme soñando dulces quimeras
bajo el palio frondoso de las palmeras;
a la de pie pequeño y ojos de fuego
que en las almas encienden desasosiego;
a la de pecho erguido y ancha cadera,
a la que en triunfo luce su cabellera...
Es alma de las fresas tu boca pura,
es carne de los cocos tu dentadura;
y es tanta tu belleza subyugadora,
que eres en Puntarenas reina y señora.
Permite al peregrino que va de paso
dejar estas resedas en tu regazo.

FACIO (Justo A.)

Nació en Santiago de Veragua (República de Colombia) el 17 de agosto de 1859; pero en 1861 fué a Costa Rica, que hoy es su patria, en la que ha desempeñado importantes cargos oficiales, entre ellos la Subsecretaría de Instrucción Pública, en la época del Presidente Iglesias. Ha sido también Inspector de Enseñanza y Profesor de Castellano y Literatura. Sólo ha publicado un libro: *Mis Versos,* en 1894.

ELLA

I

El mundo de tristezas en donde habito
yo recorro con ansias de vagabundo
en demanda perenne de su existencia;
mas sólo me acompaña por ese mundo,
que es hondo y tenebroso, que es infinito,
una sombra doliente: la de su ausencia.
Silencioso misterio, calma nocturna
envuelve con un velo de somnolencia
mi espíritu agobiado por la demanda,
porque no tiene un ángel que le dirija;
mas aunque sin apoyos, a tientas, anda,
como si fuese de astro luz taciturna
su sombra solamente me regocija.

* * *

En ella, sólo en ella, de gozo lleno,
yo reposo mis sienes con desvarío,
como el niño las suyas en puro seno
cuando bajo el harapo que lo cobija
busca dulces tibiezas y tiene frío.

* * *

Ella para mis sueños de oculta gloria
es la virgen con alma de sensitiva,
a quien busco sin tregua en mi desvelo
por los ámbitos tristes de la memoria;
mientras que sus recuerdos la mente liba
como una mariposa de extinto vuelo,
que, las alas deshechas en torpe giro,
en un haz de azucenas quedó cautiva.

* * *

En silencio por ella sufro y deliro,
pues en los abandonos de mi ternura,
de mis divagaciones entre los trazos
percibo dulcemente que me tortura
un impulso vibrante como de abrazos;
porque bajo el empeño que lo sublima,
llevado por la llama de su hermosura,
en un ardiente anhelo, como de cima,
el ángel luminoso de mi memoria
por escalas tejidas con áureos sueños
asciende tras sus huellas hasta la gloria;
o si mis ojos rinde con sus beleños
ella viene a buscarme cual si viniera
del vaporoso limbo de los ensueños,
pues vivo de embelesos y solitario,
a la visión atento de su quimera.

II

Un crepúsculo tibio que no deslumbra,
ilumina mi mente como santuario:
en su recinto lleno de tristes galas,
descoge sus cendales una penumbra
que con diafanidades de tules fuera
semejante a reflejo de sombra de alas.
Entre el velo que cruza la vasta nave,

la grandiosa pupila de Dios alumbra
de esplendentes auroras a la manera;
mientras el claroscuro que la recata,
esta pasión que sólo del cielo sabe
su aliento como de ángel enamorado
¡con lentas vaguedades en él dilata!

* * *

¡Oh, pasión que mis savias rejuvenece!
Hasta en la misma selva de mi pecado
a sus fecundos soplos el bien florece.
¡Oh, pasión que a los senos de Dios eleva!
¡Atado por mis culpas al bajo suelo,
como réprobo triste yo soy que lleva
en la mente rebelde fulgor del cielo!

* * *

¿Cómo este amor sencillo sólo resiste
de los humanos vientos a la mudanza?
Mi amor es como roca por su firmeza:
sobre la altiva cumbre, fugaz y triste,
no fulgura el reflejo de la esperanza:
ante el humano embate, firme y sereno,
¡tiene al incorporarse de gloria lleno,
la hermosa contextura de la grandeza!

* * *

Nutrido por la savia de la ternura
que de mi acerbo llanto jugo recibe,
este amor en mi seno vivaz asoma
y sus hondas raíces en él entierra,
como flor de pureza que arraiga y vive
entre infectos despojos de sepultura.
Mi corazón deshecho por el martirio,
dijérase que iguala vaso de tierra

donde lozana planta de suave aroma
rivaliza en pureza con albo lirio.

* * *

¡Llevándome en sus alas por otra esfera,
este amor generoso mi mente impele
hacia el mundo radiante de lo divino.
El me salva tan sólo: cuando yo muera
¡tal vez entre sus brazos el alma vuele,
cual en brazos de un ángel, a su destino!

MARIA DEL SOCORRO

Oigo aquí cerca
de mí una voz
que me habla enternecida con susurro,
mezcla de llamamiento y de oración.

Es ella que me llama
con frase familiar,
para decirme dulcemente: «Abuelo,
yo estoy en donde quiera que tú estás.»

Eres tú, ¿quién lo duda?,
que bajas hasta mí,
al ver, compadecida, mis hombros agitados
por impulsos celestes de subir, de subir.

Ahora, ya estás conmigo;
tu santuario es mi hogar,
y en él la lámpara de oro de tu memoria
en mi mente, que vela, tiene asidua vestal.

Quizás por eso,
tú, buena y fiel,
me marcas con los blancos lirios de tu ternura
el camino de gloria que conduce a tu edén.

Luego, vencida
ya mi inquietud,
contigo emprendo el vuelo de las almas
por las rutas de ensueño de la región azul.

Entonces te apareces
a mi mudo estupor,
así como áurea nave, tachonada de estrellas,
que recorre los mares de mi desolación.

Hasta que, fatigada,
mi mente llega a ti
y en tu dulce y amado recuerdo se reclina,
como un niño cansado cuando quiere dormir.

Sí; yo te siento
aquí también,
ahora que tu mano en mi cumbre nevada
el jardín de mis rimas hace, al fin, florecer.

Hay en mi jardinillo
claroscuros de tul,
pero, como el milagro de una celeste flora,
en él brillan las rosas con pétalos de luz.

Yo desde allí querría
ofrecerte una flor
y que ornaras con ella tu corona de mártir,
como un tierno holocausto de mi devoción.

BLANCO

Era una noche espléndida: vestías,
primorosa y gentil, de blanco toda,
como en el más hermoso de los días,
el de la dicha, el único, el de boda.

Al ver así tu cándido semblante,
entre blondas de nítida blancura,
vino a mi mente la visión del Dante,
bianco vestita, misteriosa y pura.

Pero como una forma sugerida
por el genio doliente que me asiste,
de blanco al verte por mi mal vestida,
cruzó a mis ojos pensamiento triste.

Un pensamiento cuya sombra yerta
jamás, al verte, de mi mente arranco:
es que también, también la virgen muerta,
¡oh!, novia funeral, ¡viste de blanco!

¡Ay!, por eso en la pena que me agobia,
así entre galas cándidas al verte,
pensé en la niña que vistió de novia
para ser desposada con la muerte.

Entonces recordé con amargura,
mirando silencioso cuanto existe,
que es en todas las cosas la blancura
imagen la más tierna de lo triste.

Lo blanco es la tristeza: firme eleve
a las cumbres su brillo tu mirada
y contempla esa sábana de nieve,
¡tan grande, tan igual, tan desolada!

Allá en el solitario cementerio
luce el blanco ropaje del armiño
el ángel que custodia con misterio
la blanca tumba donde yace el niño.

Emula virginal de la camelia
era, por su purísima blancura,

la pobre flor que deshojaba Ofelia,
pensando en su terrible desventura.

Camelia fué, por cándida e inodora,
la única flor a Margarita grata,
a aquella enferma y noble pecadora
a quien amor redime, ¡pero mata!

Blanco es el pobre túmulo, y pequeño,
donde, a la sombra de ciprés que vela,
en triste, sólo, interminable sueño,
reposa mi adorada pequeñuela.

Tú eres blanca también, ¡oh, mi adorada!
tú que eres para mí de cuanto existe
la forma celestial e inmaculada
que para hacerse amar toma lo triste.

LA ESPERANZA

Fantasia

La maga misteriosa
a cuya voz ardiente
de su profundo sueño
el alma despertó,
sus alas ya no bate
en torno de esta frente
que con sereno soplo
un tiempo refrescó.

Es ella la hechicera
a quien adoro ciego,
la maga mentirosa
de labio virginal:
se llama la esperanza
y su hálito de fuego

enciende en los espíritus
la vida universal.

Al beso que en la frente
imprime lisonjera
el alma se desmaya
en dulce conmoción,
y al roce de su mano
de tibia adormidera,
ensueños vaporosos
se forja el corazón.

En esas horas vagas
de grata somnolencia,
el ángel que custodia
mi venturanza en flor,
despierta en otros mundos
la mísera existencia
al soplo misterioso
de un hálito de amor.

Audaz y libre entonces
el pensamiento vaga
por la región sin sombras
del inmortal placer,
y corro desalado
de la engañosa maga
en los ardientes labios
mil dichas a beber.

Mas luego del ensueño
de pronto despertando,
ligero ruido de alas
escucho en derredor:
Es ¡ay! que tiende el vuelo
la maga suspirando
hacia el ignoto asilo
de su ignorado amor.

El alma inútilmente
no cesa, no descansa
la lumbre de sus ojos
buscando con afán...
¡Oh, dulce!, ¡oh, mentirosa!,
¡oh, prófuga Esperanza!,
¿en dónde de tus urnas
las dádivas están?

¿Por qué cual fugitiva
dorada refulgencia
nos ciegas ocultando
tu mágico fulgor?
¿Por qué de sueños colmas
la mísera existencia
para sembrar en torno
estéril desamor?

Yo soy sin la esperanza
como eco allá perdido,
como una nube triste
que oscila en la extensión,
cual ave abandonada,
sin árbol y sin nido,
que vuela al ciego impulso
del hórrido aquilón.

Mi vida es sólo un campo
sin luz, sin lozanía,
en donde ya no luce
sus pétalos la flor;
que sólo allí vegeta
en soledad sombría
la zarza quemadora
de estéril desamor.

FERNANDEZ GÜELL (Rogelio).

Nació el 4 de mayo de 1883, y uno de sus biógrafos ha escrito acerca de tan ilustre poeta: "Está ungido, por su muerte gloriosa, como héroe nacional. Soldado-Poeta, Fernández Güell repite el caso de Arboleda en Colombia y Martí en Cuba, que sellaron inmortalmente con su espada la fulmínea expresión de la palabra. Hoy es una figura para la historia de Costa Rica; figura de relieve histórico, que ha de resurgir en bronce un día".

Sus principales obras son: *Psiquis sin velo, Lux et Umbra, La Clave del Génesis* y *Plus Ultra.* Tiene dos obras póstumas; *Poesías* y *Lola* (Romance de costumbres nacionales).

A LA MUERTE DE PLACIDO [1]

¿Morir? ¡Oh, juventud! Cuando reía
Apolo, y de laureles tu cabeza
la musa del ensueño y la tristeza
¡entre coros olímpicos cubría!

¡Soldados, respetad la Poesía!
¡Homenaje rendid a la belleza!
¡Cobardes, dominad vuestra fiereza!
¿Es matar a las aves valentía?

«Perdido suplicar, ¡inútil ruego!»
¡Grecia, vas a morir! ¡Venganza, oh, lira!
¿Qué dice tú, Lucano? El odio ciego

ruge, se encrespa y rebramando gira
en torno de Gabriel. La voz de ¡fuego!
suena, descargan, y el poeta expira.

EN LA SIERRA

Raya el dorado sol sobre la cumbre
de la sierra; la aurora, dulcemente
sonríe en los alcázares de oriente,
bañando valle y monte en viva lumbre.

---

(1) Gabriel de la Concepción Valdés.

Al primer resplandor, según costumbre,
despierta Don Quijote, alza la frente
y vuelve la mirada al sol ardiente
con gesto de infinita pesadumbre.

Sacude con la lanza a su escudero
que le tiene el estribo, la celada
se arregla sobre el rostro, y gimotea.

Sancho empuña la bota placentero;
Don Quijote medita en Dulcinea,
y así van a la ínsula soñada.

FIAT LUX

En su carro de sombras reclinada,
la Noche melancólica dormía;
media luna en su frente relucía
y su veste, de estrellas salpicada,
sobre la oscura, incomprensible nada,
el aliento de Júpiter movía.
Ni un rumor el silencio interrumpía
de aquella inmensa soledad callada.

Y Júpiter pasó, y al ver tan bella
a la dormida virgen soñadora,
de besarla en los labios tuvo antojos
y en cada beso la dejó una estrella.
La noche despertóse, abrió los ojos...
y en su carro triunfal surgió la aurora.

EL DOLOR SUPREMO

—¿Qué dolor es del hombre el más profundo?—
cuando niño, llorando, preguntaba,
y tendiendo la vista sobre el mundo
cada ser mi pregunta contestaba.

—Es perder la muñeca más hermosa—
contestóme una niña sonrosada.
—Es amar a un ingrato—pudorosa
respondióme una pobre enamorada.

Y un anciano me dijo con voz triste,
colocando una mano en mi cabeza:
—Es pensar en un bien que ya no existe...—
Y abismóse en hondísima tristeza.

—Ver un hijo luchando con la muerte,
cual antorcha en la noche agonizando...,
¡es el golpe supremo de la suerte!—
una madre me dijo sollozando.

—No hay dolor más terrible que sentir
apagarse la fe que nos alienta...
—La desgracia más grande es existir...
¡El dolor más terrible no se cuenta!

—Es mirar en mitad de nuestra vida
la ilusión moribunda: ¡el desengaño!
—¡Es pensar con el ánima abatida
que la gloria en el mundo es un engaño!

—No hay dolor como aquel que nos pervierte
y nos hace pensar que Dios no es cierto.
—¡El dolor más terrible es ver la muerte
acercarse y llegar... y vivir muerto!

—Es mirar sollozar a nuestra madre...
—Es amar y no ser por ella amado...
—No hay dolor que el espíritu taladre
cual soñar con la gloria deslumbrado,
y después despertar entre cadenas...

—¡El dolor más terrible para el hombre
que una sangre de honor tiene en las venas
es mirar un borrón sobre su nombre!

Todas estas respuestas las recuerdo
hoy que joven me apresto a la jornada,
con el alma del bien enamorada,
y en un viejo cuaderno las conservo.

Y yo pienso: el dolor que no se cuenta
es quizás el mayor... el más ardiente...
pero pienso también—es mi respuesta—
que no hay dolor como el dolor presente.

A COSTA RICA

Con la voz de tus volcanes
y el ronco grito del mar
quisiera, Patria, cantar
tus triunfos y tus afanes,
y al rugir los huracanes
azotando tu bandera,
con generoso ardimiento
alzar un himno quisiera
que por doquier repitiera
con sus bramidos el viento.

Eres la hermosa trigueña
que, con su indiano plumaje,
Colón en su cuarto viaje
vió en la playa limoneña,
y al mirarte tan risueña,
tan inocente y bonita,
te amó con el alma toda,
y en su ilusión infinita,
te dió la isla de la Uvita
como su anillo de boda.

Eres la pálida diosa
de mis ensueños de niño

hecha de luz y de armiño
y de pétalos de rosa;
la Patria, visión preciosa,
vergel de amor en la tierra
que a la existencia convida
y los pesares destierra,
¡porque en la patria se encierra
cuanto hay de grande en la vida!

Eres la madre que abriga
con su bandera a sus hijos
contra la suerte enemiga
y con cuidados prolijos
a su existencia les liga,
y cuando la muerte odiosa
con mano implacable y dura
nos arrebata a la fosa,
¡rasgas tu seno, piadosa,
para darnos sepultura!

En todas partes te miro
tan luminosa y tan bella
como un inmenso zafiro
engastado en una estrella.
Las fragancias que respiro,
la luz que nimba mi frente
y la canción de las flores
en la orilla del torrente,
todo, con voz elocuente,
me habla de ensueños y amores.

El mar, que a tus pies murmura,
su rico collar desata
en honor de tu hermosura
y perlas de rara albura
vierte en ánforas de plata.
La estruendosa catarata
al caer desde la altura

suena al pie de la colina
como tu risa argentina
bajo un dosel de verdura...

Y cuando el astro radioso
con sus fulgores la inflama
y el viento que sopla y brama
riza el caudal espumoso
que se despeña furioso,
y olas de azul y de plata
cruzan en rauda carrera,
con ilusión hechicera
brilla al sol la catarata
como tu hermosa bandera.

¡Patria de Cañas y Mora,
recibe la ofrenda mía
como el rayo de una aurora
que anuncia un hermoso día!
Grande en honor e hidalguía,
la Paz bendijo tu suelo,
hizo tu vientre fecundo,
y tienes para tu anhelo,
por todo límite, el cielo;
por todo escenario, el mundo.

Al ver la turba extranjera
que tus laureles hollaba,
te alzaste cual reina esclava
que su cetro recupera;
la faz demudada y fiera
y el gesto imperioso y rudo,
ceñiste peto y escudo,
y al resplandor de tu lanza,
huyó el invasor ceñudo
entre gritos de venganza.

Como un alcázar maldito
de la odiosa tiranía
el viejo mesón se erguía
sobre bases de granito,
y surgió Santamaría,
con su antorcha sacrosanta
iluminando la historia...
¡El negro bastión quebranta,
y sobre sus ruinas canta
el incendio nuestra gloria!

Hoy que gentil y graciosa,
celebras tu independencia,
y al par el Arte y la Ciencia,
de olivo, laurel y rosa
ciñe tu frente preciosa;
hoy que ufana se te ve
de tus volcanes al pie,
ostentando entre ambos mares
tu corona de azahares
y tus flores de café...

¡Juremos con noble anhelo
que antes que rasgue tu manto
de diosa algún tiranuelo
o un nuevo Walquer tu suelo
cubra de luto y de llanto,
sabremos, Patria adorada,
llenos de orgullo tus hijos,
bajo tu enseña sagrada,
morir, besando la espada,
con los ojos en ti fijos!

¡Quiera el cielo, Patria mía,
que soles de eterna gloria
alumbren siempre tu historia
con fulgores de poesía,
y una inmensa sinfonía

repitan roncos los ecos
celebrando tus hazañas,
que conmueva tus entrañas
y repercuta en los huecos
de tus salvajes montañas!

FLORES (Luis R.).

Nació en Heredia en 1860. Pertenece a la primera generación de poetas costarricenses, y no ha publicado ningún libro.

Sus poesías tienen la pureza de los versos virgilianos y el ambiente de los campos de su patria, a la que ha cantado en estrofas sencillas y llenas de galanura.

EL POETA Y LA MUJER

Yo no puedo comprender
que concordancia secreta
une el numen del poeta
al alma de la mujer;
no sé qué extraño poder
les ha otorgado el Creador:
suspiran por una flor,
y cantan, lloran y gimen,
y al universo redimen
con el fuego del amor.

¿Qué es el alma del poeta
en la espléndida natura?
Astro de luz que fulgura
iluminando el planeta;
entre su cárcel secreta
abarca la inmensidad;
es su aliento tempestad
que derrumba los tiranos
y los ídolos profanos
que adora la humanidad.

Si templa su arpa sonora,
con las notas de su canto,
mitiga y enjuga el llanto
amargo que nos devora;
cual canta el ave que ignora

el mundo que la rodea
no canta el bardo que crea,
que es su tierno y dulce acento,
cada arpegio un pensamiento
y cada nota una idea.

Para calmar al que llora
Dios formó con su poder
con un beso, la mujer,
con un suspiro, la aurora;
puso en su alma encantadora
la ternura, la pasión,
el amor, la inspiración;
por eso el vate en su anhelo
con los celajes del cielo
la lleva en su corazón.

Y ¿qué el poeta sería
sin la mujer seductora?
Noche eterna, sin aurora,
gaviota en la mar bravía;
el mundo recorrería,
luchando con la impotencia,
buscando su inteligencia,
desordenada y sin calma,
ese pedazo del alma
que le falta a su existencia.

Mas, ¡ay!, ¿por qué si han nacido
sus almas para el amor,
por qué llora el trovador
desdenes del ser querido?
¿por qué lleva el pecho herido?
¿por qué le hace padecer?...
¡Ay! ¡no puedo comprender
qué concordancia secreta
une el numen del poeta
al alma de una mujer!...

A MIS VERSOS

Yo quisiera vestiros
con la púrpura regia de un monarca,
el brillante ropaje de las flores
o la espléndida túnica del alba.

Pero, ¡ay!, que es imposible;
que en medio de mi angustia y de mis lágrimas,
no puedo daros lo que el alma ansía,
mi mente es pobre y mi existencia amarga.

Id, pues, al mundo solos,
hijos de mi dolor, hijos de mi alma:
vestiréis los harapos del mendigo
que sollozando por el mundo vaga.

Y si alguien os pregunta
por vuestros timbres o gentil prosapia,
decidles sin rubor que os dió la vida
una alma enferma que buscaba a otra alma.

DESENCANTO

Todo es dolor, angustias y tormento,
eterno sufrimiento
devora sin piedad el alma mía.
Quiero cantar y mi dolor me abruma,
mojo en llanto la pluma,
mas decir lo que siento... ¡no podría!

En vano, en vano en mi dolor profundo
navego por el mundo
buscando lenitivo a mis dolores,
que sólo miran mis cansados ojos,
punzadores abrojos,
y un desierto sin pájaros ni flores.

Miro vagar—inmensa caravana—
la gran familia humana
del dolor con la copa entre las manos
y entre llanto y miserias se desliza
prosternada y sumisa
al látigo feroz de los tiranos.

Si evoco con afán en mi memoria
los hechos de la historia,
se desborda en mi pecho el sentimiento;
pues miro transformado ¡quién creyera!
el hombre en una fiera
que convierte en instinto el pensamiento.

Es la historia cual campo de batalla;
no ruge la metralla
ni se oye del cañón el estampido,
pero ¡ay! en cada página se encierra
el mónstruo de la guerra,
azotes de los hombres maldecido.

Que siempre la ambición, el servilismo,
el torpe fanatismo,
la ingratitud, la cólera insensata,
lleva en su seno el corazón humano,
y en su delirio insano,
como la nube, en rayos se desata.

Jamás la libertad—hija del cielo—
en nuestro loco anhelo,
risueña luce sus radiantes galas;
que siempre envuelta entre la turba impía
de negra tiranía
sacude en vano sus potentes alas.

¿Cómo poder cantar himnos de gloria,
si llevo en mi memoria,
tantos recuerdos de dolor y llanto?

¿Y cómo demostrar el sufrimiento,
si a mi audaz pensamiento
cortó sus alas de oro el desencanto!

Pero si entre esta confusión un día,
¡oh, triste musa mía!
haces vibrar la cítara en mis manos,
no hagas, no, que su cántico armonioso,
arrulle al poderoso
ni enaltezca jamás a los tiranos.

GAGINI (Carlos).

Además de erudito y notable poeta, es escritor, filólogo y maestro, habiendo dedicado toda su vida al ejercicio de la enseñanza.

Ha publicado algunos libros, entre ellos: *Obras Dramáticas. Cuentos Grises, El Arbol Enfermo, La Sirena* y *La Caída del Aguila.*

EL ARTE

Es la belleza luz que se difunde
por todo lo creado: ved sus huellas
en la bóveda azul, donde titilan
cual áureas mariposas, las estrellas;
en el mar que festona con encajes
el soberbio cantil; en la montaña
nimbada de policromos celajes;
en el volcán rugiente,
en la hiedra que cubre la cabaña...
¡Qué bellas son las flores!
Cuando soplan de abril las frescas brisas,
los vergeles floridos
parecen constelados de sonrisas.
Bella es la selva umbría,
la nevada montaña, el oceano,
el lago y la tonante catarata:
mas, ¿qué belleza natural podría
nunca igualar al pensamiento humano
cuando en alas de ardiente fantasía
al país del ensueño se dilata?
El Arte es uno: en mármol o en colores,
en acorde o palabra,
sus ideales el artista labra
y ciñe de inmortales resplandores.
¿Qué importa el material, si la luz viva
del Genio deja en él su eterno rastro?

Cada verso del Dante es una ojiva
tallada en alabastro;
el viejo Partenón es un poema;
una copla andaluza, un arabesco;
y Miguel Angel, cuando pinta un fresco,
en lugar de pincel, esgrime un astro.
¡Gloria al artista, que en amor profundo
une los corazones,
y en lluvias de inefables emociones
anega las miserias de este mundo!
Podrá la envidia ruin negarle palmas;
pero no sepultarle en el olvido.
¿Cómo olvidar al vate que ha sabido
arrancar un sollozo a nuestras almas?

LAGRIMAE RERUM

¿Con que el vergel florido,
el nido de rosales ya no existe,
y hoy, convertido en pavorosa ruina,
brota de sus escombros un gemido
interminable y triste?
El alma se resiste
ante la atroz verdad! ¿Qué fué, oh, Cartago,
de tus bellos palacios y tus templos?
Y qué de tus moradas
de nobleza y virtud dignos ejemplos?
Cayeron ¡ay! segadas
al furor infernal de tus volcanes;
en su antro los titanes
con sus mazas las bóvedas hirieron
y por doquier la muerte y el espanto
sus alas pavorosas extendieron.
Mudos están los labios; sólo el llanto
decir puede las penas que destrozan
los corazones... Lágrimas del cielo
descienden sin cesar sobre las ruinas.

Los escombros parece que sollozan...
El agrietado suelo apenas rozan
llorando por su hogar las golondrinas...
Por aquí una mujer, muda y sombría
como la estatua del dolor, se sienta
sobre un montón informe
y en su seno calienta
el cadáver deforme
del hijo que fué un tiempo su alegría.
Más allá, dando gritos, desgreñada,
una joven remueve los escombros
en busca de su esposo. Un pobre anciano
al cementerio va, llevando en hombros
del tierno nietecito el cuerpo inerte...
¡Cartago es la morada de la muerte!
¡Todo es sangre y horror y desventura!
¡Vida cruel que brindas despiadada
sonrisas de placer a la alborada
y a la tarde... una negra sepultura!
¡Madre tierra de entrañas diamantinas
esfinge a quien no apiadan
de los niños las risas argentinas!
Naturaleza airada,
¿qué vale tu grandeza comparada
con la grandeza del amor humano?
¿Es acaso más dulce
tu nombre que el de *hermano*?
¡Implacable y feroz Naturaleza!
¿Qué importa al mundo tu furor insano
si, con amor sublime,
los cuerpos que tú arrojas en pedazos
otros hombres recogen en sus brazos?

GARCIA SOLANO (Arturo).

Contemporáneo. No ha publicado ningún libro. Sus poesías han aparecido en diferentes periódicos del país, y especialmente en *Renovación* (1914).

RAPSODIA SENTIMENTAL

I

En la dulce quietud de aquella estancia
que anidó tu amorosa primavera,
aún palpita el olor de tu fragancia
cual los ecos de una onda en la ribera.

Estatuillas que lloran tu inconstancia...
y allá sobre la frívola esquinera,
la sombrilla que empolva su arrogancia
desde entonces parece que te espera...

Como antaño se asoma a la ventana
el rubio sol que amaba tus regazos
y el aire leve que enviáronte las lomas;

y si acaso se inicia la mañana,
¡con arrullos y torpes aletazos
te reclaman las fértiles palomas!

II

Primaveriza tu recuerdo amado
todos los ecos del ruinoso ambiente,
tal un blanco rosal embalsamado
que escarchara las aguas de una fuente.

Te adora mi dolor inconsolado,
tibia ausencia que sois la confidente
del cautivo secreto de un pasado
que custodian las garras de un presente.

Tu huella leve sigo en las cortinas,
entre la funda que abrigó tus penas,
¡y acaso entre las negras muselinas

que en tu escote, aromado de verbenas,
semejaron hambrientas golondrinas
sobre un nido de blancas azucenas!...

HINE (Luis).

Contemporáneo. No ha publicado ningún libro. Sus poesías están dispersas en periódicos y revistas nacionales.

PARA ELLA

Imposible olvidarte. Vano ha sido
interponer la ausencia entre los dos:
ni el tiempo ni la vida han conseguido
borrar del corazón adolorido
la infinita tristeza de tu adiós.

Aún me queman los besos de tu boca,
rojo clavel que me embriagó de amor;
y mi recuerdo con deleite invoca
tus horas de pasión, sincera y loca
en que estaba, tan lejos, el dolor.

Vuelvo a sentir tu cabellera obscura
deslizarse sutil bajo mi mano,
y en tus ojos de mágica negrura
veo de tu alma surgir, ardiente y pura,
la llama de tu amor, bello y lejano.

Resuena en mis oídos todavía
el eco de tu voz, arrullo y canto,
y lleno de una gran melancolía
me mata tu recuerdo, vida mía,
tu recuerdo me salva, en mi quebranto.

¡Conmigo vas, mujer! Pudo la suerte
impasible arrancarte de mi lado
y hacer que viva sin volver a verte;
pero impedir podrá sólo la muerte
que vuele a ti mi pensamiento alado.

Conmigo irás mientras aliente vida
mi pobre corazón, triste y cansado,
que un amor como el nuestro no se olvida
sino cuando la tumba nos convida
a descansar en su recinto helado.

SALOME

Dicen que fuiste mala, dicen que fuiste impía,
que una noche abrileña de azahar perfumada,
a Herodes le pediste la cabeza sagrada
de San Juan el Bautista, porque no te quería.

La verdad no fué así. Una noche de orgía,
el Tetrarca de oriente al mirarte embriagada,
robó un beso a tu boca, roja flor de granada,
y olvidó su corona, por tu danza judía.

En las redes ya preso de tu carne dorada,
escuchó aquella voz que su amor maldecía
y ordenó le llevaran la cabeza cortada
del Profeta importuno que turbó su alegría.

Le cerraste los ojos, y en su barba rizada,
una hilera de perlas, con tu llanto se hacía.

EN LA PLAYA

El mar es un gigante que solloza
en la sombra apacible sus dolores;
las olas cantan su canción de amores
y una ave inquieta sus espumas roza.

En el cristal inmenso que reposa,
las estrellas contemplan sus fulgores,

y se escucha el volar de los rumores,
en la noche de paz maravillosa.

Llenó el ambiente con su luz de plata
la triste luna, que su faz retrata
en el cóncavo espejo de la ola,

y en el silencio de la noche en calma,
solloza el mar y le contesta el alma,
como una hermana, inconsolable y sola.

TRISTEZA DE INDIO

Quiero otra vez atravesar el río
donde la luna en su cristal se baña,
para darle mi adiós a la montaña
que ocultaba el nidal de mi bohío.

Ya nunca más en la estación del frío,
cuando la luz del padre sol se empaña,
amparado al fogón de mi cabaña
podrá soñar el pensamiento mío.

Cual bandada de pájaros perdidos,
vamos los hijos de la selva heridos,
sin Dios, sin esperanza y sin hogar.

Mi tristeza la oculto en mi piragua,
y voy dando mis lágrimas al agua
que se las lleva, indiferente, al mar.

ENSUEÑO

Reclinar mi cabeza en tu regazo
para dormirme en él. Sentir que el sueño
va cerrando mis párpados. Beleño
para mi corazón que está en su ocaso.

No pensar, no sentir. Soñar, acaso,
en que llega hasta mí, tibio y risueño,
tu beso perfumado, flor de ensueño,
mientras dormido estoy en tu regazo.

Y nunca despertar. Eternamente
quedarme allí para que dulcemente
pueda mi alma tu espíritu absorver.

Vivir de tu perfume. Ser un muerto
que sólo está para tu amor despierto,
y para todo lo demás, no ser.

EL LLANTO DE NERON

Nerón estaba triste. Sus cuatro yeguas blancas,
de remos de gacela, de relucientes ancas,

las hijas del desierto, veloces como el viento,
que en la pista volaban igual que el pensamiento,

uncidas a su carro de plata y pedrería,
en el estadium, muertas, cayeron aquel día.

Como el noble emisario que cayó en Maratón,
al llegar vencedoras, las mató el corazón.

¡Sus cuatro yeguas blancas! El único tesoro
que Nerón no cediera ni por mujeres, ni oro,

porque en el alma obscura del poeta emperador,
solamente para ellas, hubo un poco de amor.

En vano hizo Petronio su más sentido canto
para distraer al César, para calmar su llanto;

en vano le rodearon bellezas de Circasia,
danzarinas de Nubia, raros perfumes de Asia,

Nerón estaba triste y el vino que bebía
ni le daba el olvido, ni la embriaguez traía.
. . . . . .

Fué entonces cuando el César, taciturno y sombrío,
mandó quemar a Roma, para matar su hastío.

JIMENEZ (Auristela C. de).

Contemporánea. Es una de las más inspiradas poetisas de la América Central. No ha publicado ningún libro.

SI TENGO ALAS

Mariposa: tú y yo somos pequeños,
Menguados son mis sueños y tus galas.
¡Tú que puedes volar, no tienes sueños!
¡Yo que puedo soñar, no tengo alas!

M. Morera y Galicia.

Sí, tengo alas... palpitar las siento
y agitarse en anhelos de proezas.
Sí, tengo alas, y también aliento
para alzarme, a favor del pensamiento,
por encima de afanes y tristezas.

Si en la Tierra me azotan los desvelos,
y el dolor hace blanco en mi flaqueza,
tiendo el ala feliz... y allá en los cielos
voy trocando pesares y recelos
por una amplia visión de la Belleza.

¡Oh, Belleza, la diosa entre las diosas!
Esta vida que tengo te la ofrezco.
He bebido tus aguas milagrosas,
y me has dado a mirar todas las cosas
bajo un lente de amor... ¡Te pertenezco!

Alas me dieron... y este don divino
es mi herencia paterna, mi tesoro.
¡Cuánta flor hay sembrada en mi camino!

¡Y qué luz va alumbrando mi destino
con un brillo más grande que el del oro!

¿Sola? Nunca lo he estado. Bondadosas
tiernas musas me brindan sus favores.
En su reino no hay castas: mariposas
todos somos... y vamos entre rosas
aspirando el perfume de las flores.
Así es bello vivir. La vida es sueño;
una hermosa locura si se quiere.
Y entre ensueño y afán, afán y ensueño,
va tejiendo la araña del empeño
el encaje una obra que no muere.

Quien consigue volar se hace atrevido;
no se apega a la concha ni a la escoria.
No en el suelo—¡bien alto!—hace su nido,
y más lejos aún, deja prendido
¡el ideal que le guiará a la gloria!

EN EL JARDIN

Ha llovido...
Los follajes
nuevecitos han quedado con el baño matinal.
Y mis rosas, y mis flores,
refrescados sus colores,
embalsaman el ambiente con olor primaveral.

Una que otra gota rueda
por los tallos, o se queda
en la punta de las hojas, indecisa,
esperando ser llevada por las alas de la brisa.
Y más de una mariposa
bebe el agua que se empoza
en las sedas de una rosa.

¡Cómo esplende
esa tela suspendida con primor entre el ramaje;
tan sutil como un encaje
de ilusión, que fuera hecho por las manos de alguna [hada!
Finamente salpicada
de gotitas cristalinas y temblantes,
en palacio de diamantes
ha quedado transformada.

En el centro una arañita
patas largas, verde oscura, que la hizo y que la [habita
se entretiene
—un placer inofensivo—
en comerse crudo y vivo,
al insecto que a admirarle su palacio se detiene.

¡Oh, qué lástima de artista!
Ya que puede fácilmente producir cosas tan bellas,
¡para qué servirse de ellas
con un fin tan egoísta!
¡Y con miras tan plebeyas!
No es artífice quien labra con el mármol, su ambi- [ción,
si a la vez no se dedica a labrar su corazón.
Y no es vate,
no es poeta,
quien se abisma en el encanto de la estrofa bien [pulida,
si a la vez no se concreta
a rimar hermosamente el poema de su vida.

ANHELO

Anhelo ser cual la serena fuente,
que va enredando sus canciones gratas,
entre los lirios que en su linfa brotan
y en los juncares que a sus bordes se hallan

—rendida acaso al seductor hechizo
del ruiseñor, que en la espesura canta—.

Nunca en oleajes de pasión se riza,
y en sus cristales con cariño guarda
el raso azul del espejado cielo,
o bien el rayo de la estrella blanca...
Uno, ilusión en el correr constante,
otro, la dulce floración del alma.

Podéis herirla con traidor guijarro:
ni os lo devuelve ni en enojo estalla.
Os baña el traje con cien mil diamantes,
y sigue hilando su armoniosa charla,
y va ciñendo a las amigas piedras
sendas coronas de espumillas albas.

¡Ah! ¡Cómo envidio su vivir! ¡Qué hermoso
sentirse lleno de nobleza tanta,
que esté colmado el corazón de dicha
y aún se desborde con frescuras de agua,
trocando en campo de verdor el yermo
do se detenga la errabunda planta!

Tener sonrisas que oponer al duelo;
rimar canciones si la envidia brama;
juzgar «edén» nuestra parcela humilde;
regarla siempre de fecundas ansias,
y allí, a la sombra de un ideal querido,
dejar tranquila que florezca el alma.

¡EL GUSANO HABRA DE TENER ALAS!

Suelta al viento la veste vaporosa,
revistabas, con alma cariñosa,
los rosales en flor de tu jardín.
No más frescas que tú, ni más lozanas,

rematando los tallos, muy ufanas,
las corolas se abrían para ti.

¡Cuántas veces prendíase tu traje
en las duras espinas del ramaje
obligándote el paso a detener,
y una lluvia de pétalos caía
aromando el ambiente, y se tendía
en alfombra de sedas a tus pies!

Te observaba al través de unas vidrieras:
Ya llegabas al palio de palmeras
que te daban abrigo contra el sol.
Mas... de pronto... ¡qué gesto tan extraño!
«De seguro un insecto la hizo daño»,
yo me dije notando tu dolor.

Sacudiste la mano con rudeza;
la frotaste un momento, y con fiereza
te pusiste después a examinar
—revelando en tu afán miras insanas—
una a una las hojas más cercanas,
...y el gusano encontraste por su mal.

¡Pobre bicho infeliz! ¡Oh, desgraciado!
Yo le hallaba tan libre de pecado
como ajena de méritos la flor.
Procedieron los dos con inconsciencia;
ambos eran productos de la herencia;
ella fué quien su ruta les marcó.

¡Cuántos han heredado—¡almas hermosas!—
la belleza y fragancia de las rosas
que aun alientan perfumes al morir!
Vienen otros al mundo—¡desdichados!—
con un fardo de vicios, condenados,
como el pobre gusano, a suerte vil!

Si lo hubieras dejado algunos días,
mariposa ligera lo verías
ostentando sus galas bajo el sol.
¡Nunca arrojes la piedra al miserable!
Da mejor a tu brazo impulso amable
y procura obtener su redención.

LUJAN (Agustín).

Espíritu inquieto y trashumante. Ha viajado mucho, conoce Europa y la América del Sur. Sólo ha publicado un libro, *Esmaltes,* en 1908.

PATRIA

A la luz de un ensueño sacrosanto
de cinco estrellas que a mi verso anudo,
en Montúfar, oh, patria, te saludo,
¡y con su verbo mi clarín levanto!

Revive, Patria, bajo el mismo manto,
la sacra enseña, tu soberbio escudo,
con que el destino esplendoroso pudo
hacerte libre sin sufrir quebranto.

No vano influjo de letal quimera
es el ensueño que lograr quisiera
de verte grande coronar tus dones;

Morazán, con Jerez y con Cabañas,
también, oh, Patria, en vívidas hazañas,
lucharon por unir tus corazones.

SALMO

Su numen fué una estrella... Brillaba en lontanza
do vagan los ensueños de artístico esplendor;
fué luz de claros rayos, fué luz de venturanza,
¡fué góndola celeste de mago trovador!

El estro de sus cantos fué amable remembranza
de noches esplendentes o noches de dolor!...

Cantaba la tristeza, cantaba la esperanza,
¡cantaba en sus ensueños el ósculo de amor!

Vagando en el boscaje, vagando en la espesura
de su alto pensamiento, soñaba con su amada,
cubriéndola de rosas, la flor de su verjel.

El bardo ya no existe. ¡Su canto de ternura,
su canto melodioso, su estrofa cincelada,
reviven su recuerdo, ¡reviven su laurel!

MARCHENA (Julián).

Contemporáneo. Sus poesías se han publicado especialmente en revistas centroamericanas.

INTERIOR

Majestuosa, cargada de mutismo,
la noche desplegó su terciopelo,
y al sentirme sin fuerza y sin consuelo
me puse a meditar sobre mí mismo.

Sufro el cansancio de una vida fútil
que se consume en torpes devaneos;
en mi interior se agitan los deseos
como las velas de una barca inútil.

Mas si es grato correr tras de la gloria
por lucir el laurel del elegido,
también es triste saborear victoria
frente al dolor del que cayó vencido.

Dócil como a la brisa el débil junco
mi pensamiento en nada se detiene,
por eso en mi existencia todo tiene
algo de mármol roto o verso trunco.

Este raro designio no me aqueja,
sólo me embarga de melancolía:
lo inacabado es bello porque deja
la inquietud de saber lo que sería.

Si alguna vez, salvando la distancia,
recogí de un amor la flor divina,
pronto olvidé la forma y la fragancia
y aún me queda el recuerdo de la espina.

A través del oscuro cautiverio
de la carne y del alma—siempre en llanto—
abrí lo ojos, trágicos de espanto
frente a la muda boca del misterio.

Y bien porque la sombra fué muy densa
o los fulgores demasiado vivos,
nada pude mirar: sólo una inmensa
contestación de puntos suspensivos...

Para alejar de mí la fiebre impura,
con que el tráfago diario nos apremia,
paso noches, insomne de locura,
al fulgor de mi lámpara bohemia.

Y luego de observar el torbellino
de las pasiones sordas y rastreras,
me detengo a llorar mis primaveras
sin pensar en lo largo del camino.

Pero no me entristece la fatiga
ni lo que en mi reposo haya perdido,
ya que nunca he de estar arrepentido
de sentirme cigarra antes de hormiga.

Y cuando miro arder mi frente ilusa
en el sagrado fuego de la diosa,
prendo mi corazón, como una rosa,
sobre el mórbido pecho de la Musa.

DEJA CORRER EL TIEMPO...

Deja correr el tiempo, que ya vendrá el olvido,
y así como se adornan las secas ramazones
de mágicos renuevos, tu corazón herido
florecerá mañana con nuevas ilusiones.

No desesperes nunca. La sombra es precursora
de una luz verdadera y tras de la amargura
que empaña el cristal nítido de una alma soña-
[dora
irradia la sonrisa, que todo lo depura.

Practica la inefable virtud de ser sincero;
fortalece tu espíritu para que seas blando,
y si el dolor te hiere con su puñal certero
¡sé como las guitarras que sollozan cantando!

No aventures tu paso más allá de la vida
porque es abismo ignoto del cual nunca saldrás:
en cada tumba un pájaro de voz adolorida,
como el cuevo de Poe, responde «nunca más».

Pero, eso sí, no dejes de sonreír a todo
con algo de contento y de melancolía;
derrama tu perfume—que es la bondad—, al modo
de una flor aunque sepas que has de durar un día...

EL OLVIDO

¿Ves, amada?
Qué pronto lo olvidamos,
nos sentimos dichosos y risueños.
Un tiempo nos amamos,
y ya ese amor distante, perdido en nuestros sueños,
es como esos paisajes que miramos
cada vez más pequeños.
No somos los que fuimos,
ni aun lo que seremos,
¡nadie lo pensaría!

Sin embargo—mas no te pongas fría—,
un hilo de recuerdo nos une todavía
débil, muy débilmente...
¿Lo rompemos?

LO EFIMERO

Amo mucho las rosas, porque viven
escasamente un día;
si fueran inmortales,
ya no las amaría.

Todo lo que se pierde, lo ido, lo que pasa,
me deja una tristeza mejor que la alegría.
¡Oh, el canto indecible
de la melancolía!
Amada, yo he de amarte siempre, siempre:
tú sólo por instantes fuiste mía.

VISION DE LEJANIA

La vejez y la ausencia
son cumbres semejantes:
desde ambas contemplamos, clara y precisamente,
lo que hemos sido antes.

Renovarse, cambiar,
ser otro del que fuimos
y luego contemplar la huella que dejamos
perdida en el sendero que un día recorrimos.

Aunque parezca ilógica
esta verdad asida,
¡se muere varias veces
en la vida!

SILENCIO

Le silence est un pardon plus triste.

BARBUSSE.

No temáis que la loca canción de vuestra risa
se enturbie con el eco de mi canción oscura:

mientras haya en mis labios la flor de una sonrisa
yo beberé en silencio mi copa de amargura.

Y así, calladamente, he de esperar el día
en que al peso implacable de mi destino torvo
la muerte me sorprenda con la copa vacía
y con los labios húmedos por el último sorbo...

LA DESPEDIDA

Bañaba el sol la tarde en reflejos dorados.
El otoño lloraba sus hojas amarillas,
y en nuestros mudos labios—hoy ya tan distan-
[ciados—
palpitaba un anhelo de palabras sencillas.

Cubría nuestras almas, como un oscuro manto,
ese silencio augusto de toda despedida,
y al ver que sus pupilas se anegaban en llanto
¡como un cristal sonoro se me rompió la vida!

ESCUCHA, PEREGRINO

No aligeres el paso, peregrino,
que tu pupila con despacio vea;
de todo lo que ahora te rodea
nada hallarás de nuevo en tu camino.

Así como el agua es tu destino,
y en busca de quietud, que es lo que crea,
hazte remanso con tu propia idea
antes de darle vueltas al molino.

No desdeñes la flor por ser pequeña.
Duélete del dolor que no se enseña
y del pecho sin fe, que es roto nido.

Y sin hacerle muecas a la suerte,
aguárdate a que el soplo de la muerte
te apague, como al sol, sin hacer ruido...

UNA VIDA

Leyó libros románticos. Tenía
la cabeza tan llena de ilusiones
que al llegar las primeras decepciones
creyó que su pesar la mataría.

Después se enamoró. Su novio un día
murió a causa de un mal en los pulmones.
Alivió su dolor con oraciones
en la penumbra de una sacristía.

Una tarde miróse ante su espejo
y se extrañó de ver su rostro viejo.
Al final de su vida sin encantos

sólo quiere mojar de agua bendita
su frente, comulgar de mañanita
y sacudir el polvo de los santos.

EL ARBOL VIEJO

Yergue sobre el camino polvoriento
su figura sin flor y sin follaje;
entre sus ramas, como en un cordaje,
aun se puebla de músicas el viento.

Aferrado a la tierra, corpulento,
diríase, en la calma del paisaje,
un peregrino de haraposo traje
que se detuvo a relatar un cuento...

Musgo afelpado su corteza viste,
y cuando el sol, ya agonizante, es triste,
en medio del ambiente silencioso

destaca su esqueleto en el Ocaso
como el lecho de un río caudaloso
que pintara un crayón de firme trazo.

CREPUSCULAR

Al redor de alta torre una cigüeña,
igual que si estudiara geometría,
traza circunferencias a porfía
y líneas rectas al volar diseña.

En la apacible calma lugareña
la luz del sol prolonga su agonía;
como la tarde es gris, el alma sueña,
y siente gozo en su melancolía.

La brisa hace pensar en una mano
de mujer cariñosa. En el boscaje
el largo aullido de un mastín lejano

como una flecha agujerea el mutismo...
Un reloj da las seis, y a un tiempo mismo
se ensombrecen el alma y el paisaje!

MUSICA TRISTE

Naufragan en la sombra los fulgores
del crepúsculo muerto y a lo lejos
se escucha uno de esos valses viejos
que hablan de románticos amores.

Se pierden por el aire, evocadores,
los invisibles, sollozantes dejos,
mientras el corazón revive añejos
cariños sin fortuna... Huele a flores.

Sale del labio un nombre femenino
y, tras él, recorriendo igual camino
vuela un hondo suspiro prolongado.

Enmudecen las notas de repente,
¡y el alma sigue peregrinamente
llorando entre las nieblas del pasado!

EL LOCO

Para librarme de la prosa vana
y contemplar de la ilusión el vuelo,
me paso largas horas de desvelo
asomado, en silencio, a mi ventana.

Hundo mis ojos en la noche arcana
y los dejo clavados en el cielo,
mientras la inmensidad, como mi anhelo,
de magníficos astros se engalana.

En una noche de imborrables huellas
en que, absorto en mi viaje a las estrellas,
las miraba acercarse poco a poco,

cortó las alas a mi fantasía
la voz de un rapazuelo que decía:
—Allí, en esa casa, vive un loco!

VUELO SUPREMO

Quiero vivir la vida aventurera
de los errantes pájaros marinos,

no tener para ir a otra ribera
la prosaica visión de los caminos.

Poder volar cuando la tarde muera
en indecisos lampos mortecinos,
y oponer a los raudos torbellinos
el ala fuerte y la mirada fiera.

Huir de todo lo que sea humano;
embriagarme de azul... Ser soberano
de dos inmensidades: mar y cielo,

y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
¡con las alas abiertas para el vuelo!

MATA VALLE (Félix).

Nació en Cartago el 16 de agosto de 1857. Fué Inspector de Escuelas de Cartago y diputado al Congreso Nacional.

Publicó un libro, *Brisas del Irazú,* en 1915, poco antes de morir. Fué el poeta del hogar y de la patria, sus dos grandes amores.

SOBRE LA TUMBA

DEL POETA JUAN DIEGO BRAUN

—¿Vienes?—De un mundo que fué.
—¿Quién eres?—Un peregrino
que en la zarza el camino
siento desangrar el pié.
Como un ruiseñor canté
sobre una rama florida;
y apenas mi voz oída
dejó la faz en mudanza
la vida de mi esperanza
sin esperanza de vida.

—¿Qué buscas?—Luz y consuelo.
—¿Y sueñas?—Con lo infinito,
con un nombre que está escrito
allá en el azul del cielo.
¡Ay! que la flor de mi anhelo
aun está recién abierta;
y es la luz ya tan incierta
que entre mi pecho ilumina,
como la luz mortecina
de una luciérnaga muerta.

—¿A dónde vas?—Al encuentro
de las solitarias olas,
porque me lleven a solas
mar adentro, mar adentro.

Allá sacaré del centro
del alma un nuevo cantar;
viendo, a la luz estelar,
que son, bajo el propio velo,
la ola, zafiro de cielo,
la nube, espuma del mar.

ENVIDIA

(MADRIGAL)

No envidio, rosa a la risueña dama
que sobre el seno te prendió coqueta,
cuando aquel madrigal de aquel poeta
que entre la nieve sorprendió tu llama.

Ni envidio al aura que tu olor derrama,
ni a quien te aspira con fruición secreta,
ni a quien te riega en la gentil maceta,
ni a quien te corta de la muelle rama.

Ni al colibrí que te avecina el nido,
ni a quien te guarda, virgen y marchita,
como recuerdo de un amor perdido.

Otra es la gloria que mi envidia excita:
¡quién fuera el coleóptero escondido
que entre tus hojas íntimas habita!

PACHECO COOPER (Emilio).

Nació en 1865 y murió joven. En 1900 publicó su mejor libro, *Idílicas,* en el que coleccionó sus principales poesías y poemas.

EL PERIODISTA

Sublime es del escritor
la misión, cuando quebranta
al infame adulador.
Y cuando altares levanta
a la virtud y al honor.

Mas si cobarde y servil,
befa, calumnia e insulta,
y cual aleve reptil
luego arrástrase sutil
y entre las sombras se oculta,

Entonces aquese inmundo
y mezquino corazón,
sólo merece del mundo
o el desprecio más profundo
o la mayor compasión.

De su pluma está hecho el tajo
de adulación y diatriba,
y tiene noble trabajo:
¡Aplausos para el de arriba!
¡Oprobios para el de abajo!

EL ARTE

I

Un nuevo cielo ilumina
el fondo de nuestro ser;

sus dioses desparecer
harán la fe que declina;
nuestra alma a su luz divina
alza su vuelo anhelante,
que en ese cielo radiante
fulguran como luceros
los Newtons, Byrons, Homeros,
los Víctor Hugo y los Dante.

Si de los cielos paganos
los dioses también huyeron.
Si Apolo y Venus se hundieron
de la sombra en los arcanos,
esos genios sobrehumanos
han llegado hasta escalar
su Olimpo, do harán brotar
la verdad en las conciencias:
hoy las artes y las ciencias
tienen su culto y su altar.

II

¡Genios de la Poesía:
de vuestras sonantes liras
terribles lanzad las iras
contra la vil tiranía;
haced surgir a porfía
el Amor, la Caridad,
la Paz y la Libertad,
y recoged con pasión
las lágrimas de aflicción
que vierte la humanidad!

III

¡El arte! Luz que ilumina
y da formas a la idea;

su espíritu centellea
en Fidias y Palestina.
¡Oh, Italia, patria divina
de Buonarotti inmortal,
que su genio sin igual
dejó por siempre radiante
en la epopeya gigante
de Dios en la ira final!

Allí fecundo abarcó,
ese titán sobrehumano,
a todo el destino humano
que el Dios airado trazó;
Allí su pincel grabó
inexorable al Eterno,
y al retemblar sempiterno
de la caterva insensata,
que en revuelta catarata
se precipita al infierno.

Otro genio, Rafael,
a Dios alzando su vuelo,
en los colores del cielo
empapó su albo pincel,
que ningún otro cual él
la belleza sorprendió
del arte, que le inspiró
sus vírgenes sin igual.
También el Arte inmortal
su genio divinizó.

IV

Las musas de tus vergeles
por siempre huyeron ¡oh, Atenas!
Mas hoy libre y sin cadenas
ciñe tu sien de laureles;

Lord Byron tus penas crueles
lloró con santa emoción.
Al beber la inspiración
que se exhala de tus ruinas,
de tus fuentes cristalinas
y tu muerto Parthenón.

En mis delirios te miro
vagando por tus colinas
y aun en medio de tus ruinas
¡oh, sacra Musa! te admiro,
por tu infortunio suspiro
en honda melancolía...
¡Oh Grecia, Grecia sombría,
del arte prístina aurora,
tu muerte por siempre llora
«el ángel de la Poesía»!

V

Mas lanzó el Renacimiento
sus rayos por todas partes
y esplendorosas las artes
brillaron, y el sentimiento.
¡Oh, eterno, eterno momento
en que el verbo se animó;
el alma la luz bebió
en las fuentes de la Ciencia,
y al despertar la conciencia
el hombre se libertó!

VI

Hoy la Francia refulgente
ostenta con hidalguía
la corona que ceñía
la noble Grecia en la frente;

porque el Dios Omnipotente
su inmenso seno inflamó,
y potente de él surgió,
como nueva redención,
la enorme Revolución
que por doquiera brilló.

Desde entonces inmortales
la Ciencia y la Poesía
en unísona Harmonía
vierten su luz a raudales.
Tus ingenios colosales
son ¡oh, Francia! los campeones,
que levantan los pendones
de los principios radiantes
con que se yerguen triunfantes
las nuevas generaciones.

VII

Como virgen soberana
sobre el azul de los mares,
la América sus cantares
levanta también ufana;
de laureles engalana
su frente de alteza llena,
porque amante la enajena
la luz que el cielo la envía;
porque con noble hidalguía
supo romper su cadena.

Mas si la América fué
esclava un tiempo de España
hoy ya sin odios ni saña
en ella a una madre ve;
y mientras tanto alboree
la luz de la Libertad,

la Unión y Fraternidad
esplendentes surgirán
y una república harán
de toda la Humanidad.

VIII

A esos genios tutelares
alcemos con santo anhelo
nuestro acento bajo el cielo
de esta «virgen de los mares»;
que el poeta sus cantares
deje por siempre oir,
y habrán así de surgir
las artes, la Poesía,
la esperanza, la alegría
y el radiante porvenir.

MARIETA

I

He aquí todo un idilio: dos amantes,
sencillos y constantes,
que en esa inquieta edad de las pasiones,
embriagados de suerte halagadora,
ansiaban sólo la hora
de unir ante el altar sus corazones.

II

¡Feliz edad que la esperanza dora!
¡Oh, deliciosa aurora
de veinte juveniles primaveras,
en que nuestra alma su prisión quebranta
y altiva se levanta
a la región do bogan las esferas!

III

Era Marieta cual ninguna airosa,
la joven más graciosa
de su pueblo natal de campesinos;
eran sus labios cual la adelfa rojos,
y en sus dormidos ojos
asomaban sus sueños peregrinos.

IV

Esos y otros encantos que escondía,
hicieron cada día
encender más y más la llama pura
del vivo amor, que Julio en su ardimento
y loco de contento
mostraba ufano a la sin par criatura.

V

También la niña con tesón le amaba;
cualquier paso que daba,
de temor la llenaba y de cuidados,
pues, aunque a su amador bien conocía,
a veces ¡ay! sentía
relámpagos de celos infundados.

VI

Pero bien pronto retornaba a su alma
la venturosa calma,
que allá en la tarde cuando el sol hundía
su enrojecido disco en occidente,
para ella refulgente
un nuevo sol más bello aparecía.

VII

Fugaz momento en que su mutuo anhelo
los transportaba al cielo:
horas de ensueños, fiestas y sonrojos,
en que su amor calmaba sus agravios,
aun más que con los labios,
con los rayos quemantes de sus ojos.

VIII

¿Qué poema hay igual a una mirada
de la mujer amada?
¿Quién no ha sentido renacer en su alma
a la luz pudibunda e indecisa
de una fugaz sonrisa
la ya perdida y codiciada calma?...

IX

¡Oh, plácidos instantes, breves horas
de goce arrobadoras,
en que palpita y arde por doquiera
el fuego del amor: en la cabaña,
el nido, la montaña
y hasta en el pecho de la agreste fiera!

X

¡Oh, misterioso imán, chispa escondida!...
¡Oh, fuente de la vida
a cuyo soplo divinal, fecundo,
la onda revienta en argentada espuma,
la flor tiembla y perfuma
y va rodando en el espacio el mundo!...

XI

Embebido de dicha y esperanza
mirando en lontananza
el nido de su amor, dulce y risueño,
Julio y Marieta, siempre enamorados,
vivían arrullados
por inefable y delicioso ensueño.

XII

Mas ¡ay! bien pronto de su amor dichoso
el cielo luminoso,
se fué cubriendo de siniestra bruma:
que es la ventura halago de un instante,
efímera y cambiante
¡cual de la linfa la bullente espuma!

XIII

Como llevada por el raudo viento
se propaló al momento,
de asoladora lid la inesperada
nueva. Del valle entonces y de la aldea,
al punto a la pelea
levantóse una hueste denodada.

XIV

Julio, sintiendo arder dentro del pecho,
la cólera y despecho,
al oír de la patria el llamamiento,
ante su altar su sangre generosa
y vida venturosa
ofrecióle de júbilo sediento.

XV

Que era a la vez altivo y denodado
su corazón honrado;
de inextinguible ardor y brazo fuerte;
dispuesto siempre al sacrificio honroso;
gallardo, valeroso,
sin temor al peligro ni a la muerte.

XVI

¡La patria!... Excelso y entrañable nombre,
a cuyo acento el hombre
deja la esposa y el hogar amados:
palabra santa, cuyo noble aliento
levanta el sentimiento
y en héroe trueca a tímidos soldados!...

XVII

Tal fué en el pueblo el único acicate
que lo llamó al combate;
y altivo y libre fué a vengar la ofensa
que a la patria lanzara ruín tirano,
que en su delirio insano
lo hundiera airada su ambición inmensa.

XVIII

Julio dispuso en breve su partida;
pero sintió la vida
de pronto abandonar, perdió la calma
¡ay! al pensar en su Marieta hermosa
y madre bondadosa,
las prendas de su amor, ¡prendas del alma!

XIX

Su anciana madre resistir no pudo
el golpe fiero y rudo
de su suerte, para ella sin ejemplo;
lloró en silencio su profunda pena
y de amargura llena
se dirigió desesperada al templo.

XX

Allí, ante un altar, puesta de hinojos,
sus ya escaldados ojos
clavó en la Virgen del Pilar bendita;
y allí gimiendo, en su angustioso duelo,
con maternal anhelo
fervientes preces levantó contrita.

XXI

¡Oh, dulcísima fe, cándida estrella,
que muestras con tu huella
la celestial morada en lontananza
a las almas sencillas y creyentes,
que bajan las pendientes
de la vida sonriendo a la esperanza!

XXII

¡Ay! entre tanto, de temor inquieta,
la tímida Marieta
veía hundirse el astro peregrino
que diera vida a su existencia ufana,
y funesta y cercana
presagia sombra alzarse en su camino.

XXIII

Por fin de la partida llega la hora,
que ya surge la aurora,
nacarada y sutil de su albo lecho.
La pobre anciana, para el pronto viaje
prepara el equipaje,
ahogando sus sollozos dentro el pecho.

XXIV

¡Con qué honda pena la infeliz suspira
o ensimismada mira
al hijo de su amor, su Julio amado!...
El, entre tanto, con filial ternura,
sonriendo le asegura
que volverá de lauros coronado.

XXV

Mas al mirar su insólita congoja,
a su cuello se arroja,
y así la dice con cariño intenso:
—No quiero que te aflijas, madre mía.
¡En Dios ten fe y confía,
que es el caudal de su bondad inmenso!

XXVI

Y de ella desprendióse, y con premura
partió... ¿Quién por ventura
habrá que cuente la insondable pena
que esa anciana infeliz y madre amante
sufriera en tal instante?...
¡Nadie, sino otra madre así tan buena!

XXVII

Aun antes que la aurora refulgente
asomara en oriente,
la dulce niña, la gentil Marieta,
el lecho abandonó: vistióse ufana
y a la abierta ventana
corrió anhelante y de temor inquieta.

XXVIII

A los dudosos, débiles reflejos
del sol, allá a lo lejos,
logró verlo por fin: por fin llegaba
montado en su bridón, noble y airoso,
corriendo hacia ella ansioso,
impaciente y febril... ¡Cuánto la amaba!

XXIX

Detuvo su corcel, y en un instante,
junto a su tierna amante
de pie ya estaba conturbado y mudo;
la mano le estrechó, bajó la frente,
y de su amor ardiente
quiso entonces hablarle, mas... no pudo.

XXX

Tal fué el oculto, acerbo sentimiento,
que en tan duro momento
el fondo removió de su amargura;
mas vuelto en sí su corazón maltrecho,
hacia su amante pecho
la atrajo palpitante de ternura.

XXXI

—¡Adiós, adiós—! con frase entrecortada,
así clamó a su amada:
contigo dejo mi alma y mi alegría,
no me arrojes, ingrata, en el olvido;
tan sólo esto te pido;
y después, cuando vuelva, serás mía!

XXXII

La niña en su emoción confusa estaba
y en vano ¡ay! acertaba
a expresar su dolor intenso y duro,
hasta que al fin, apasionada, ardiente,
exclama dulcemente:
—¿Olvidarte?... Jamás..., ¡Yo te lo juro!

XXXIII

Rendido a su pesar en la porfía,
en vano, en vano ansía
por desasirse de tan dulces lazos;
al fin, ahogando punzadora queja,
de su amada se aleja,
sintiendo el corazón hecho pedazos;

XXXIV

Mas ella con los ojos lo avasalla,
y lo detiene y... calla;
entonces Julio, en el creciente exceso
de su pasión mal reprimida y loca,
en su encendida boca
imprime ardiente, interminable beso.

XXXV

Casi vencido y de valor ya falto,
a su corcel de un salto,
arrebatado y rápido se lanza;
la brida tiende, en el ijar la espuela
clava impetuoso, y vuela
en alas del acaso y la esperanza.

XXXVI

El potro, en nube polvorosa envuelto,
aguijoneado y suelto
devoraba el espacio en su carrera,
en tanto que ella de dolor transida,
en su ilusión herida,
¡corría a ocultar su lágrima primera!

XXXVII

¡Llanto reparador, triste consuelo,
que en su infinito duelo
encuentra el pecho que el pesar devora;
en vano, en vano en busca de su fuente
se agitará impotente
de la Razón ¡la musa redentora!...

XXXVIII

Ya al declinar la tarde, Julio llega
a pintoresca vega,
do los soldados, de la patria gloria,
con marcial apostura y noble aliento,
ansiosos el momento
esperan de marchar a la victoria.

XXXIX

Ardiendo entonces de entusiasmo santo,
incorporóse en tanto
a aquella tropa, a la milicia extraña.
Súbito oyóse del clarín tonante
el grito penetrante,
que resonó en el valle y la montaña.

XL

Y emprendieron los rudos escuadrones,
a los guerreros sones,
la indescriptible, sin igual jornada,
entre vítores y hurras de contento,
con la bandera al viento
en crepitantes ondas desplegada.

XLI

Con qué incansable afán, con qué entereza,
venciendo la fiereza
de los agrestes montes y pendientes,
en su forzado e ímprobo ejercicio,
¡corría al sacrificio
aquella altiva hueste de valientes!...

XLII

Después de noche tempestuosa y fría,
al despuntar del día,
atravesó la tropa la frontera;
sentó sus reales y aguardó impaciente
al enemigo ingente,
bajo la invicta y tricolor bandera.

XLIII

Una tarde por fin, de abrupto monte
que corta el horizonte
y do su vida lumbre el sol derrama,
vieron bajar, de aceros recamado,
al enemigo osado,
cual sierpe inmensa de fulgente escama.

XLIV

A intervalo se oía, aunque apagado,
el eco prolongado
de bélico clarín. Tras fuerte valla
entonces, a una voz se atrincheraron,
y firmes aguardaron
de las contrarias filas la metralla.

XLV

Poco después henchido de ardimiento,
con ímpetu violento,
abalanzóse al enemigo osado,
rompiendo el fuego y esgrimiendo el sable
al cerco inexpugnable,
do en breve fué con gloria rechazado.

XLVI

Mas de improviso y con creciente brío,
cual fragoroso río
que se desborda y precipita ciego,
acometió de pronto a la trinchera.
¡Qué lucha entonces fiera,
trabóse cuerpo a cuerpo, a sangre y fuego!

XLVII

Con qué digna entereza e inextinguible
ardor, Julio impasible,
en su corcel indómito se lanza
a lo más recio del combate fiero,
¡lanzando de su acero
relámpagos de muerte y de venganza!

XVLIII

¡Ay, al recuerdo de su amor, más vivo,
su corazón altivo
de patriótico fuego se encendía,
que aun a través de la matanza horrible,
su imagen apacible
con incesante afán le perseguía!...

XLIX

Después de algunas horas de empeñada
contienda, en retirada
desastrosa, dejó la liza, e incierto
huyó desordenado el enemigo,
llevándose consigo
a su caudillo derrotado y muerto.

L

En tanto tramontaba al occidente
el sol, y lentamente
el hondo cielo al escarpado monte,
la bruma vagarosa descendía
y en sombras envolvía
la inmensidad azul del horizonte.

LI

Natura toda se entregó al reposo.
El bravo y victorioso
ejército, tranquilo descansaba;
mas ¡ay! al despertar ¡qué triste escena,
de espanto y muerte llena,
a su atónita vista se mostraba!

LII

Por doquier la mirada dirigía,
tan sólo percibía
al buitre revolando allá en la altura,
y destrozado, aterrador y yerto,
al enemigo muerto
sobre el desnudo campo y la llanura.

LIII

¡Oh, ley eterna del cañón y el sable:
engendro abominable
del odio y ambiciones de la vida!
¡A tu fragor de muerte, inicua guerra,
desolada la tierra
ve de sus hijos lucha fratricida!...

LIV

¡Y aun hoy el hombre en su feral porfía
se empeña cada día,
no en alcanzar la paz y en lazo estrecho
unir los pueblos todos, sino fiero
anteponer su acero
a la razón augusta del derecho!...

LV

Pocos meses después el valeroso
ejército, orgulloso
regresaba triunfante a sus cuarteles,
entre entusiasta multitud que al paso,
enviábale al acaso
corona de jazmín y de laureles.

LVI

Erà de ver entonce el alboroto
con que el soldado roto,
llevando al hombro su morral, tornaba
después del fiero ardor de la pelea
a su natal aldea,
do impaciente su madre le esperaba.

LVII

Mas ninguno entre todos más dichoso
tornaba presuroso
a su tranquilo hogar y pueblo amado,
cual Julio que, arrogante y sin sosiego,
en su corcel de fuego
volaba a todo escape arrebatado.

LVIII

¿Cabe dudar la dicha y sentimiento
que en tan grato momento
el juicio arrebatábale y la calma?...
¿En qué podría pensar, sino en su inquieta
madre y en su Marieta,
las prendas de su amor, prendas del alma?...

LIX

¡Que es invencible y hondo el desvarío
que produce el vacío
de esa adorable y púdica hermosura,
que en nuestro afán e inextinguible anhelo,
nos muestra todo un cielo
lleno de luz, de amor y de ventura!...

LX

En silencio la noche descogía
su cabellera umbría
sobre la húmeda tierra. Julio en tanto,
caminando sin tregua, a la ventura,
por lóbrega espesura,
poblada de rumores y de espanto.

LXI

Tan sólo a sus ensueños se entregaba.
¡Y era feliz!... Pensaba
en el hermoso y ya cercano día
en que Marieta, de placer radiante,
su corazón amante
ante el cura del pueblo le daría.

LXII

Su afán entonces la fingía a sus ojos,
cerca al altar de hinojos,
pálida de emoción, y en aéreo velo
como un nimbo de luz sobre la frente,
tan bella y esplendente
cual las hermosas vírgenes del cielo.

LXIII

A sus dulces recuerdos entregado,
cruzaba sin cuidado
a través de la lóbrega y horrible
noche, desfiladeros y pendientes
y férvidos torrentes,
al peligro y terror siempre impasible.

LXIV

Por fin al rayo del naciente día
huyó la noche umbría,
y cual nunca, otra vez, alba y fulgente
con su flotante túnica de rosa
la aurora esplendorosa
surgió apacible en el risueño oriente.

LXV

Todo entonces a Julio embelesaba:
el aura que llenaba
de notas y de aromas la espesura,
el despertar del pájaro en el nido,
y el misterioso ruido
que a esa hora como un himno alza natura.

LXVI

Al cruzar un recodo del sendero,
de pronto, placentero,
miró por fin de su natal aldea,
de trepadoras yedras cobijadas,
las rústicas moradas,
que el sol al asomar dora y blanquea.

LXVII

Y a un tiempo percibió en su arrobamiento,
el desigual concento
de las campanas de la torre enhiesta,
que al vuelo en confusión arrebatadas,
con sus notas aladas
convidaban al pueblo a alguna fiesta.

LXVIII

Después, tirando a su corcel del freno,
miró, de gozo lleno,
a una rapaz chicuela que cogía
en los frondosos cercos y vallados,
de flores recamados,
las zarzamoras que doquier veía.

LXIX

Hacia ella dirigióse apresurado;
miróla enajenado
con sin igual ternura y embeleso,
que apena esa vivaz niña inocente
ostentaba en su frente,
de siete abriles el amante beso,

LXX

Y preguntóla qué de nuevo había
en el pueblo ese día.
La chica, el rostro picaresco alzando,
—¿Pues... no sabe, le dijo, lo que pasa?...
Hoy Marieta se casa—;
y alegremente se alejó cantando.

LXXI

Al punto huyó de su mirada el día;
sintió pérfida y fría
la espada del dolor rasgar su pecho;
y a tierra vino cual tajado roble,
exánime e inmoble,
herido por el rayo del despecho.

LXXII

¡Oh, triste realidad abrumadora!...
En esa misma hora,
ante el altar humilde de María,
do la madre de Julio en su amargura,
por su dicha y ventura
fervientes preces levantara un día,

LXXIII

Entregaba Marieta arrodillada,
de orgullo alborozada,
su mano a un rico y pródigo heredero
que, a sus hechizos sin igual vencido,
ofrecióle rendido
su porvenir, su nombre y... su dinero.

LXXIV

Terribles horas de sopor y duelo,
sobre el árido suelo
estuvo el joven sin sentido y frío;
en tanto que el corcel, por fin ajeno
al látigo y al freno,
despareció trotando a su albedrío.

LXXV

Descompuesto, aturdido, como un loco
irguiose poco a poco,
presa de horrible, fiero paroxismo;
y así como el alud que de la cumbre
con sorda pesadumbre
rueda al inmenso, pavoroso abismo,

LXXVI

Sin fe, sin esperanza y sin creencia,
ni luz en la conciencia,
iba al acaso; de su hogar el techo
divisó, mas para él muerto ya el mundo,
en su dolor profundo
con su puñal atravesóse el pecho.

LXXVII

Aun fuerzas tuvo, y a su hogar amante
se adelantó. Anhelante
su anciana y santa madre en su alegría
corrió a abrazarle, en tanto que él, incierto,
cayó a sus plantas muerto,
exclamando: ¡Perdón, oh, madre mía!...

LXXVIII

¿Qué fué después de la gentil esposa?...
¿Será acaso dichosa
la frívola criatura que el tesoro
divino del amor, con ansia ciega,
tan solamente entrega
a los viles estímulos del oro?...

. . . . . .

. . . . . .

LXXIX

¡Dichosos los que cruzan sin temores
y ajenos de rigores
el proceloso mar de la existencia
que son la ingratitud, la ruin codicia,
el dolo y la injusticia
escollos do naufraga la conciencia!

CROMO

No es su mejilla de nieve y rosa,
ni se figuren que es una diosa
altiva, grave y escultural;
pero como ella ¿quién más graciosa,
vivaz, alegre y espiritual?
Voy a pintarla, no cual quisiera:
ojos perversos, ancha cadera,
mórbidos brazos y breve pie...
¡Si es la morena más sandunguera
y más terrible de San José!

Por eso siempre, cuando la danza
sus notas rítmicas deja escuchar,
todos la aclaman; mas sin tardanza
del corro al punto sonriendo avanza
y airosa empieza luego a bailar.

De las bandurrias surge el bolero;
y puesta en jarras, con garbo tal
su talle ondula gentil, ligero,
que el corro exclama: ¡Olé salero!
¡viva tu gracia! ¡viva tu sal!...

Para ella tiene mi alegre musa
todas las notas del pentagrama

porque reúne, bella y lozana,
al garbo y gracia de la andaluza,
los negros ojos de la gitana.

En los salones, cuando patina,
es más flexible que el abedul;
cómo se yergue, cómo se inclina
y se desliza como una ondina
sobre la linfa de un lago azul.

¡Y si la vieran sentada al piano;
en los pedales hincando el pie,
y ágil y alada su linda mano
sobre el teclado do brota ufano
el genio lírico de *Ketteré!*

Aun más seduce, por lo bizarra,
cuando se sienta y en un cojín
cruza la pierna y el cuello agarra
de la armoniosa, dulce guitarra,
a cuyos cantos huye el esplin.

Y son sus dientes cual flor de anona,
blancos, muy blancos, y yo no sé...
¡Qué ojos que tiene la picarona!
Y con qué gracia la muy gachona
va por las calles de San José!

PERALTA (Eduardo).

Contemporáneo. Sus vibrantes poesías se han publicado en la prensa nacional.

EL CUADRO ANTIGUO

Placentera es la tarde, y apenas
las hojas se mueven,
al pasar impregnado de aromas
el céfiro tenue.

Azulado y extenso, a mi vista
el valle se extiende,
de las casas resaltan los techos
que espejos parecen.

Tras los árboles óyense risas
y cantos alegres;
son familias que a propias labranzas
a pie van y vuelven.

Me acompañan los grupos amigos
por sendas agrestes,
y, al llegar a sus predios, se alejan
con frases corteses.

A lo lejos diviso del río
la blanca corriente,
cual si fuera una cinta de plata
brillando entre el césped.

El vaquero conduce de prisa
las vacas mugientes,
y los mozos de lentas carretas
apuran los bueyes.

En el centro del llano contemplo
mi plácido albergue,
con su blanca columna de humo
y aspecto sonriente.

De mis padres el arduo trabajo
doquiera se advierte
en praderas y lomas, vestidas
de azul y de verde!...

De la casa y sus amplios corrales
al frente se mecen
bellas palmas de rojos racimos
y nidos pendientes.

En la sala, pintado sin duda
por mano eminente,
de Francisco de Asís el retrato
se admira y conmueve.

En el pecho, viajaba arrollado,
de un fraile pariente;
y mi madre apreció la reliquia
por ambos dos héroes.

—«Esas llagas, ¿por qué las sufriera
el gran penitente?»
preguntéle a la dueña del cuadro
con voz reverente.

—«Por expiar—me contesta—maldades
de pérfidas gentes:
lo que sufre el Hermano Francisco
Caín lo merece...»

—Llaga son de su mano derecha
escritos y leyes
«que, burlando la Fe de los pueblos,
la dejan perderse.»

«En la izquierda, la llaga le ahondan
traidores crueles,
los que apagan su sed de grandeza
en muy sucias fuentes.»

«De su pecho extenuado la herida
lastiman y acrecen
la blasfemia y las modas paganas
de algunas mujeres.»

—«De sus pies, el derecho le abrieron
los pasos de muerte,
y el izquierdo, traspiés de quien huye
jurados deberes.»

. . . . . .

Al través de los años, en mi alma
al vivo aparecen
las amadas montañas, los ríos,
la casa campestre,

y contemplo la imagen antigua
del muro pendiente,
con sus llagas, su Cristo, su cuerda
y extática frente.

A MI PATRIA

Hija hermosa, ilusión de mis abuelos,
blanca flor en las olas transportada,
yo te amo en tus hijos retratada.
en tus campos, ciudades y en tus cielos.

Son tu riqueza inagotables suelos,
es tu fuerza la escuela y no la espada,
tu palacio es la hacienda cultivada
en que riegan diamantes los riachuelos...

Diste tú a Colón sus aguas puras
que apagaron su sed; y de su frente
duro ceño borraron de amarguras...

El te dió, dulce Patria, por presente
Nombre, Sangre, Lenguaje y Fe Sagrada;
¡te hizo rica al nacer de su mirada!

¡TRIUNFO...!

Pasó la guerra ya... El hogar querido
los obreros confiados reconstruyen;
las libérrimas fasces sustituyen
a coronas que ruedan al olvido.

El poder musulmán llora vencido,
y de Europa sus fieras hordas huyen;
y en el bien del taller cambios influyen
que lo libran del lucro desmedido...

Mas... en su Liga niegan las Naciones
un asiento al pastor de toda grey!...
¡No importa, oh, Cruz!... Tú vences sin cañones;

que no en vano el triunfo del martirio
por laurel en tus brazos puso un lirio
coronado del título: «Soy Rey!»

EL HIMNO DEL TALLER

¡El taller!... Es la escuela a que vino
desde el Cielo el saber de aprendiz:
es la puerta de honrado camino
que la humilde niñez puede abrir.

Fraguas... máquinas... luz... movimiento,
sano ambiente y empeño en saber:

¡salve, oh, cuna de paz y de aliento,
nuevo trono del Rey del Edén...!

El dedal... el formón... las tenazas,
sóis auxilio de amigo leal;
las maderas... la suela... las brasas,
sóis mi gloria: sóis Tierra natal...!

De los yunques nos dice el sonido
y el zumbar de la rueda veloz,
que un tesoro, en el brazo escondido,
es la fuerza que al hombre da Dios.

Que del Bien es la llave publica
el martillo en su recio batir:
la diadema que a golpes fabrica
no la usurpa el poder ni el morir...!

El fecundo sudor de la frente
al erial, lo transforma en vergel;
y ha formado en el nuevo Occidente
tres Américas, libres las tres...!

El taller árbol es que da sombra
y da fruto y calor al hogar,
y a la Patria le da rica alfombra
¡extendida del mar hasta el mar!

Cada chispa es en él la esperanza
encendida en viril juventud:
si ese fuego es Cristiana Enseñanza
al saber se unirá... ¡la VIRTUD!

EL PEDAZO DE PAN

Una joven pidiendo pan, clamaba
de puerta en puerta, en toda la Ciudad;

llegó a la mía, pero yo dudaba
si debiera moverme a caridad...

¡Dame pan! insistió; le di un pedazo
y en un saco escondió lo que le di;
quise verlo; detúvela en su paso,
y dentro... ¡un niño fué lo que yo vi!

—¿Y el pedazo de pan?...—«Soy yo», responde
el niño hermoso, rubio cual la miel:
«Soy tu Rey, soy el Pan, y en mí se esconde
vida, ciencia, virtud, trabajo y Fe...!»

* * *

¡Salve, oh, Pan! ¡Salve, dueño de la vida:
tu corona es de perlas y de amor;
tu cetro, la herramienta ennoblecida;
tu corazón es tierno y da vigor.

Esas perlas, de un rey mágica herencia,
por la frente divina resbalaron
de otro Rey de Suprema Omnipotencia,
que el Amor y el Trabajo esclavizaron...

¡Salve, oh, Pan!... A mi mesa hoy tu vienes
en lugar de mi Padre y Madre amada,
pues su sangre, en tus átomos mantienes,
generosa, en sustento transformada...!

¡En la mesa del pobre hospitalario,
el mendrugo se torna vianda buena;
y en la Mesa Sagrada del Calvario,
cada Pan se convierte una Azucena...!

Eres, Pan, eje y rueda de lo humano:
leche materna, fiel sudor, quien manda,
quien construye, quien sobre el aire anda
quien despide centellas de la mano!

Eres pecho que cura y das consuelo;
mano que pinta y graba sus ideales;
brazo activo que limpia y rompe el suelo
y que planta fecundos cafetales...

En la silbante flecha Tú estuviste,
en el hombre fiel, y en bestias mansas;
hoy... ¡en máquinas rápidas avanzas,
y a luchar, bajo el mar te sumergiste...!

A las flores perfumes das y encanto;
en el perro y corcel oyes atento;
en los pájaros eres dulce canto,
y en las vacas fecundas... ¡un portento!

Tú defiendes la Patria en ardua guerra,
Tú consuelas la débil senectud;
y en Edén Tú convierres esta tierra
dando al niño sonrisas y salud...

El pedazo que al pobre le partimos
se transforma en vital circulación,
y dulzores conduce a los racimos
de esa vid que se llama... el ¡Corazón...!

PRADO (Eladio).

Nació en San José en 1880. Fué a Europa en 1896 y cursó estudios comerciales, primero en París y luego en Londres. En 1921 fué miembro de la Municipalidad de la capital, la que también presidió. Se ha distinguido siempre como escritor católico. En 1913 publicó sus primeros versos, y en 1922 fué premiado un poema suyo en el concurso de Padres Capuchinos de Cartago.

No ha editado libros; solamente tiene una monografía titulada *Nuestra Señora de Ujarrás* (1920), que le abrió las puertas de la Real Academia de la Historia, de Madrid, como individuo correspondiente.

CORAZON DE JESUS, EN VOS CONFIO

En la lóbrega noche de la vida
que se agita en el mar de los pesares,
donde alumbran las penas sin medida
en vez de los brillantes luminares,
sólo encuentra ¡oh, Señor de mis amores!
la quietud y la paz el pecho mío
cuando clama, mirando a tus dolores:
«¡Corazón de Jesús, en Vos confío!».

Cuando los cielos rasga en un instante
el furibundo rayo que serpea,
peregrino veloz que trepidante
convulsiona la torre de la aldea...
la solitaria torre de mi alma
donde libre se cierra el albedrío...
tranquilo estoy diciéndote con calma:
«¡Corazón de Jesús, en Vos confío!»

Cuando pierde el timón la navecilla
que cruza por los mares del ensueño,
y a punto está de abrírsele la quilla,
te contemplan mis ojos en el leño

donde nace la fuente almibarada,
mientras clama, al hundirse mi navío,
el alma que en ti espera enamorada:
«¡Corazón de Jesús, en Vos confío!».

Y en mis empresas todas, siempre llenas
de gozos y dolores e inconstancias;
y en todas mis angustias, y en mis penas,
lo mismo que en mis triunfos y en mis ansias;
y en las locas y santas ilusiones
que nacen sin cesar del pecho mío,
exclamo como un eco de canciones:
«¡Corazón de Jesús, en Vos confío!»

Tal es el lema augusto que grabado
llevo en el corazón con fuego ardiente;
que prendido me tiene en tu costado.
Es el pan cotidiano de mi mente
que pronuncian mis labios noche y día
y espero pronunciar amante y pío,
exclamando al final de mi agonía:
«¡Corazón de Jesús, en Vos confío!».

ESPEJISMO

Cuando el Sol, en la límpida llanura
perdido deja el manto de oro fino,
y el pájaro despierta, y la espesura
del solitario bosque escucha el trino
que le lleva la brisa matutina,
los focos diminutos y brillantes,
que rompieron la sombra en la colina
apaga, adormeciéndose, el cocuyo.
Y agitada, en brevísimos instantes
rompiendo las paredes del capullo,
una inconsciente y linda mariposa,
se asoma a los balcones de la vida,

que su imperio le muestra, y orgullosa
¡a gozar en sus reinos la convida!
Abre las alas, y rompiendo el vuelo
se pierde, tras la nube de oro y grana,
en el éter azul del hondo cielo
que le sirve de manto a la mañana.
A orillas de un arroyo transparente
inclina el verde tallo una azucena,
y en las aguas que corren dulcemente
¡se refleja romántica y serena!
¡Gozando de la vida reposada,
desconociendo aun la inmensa brecha
que abre, impío, el dolor en la jornada,
sin detener el vuelo, la derecha
vió, al cruzar, la inexperta mariposa
el beso que la fuente cristalina
recibe, murmurando bulliciosa,
de la azucena blanca y diamantina!
¡y en su pecho sintió por vez primera
el aguijón terrible de los celos
que en invierno trocó su primavera!
Y el traje azul que le robó a los cielos
tejido con las perlas del rocío
al instante plegó la mariposa
que temblaba muriéndose de frío!
La pendiente, del éter, luminosa
cruzó, ligera, hacia el crisol de plata,
que amalgama el amor de la azucena
con el cristal, que dulce la retrata
y la arrulla con cantos de sirena!
¡para escapar en el preciso instante
que le besa la flor tan inocente!
¡pues, lo mismo que el hombre, es inconstante
el cristal de la límpida corriente!
Cuando se acerca, en el gentil espejo
contempla la azucena ¡toda hermosa!
y cuenta no se da que es el reflejo
apenas de la flor, la mariposa

que se lanza ¡frenética y violenta
sobre el pétalo blanco hecho de nieve
que está mirando en el cristal! ¡que cuenta
por largas horas el minuto leve
que la separa aun de la azucena
que anhela deshacer en un instante
pretendiendo tornar su pobre antena
en puñal afilado! ¡Delirante
sin atinar que es sueño su quimera!
¡que la flor no está allí! ¡que es un reflejo,
como es en la vida pasajera
el placer que al dolor está parejo,
sobre la faz del agua se abalanza!
¡Se humedece la pata, el ala, el pecho!...
¡Lucha tenaz contra el cristal!... ¡se cansa!...
Y, por fin, con el ánimo deshecho
oyendo el «miserere» de la fuente
que el eco en el confín repite alerta...
en su lecho la arrastra la corriente
como una flor que va bogando... ¡Muerta!

AMOR

En un álbum.

¿Qué quieres que te cante, niña mía,
si nada sé de amor?...
¡Pasó mi juventud!...
Cual noche umbría
sumida llevo el alma en el dolor!

¡Tú no sabes aún lo que es el llanto!...
¡Sólo sabes reír!...
Y en la vida se sufre tanto, ¡tanto!...
¡que vale más morir!

¡Tu vida es el capullo de una rosa,
de aroma embriagador
que apenas abre su corola hermosa
al beso de la luna encantador!

¡Tu vida es cielo de envidiable calma,
teñido de zafir!...
¡Mi vida es noche oscura en donde el alma
sólo sabe gemir!...

¡Tu vida es como un lago en do la luna
alumbra en su quietud!...
en donde no se encuentra pena alguna
¡y en donde el ángel rasga su laúd!

¡Tú ignoras que el amor es mentiroso,
y es duro, y es cruel!...
¡que ofrece audaz un mundo venturoso...
y entrega sólo hiel!...

¿A qué seguir...?; ¡que destrozar no quiero
tu fúlgida ilusión!
¡Y para no mentir, callar prefiero
aunque se engañe al fin tu corazón!

SERENATA

Huyendo de la cruz de mi calvario
que encontrara en tus ojos seductores,
he llegado hasta el monte solitario
donde cantan alegres ruiseñores.

Es de noche. La luna resplandece
pincelando los troncos y las ramas.
Silba el viento y el pájaro enmudece...
Y ¡pienso con dolor que no me amas!...

Escucho el eco de una melodía;
luego una voz de delicado acento
que canta en la inmediata lejanía,
¡mientras viene a turbar mi pensamiento!

Con el dulce rumor de la corriente
que tranquila discurre por el monte,
se confunde tu voz que dulcemente
se apaga en el confín del horizonte.

Deshácese la luna en catarata
de luz, cual tu pupila soñadora;
y brilla más el astro, que retrata
tu alma virginal y encantadora.

Y cantan otra vez los ruiseñores,
felices arrullándose en las ramas...
y brotan de mi alma los clamores
del acerbo dolor... ¡que no me amas!

Y torna el eco a repetir tu acento
trayéndome la dulce melodía
que turba sin cesar mi pensamiento
¡hiriendo sin piedad el alma mía!

Y ¡brilla el monte cual un mar de plata!...
¡Y canta el ave su canción de amores!...
Y en mi pecho también hay serenata:
¡serenata infinita de dolores!

QUESADA (Napoleón).

Es uno de los primeros filólogos costarricenses, escritor de gran cultura y sólidos conocimientos.

Es también muy estimado como poeta, habiendo escrito y traducido algunas notables composiciones, una de las cuales fué premiada en el concurso de los Padres Capuchinos, en 1922.

Desde los diez y seis años se dedicó al Magisterio y al profesorado, estudiando también Derecho, que no llegó a ejercer.

No ha publicado libros de poesías; aunque sí otras obras de índole distinta, como *Silabario Costarricense* (1901) y *Recitaciones escolares* (1906).

LA ABUELITA

(Interpretación de la música de igual nombre, de Langer.)

I

Ha rato el Sol traspuso el horizonte;
van a dormir los niños.
De sus labios brotaron ya las preces
y subieron al Cielo, hasta Dios mismo.
Ya pidieron al Padre, fervorosos,
el pan de cada día; al dulce Hijo
oraron, contemplando la guirnalda
de rosas que circundan el herido
corazón, que es de caridad y gracia
manantial infinito;
y a la Virgen, bellísima en el cromo
copia de aquélla que el pincel divino
de Crosio figuró, mezcla inefable
de maternal ternura y de purísimo
candor, imagen que parece darnos
contra el dolor y contra el mal, abrigo.

El índice en los labios, sonriente,
llega con pasos suaves, menuditos,
la abuela, la abuelita blanca, blanca,
con sus copos de armiño
que coronan su dulce faz rosada.
Parece entonces aquel cuarto un nido
porque la voz de la abuelita arrulla
con su pausado ritmo,
porque es arrullo hasta el hostil regaño
que dirige a cualquiera de los niños
que molesta a los otros,
que aturde con sus gritos,
que ahuyenta de la estancia el grato sueño,
que provoca las risas y los brincos.
Cuando consigue apaciguar en ellos
el hervor de la vida,
canta unos versos delicados, bellos,
con voz como del cielo descendida.

Tal es su suavidad, tal la delicia
de su sencillo ritmo, que ese canto,
en cada nota lleva una caricia,
en cada nota lleva un óleo santo:

Duerma mi niño,
en su cunita duerma;
batan sus alas
los ángeles sobre ella.

Sueñe, y su sueño
para su mente sea,
de los querubes
la celestial belleza.

Dulce sonrisa
durante el sueño tenga;
ella refleje
su cándida inocencia.

Las blancas alas
los ángeles extiendan
sobre su frente...
y duerma, duerma, duerma.

Y los niños repiten esas notas,
y el canto se derrama suavemente,
como, si de un panal las celdas rotas,
de miel formaran una clara fuente.

El acento infantil se debilita;
tenue murmullo apenas si se entiende...
su diestra temblorosa la abuelita,
hecha la cruz, sobre los lechos tiende.

II

Bien fingieron que aquella cantinela
les sumía en el sueño más profundo;
va satisfecha y plácida la abuela
que piensa: «Están soñando en otro mundo».

Y aun modulando aquel canto sentido
la quieta estancia de los niños deja...
y los chicos aguzan el oído
para poder oir cómo se aleja.

Cuando el arrullo rítmico y amable
llega a perderse ya con la distancia,
levantan gritería formidable,
y es hervorosa confusión la estancia.

Corren por las camitas, saltan luego
de unas a otras, y fingen algaradas,
y una campal batalla es aquel juego
en la que obuses son las almohadas.

Y en el saltar continuo y la carrera,
bajo sus pies la tablazón trepida;
bajo sus pies se queja lastimera
la paja en los colchones removida.

De espaldas cae un héroe derribado
como al furor de un casco de metralla;
recio fué el almohadazo disparado
contra su pecho en la infantil batalla.

Mas no se queja; luego se levanta,
con ambas manos la almohada toma,
y la arroja a su vez con fuerza tanta,
que en la tierra otro héroe se desploma.

Cuando llega al fortísimo el estruendo,
del tumulto la abuela se percata,
y llena de ansiedad vuelve corriendo
para ver tal tormenta quién desata.

Mas ya cerca, los héroes de estos hechos,
percibiendo los pasos presurosos,
de un solo salto arrójanse en sus lechos,
bajo las mantas se echan temerosos.

Y pregunta la anciana: ¿Qué ha pasado?
¿Por qué tal bulla? Nadie le contesta;
de las respiraciones al ritmado
son el oído atentamente presta.

Y los llama: ¡Juanito! ¡Pepe! ¡Alfredo!...
Entonces uno, cual si despertara,
con torpe lengua le responde quedo:
¿Qué es, qué quiere? Y descúbrese la cara.

Hacen los otros como que despiertan;
frotándose los ojos se incorporan,

y de tal modo en el fingir aciertan,
que ella duda si ríen o si lloran.

«Duerman, duerman—les dice—si no es nada»
y surge de sus labios la armonía
que ha poco, por su lengua modulada,
un cántico del cielo parecía.

Y la acompañan ellos, fatigadas
las voces, y en verdad ya soñolientos,
y se esfuman las épicas jornadas
luego en los infantiles pensamientos.

Se apaga todo acento, y en su blando,
dulce regazo los recibe el sueño...
Tal vez alguno se durmió soñando
de lid descomunal en el empeño.

Y se aleja la cándida abuelita
con pensamiento de ternura llenos,
y al alejarse, con amor musita:
¡Qué buenos son mis ángeles, qué buenos!

A LA VIA LACTEA

¡Qué extraños pensamientos
en mí sugieres, río blanquecino
que atraviesas los campos celestiales
y como polvo de diamantes miro!

Sutil y misteriosa
polvareda de luz, lácteo camino
que en la mente del pueblo eres la ruta
por donde a Dios avanzan los espíritus.

Camino de las almas
en tu alba cinta la conciencia ha visto;

para mí, cada noche al contemplarte,
digna morada de la mente has sido.

Que no es posible verte
sin que se quede el pensamiento fijo
en el misterio, en el terrible arcano
que encierras para mí, celeste río.

Y te he mirado a veces
como un puente, de norte a sur tendido,
sobre puntos de luz y negros mares,
impenetrables, tétricos abismos.

Mas también te he mirado
al través de las lentes, de los límpidos
cristales que reducen las distancias,
y has cambiado a mis ojos sorprendidos.

Te has trocado
en larga cinta de diamantes ricos,
diadema gigantesca que me ofusca
con los fulgores de sus puntos vívidos.

No es una mancha láctea
lo que auxiliado de estas lentes miro;
son millones de piedras luminosas,
¡y es un sol cada piedra de este cinto!

Polvareda de soles,
reguero esplendoroso de astros, dínos
¿qué mano soberana te ha lanzado
en los campos del cielo como un río?

La poderosa ciencia
medir quiso un rincón del infinito,
y dieciocho millones contó Hershell
de soles en tu vía confundidos.

¿Confundidos? ¡Mentira!
¡pobres ojos humanos fugitivos!
¡Ven juntos esos astros, mas entre ellos
hay incontables leguas, mil abismos!

También cada uno de ellos
que nos parece en el espacio fijo,
camina, como en vértigo arrastrado,
por otro sol en su órbita movido.

Y cada sol, acaso,
de corte de planetas va seguido
que como nuestra Tierra tenga seres
con mentes y almas de valor divino.

Parece, comparado
el sol con nuestro globo, algo infinito:
más de un millón de veces él contiene
el volumen del mundo en que vivimos.

Y quizá el sol nuestro
es un punto invisible desde el sitio
en que gravita un sol de esos millones
de soles en el éter esparcidos.

Y este es nuestro Universo,
esta vía luminosa, este camino
de estrellas, en reguero portentoso...
¿Y más allá?... Es la nada, es el vacío.

Lo afirma insigne sabio;
pero también, que puede haber, ha dicho
más allá otros grandiosos universos;
pero fuera del nuestro que es finito.

Finito, limitado
nuestro gran Universo está medido:
novecientos millones de años tarda
la luz en recorrerlo. ¡Qué guarismo!

Pero es al fin un número;
si la mente no alcanza a concebirlo,
concibe su existencia, no el terrible
infinito que da vértigo y frío.

¡Oh, vía esplendorosa
sólo Universo para el hombre, asilo
de la azorada mente que descansa
ya en tu brillante gigantesco anillo.

Tú calmas nuestras ansias,
pues señalas un linde claro, fijo,
al pensamiento que jamás pudiera
abarcar en la Tierra lo infinito.

Tú acallas nuestras ansias,
puesto que más allá de tu albo círculo
de millones de soles y sistemas
de mundos... es la nada, ¡es el vacío!

O si también hay algo
más allá de este cerco diamantino,
«Se prohibe pasar» quiere el gran Einstein,
dejar con letra perdurable escrito.

HIDALGO Y MORELOS

I

El grito de Dolores es la voz que despierta
la conciencia de un pueblo sumida en el letargo,
clarín de Roncesvalles que en penetrante y largo
clamor, esparce al viento un infinito alerta.

Morelos tiene el alma para ese grito abierta;
su paz de sacerdote trueca por el amargo
trajín del guerrillero, y en el sublime cargo
de encender en las almas la fe constante y cierta.

¡Oh, sí! Cuando de Hidalgo el enemigo hiende
la vida, cuando su alma al infinito asciende,
parece que una herencia dejara en el suplicio;

Morelos la recoge con serena mirada;
bien sabe que el martirio cortará su jornada,
que ha de ser de su vida, corona el sacrificio.

II

Son Hidalgo y Morelos como el gran Don Quijote
constante enamorado de sin par Dulcinea;
son firmes paladines de una sublime idea;
llevan en sus escudos el más altivo mote.

Tienen sangre impetuosa; son un soberbio brote
de la estirpe de libres, de la noble ralea
que acción y ensueño junta; de los que en la pelea
mueren mas no hay empuje que su ideal derrote.

Casta de los que dejan a su paso una llama
que prende inextinguible y gigante derrama
devorador incendio sobre la tierra impura.

Quien caer los contempla, los ojos a los cielos
levanta en el instante. Son Hidalgo y Morelos
eterna para el alma, una visión de altura.

A S. M. LA REINA VICTORIA

I

Llegue mi voz a ti, Reina de España:
hay en tu nombre un símbolo de gloria,
pues al llamarte el español Victoria,
el triunfo dice en la tenaz campaña.

Al grito de Victoria, nunca huraña
será la suerte, y en la hispana historia,
guardará cada página memoria
de alguna heroica fulgurante hazaña.

Compañera de Alfonso, le sublimas;
llevas su mente a las excelsas cimas
le imprimes tu bondad para los seres.

Por su alta mente y su virtud constante,
El es de nuestra casta hierofante:
es nuestro Rey, y nuestra Reina tú eres.

II

Tan bella es y tan buena, que siempre me parece
que es deidad esta Reina en la tierra española;
a su corona junta magnífica aureola:
el amor de su pueblo que el corazón le ofrece.

Amado de Victoria, hoy Alfonso merece
la enseña que triunfante nuestra raza tremola,
y lleva en letras de oro esta leyenda sola:
«Rey es de nuestra casta el Rey Alfonso XIII».

Cuando evoca la imagen de Victoria la mente,
con su actitud gallarda, con su serena frente,
con su bondad que el cielo ha trocado su casa,

una visión semeja de la divina altura,
y dice el pensamiento ante su imagen pura:
«es preciso inclinarse, que nuestra Reina pasa».

A BOLIVAR

(En el Centenario)

¡Oh, Padre! Oye la voz que a tu infinita
región de gloria América levanta;

un solo acento es hoy el que te canta,
y un solo corazón por ti palpita.

Te ofrece amor que las fronteras quita,
y un solo pedestal pone a tu planta;
la gloria de tu nombre hoy a la santa
Unión Americana nos invita.

Bajo tu nombre que fulgor derrama,
en cada corazón prende la llama
de amor a una admirable Patria sola.

En tu acción libertaria hay un contraste:
A España combatiste, a España honraste,
porque honraste a la América española.

ESE CUADRO

El chiquitín apenas balbucea
palabras torpemente;
mas ya se ve brillar sobre su frente
la luz que anuncia el orto de la idea.

De la mente ese fuego ¡cómo asoma
en la viva mirada!
En los ojos el alma reflejada
de claro verbo la elocuencia toma.

Soñando en armonías exquisitas
logró subir al banco
y las buscan ansiosas por el blanco
teclado, las ligeras manecitas.

Abierto en el atril la partitura
de su vista es señuelo
¡cómo dicen sus ojos el anhelo
de descifrar las notas de la altura!

¿En qué podrán soñar? ¿Qué melodías
internas siente el niño?
¿Expresará del cielo algún cariño?
¿Expresará terrenas alegrías?

¿Evocará la imagen placentera
de lejanos amores,
los ritmos de otro mundo, de otra esfera,
la armonía de vidas anteriores?

Tal vez durmiendo, angélicas visiones
poblaron su cabeza;
las juzga realidad, y en vibraciones
expresar quiere la ideal belleza.

A COLON

Siempre Dios suscitaba un gran profeta
para su pueblo que iba hacia la ruina
cuando olvidaba aquella luz divina
que la guiaba a una gloriosa meta.

Así te miro: genio que interpreta
los designios celestes; ilumina
Dios tu mente y tus pasos encamina,
Colón, vidente, mártir y poeta.

Tu pensamiento es infinito foco
que ilumina una edad. Te llaman loco
por exceso de luz que hay en tu mente.

Porque en ella contemplas cómo brilla
al través del Atlántico, la orilla
de un admirable, nuevo Continente.

A ESPAÑA

I

¿En qué edades remotas,
Iberia, gran Iberia, fuiste como el cerebro
de aquel cuerpo gigante que yace sepultado
ha tantos siglos bajo el mar inmenso?

De aquel cuerpo que yace
en la paz absoluta, en el magno silencio
que en lo hondo de los mares, bajo el tumulto de
reina siempre, ¡solemne cementerio! [olas

¡La Atlántida, la Atlántida!
No hay savia, sangre, vida en ella; fenecieron
la fauna bullidora y la flora opulenta,
moradores, palacios, monumentos...

Sobre esa tierra sólo
hoy crecen los corales con lentitud de luengos
siglos, y acaso, llegan raros peces monstruosos
a tocar con su escama el hondo suelo.

En la tierra abismada
es la mudez completa; ni olas, rayos, ni truenos,
ni los miles de barcos que surcan el Atlántico,
turban con su ruido aquel misterio.

¡Y pensar que este mundo
fué floreciente y rico, fué dichoso en un tiempo!
Vivía y se alegraba con las flores y gritos
de su industria pujante y su comercio.

¡Cuán airosos partían
millares de bajeles audaces de sus puertos,

y orgullosos volvían a vaciar sus tesoros
de otras fecundas tierras, lejos, lejos!

Mas tú quedaste, Iberia;
no pudo derribarte el cataclismo horrendo;
el cuerpo derrumbóse al seno de los mares;
mas no tú que eras alma y pensamiento.

Y aun hoy alienta y vive
en tu faz el atlante, el fuerte y sano ibero,
con su armoniosa lengua, su lengua que se entronca
con las lejanas del azteca suelo.

Porque aquellos atlantes
hasta la tierra azteca su sangre difundieron.
Borróse esta memoria después del cataclismo,
y mar de olvido fué el profundo piélago.

Llegaron otras castas
con la ibera a fundirse y de este lazo luego
vino a surgir la Hispana de celtas y fenicios,
de romanos, de godos y agarenos.

Por eso el pueblo hispano
las virtudes excelsa y el poderoso genio
refleja de estas castas, en haz maravilloso,
¡Y así es el español glorioso pueblo!

Vedlo noble y altivo,
vivir y levantarse en el cuadro extenso
que forman las riberas batidas por sus mares
y los altos, grandiosos Pirineos.

De las olas cantábricas
el español escucha el fragoroso estruendo,
al dar en los altísimos lagos acantilados
el rudo golpe, formidable, eterno.

Escucha los rumores
del mar que baña y besa, arrullador y ledo
a Valencia la hermosa, la florida Valencia,
la del Cid, la de vívidos recuerdos.

Escucha las canciones
con que llega el Atlántico al litoral gallego
y costas lusitanas, para entrar majestuoso
por el antiguo, legendario estrecho.

Y libertad respira
altivez y nobleza, contemplando el soberbio
cuadro de sus montañas, de sus altivas sierras,
y la luz admirable de su cielo.

De fuerza y energía
le dice de sus ríos el poderoso acento,
los ríos que con su amplia y serena corriente
le invitan a salir al mar inmenso.

Desde remotas épocas
sacaba de la tierra, tesoros este pueblo:
en Tharsis y Malaca, en Sisapo y Masiena,
de metales riquísimos veneros.

Sobre la tierra ubérrima
fué el trabajo constante, y del surco crecieron
magníficas espigas, para dar abundante
el pan sabroso, bendición del cielo.

Espaciosas dehesas
apacentaban siempre los rebaños sin cuento,
en vida trashumante se formaron los hombres
como atletas de músculos de acero.

Y ese pueblo grandioso
reflejó en su idioma rico, armonioso, enérgico,

su gran naturaleza, sus castas y familias.
¡Y fué el romance luminoso verbo!

II

¡Oh, madre de naciones,
España, dulce madre, a ti su voz levanta
América, a ti surge de nuestros corazones
de amor el himno que tu nombre canta!

Pues somos una vida
en la que sangre y alma generosa pusiste;
como amorosa madre, siempre serás egida
del ser, y nombre y lengua que nos diste.

Al amor que nos guardas
la más honda ternura corresponderte supo
de todas estas hijas de América, gallardas
y orgullosas contigo, ¡hermoso grupo!

Es el alma española
dominante en tus hijos, ¡es alma de guerrero!
Si triunfar se propone, lucha, vence, domina,
sabe imponer su voluntad de acero.

¿Do está el poeta, España,
que cante épicamente tus sublimes acciones,
que en ritmos y armonías recuerde cada hazaña
a que aquí dieron cima tus varones?

La pluma honró y la espada
tu soldado poeta, y entre tus vates brilla;
mas no está la grandeza de tu ser reflejada
en las amables páginas de Ercilla.

Tus hijos la constancia
tuvieron en la vida, aptitud poderosa;

así nunca la fuerza, ni tiempo ni distancia,
estorbaron su marcha victoriosa.

¡Colón qué fuera importa
genovés o gallego? En su magna proeza
tú le diste el aliento, y fuiste como aorta
de actividad, de genio y de firmeza.

Los héroes verdaderos,
aquellos navegantes de grandes corazones,
todos fueron tus hijos, aquellos compañeros
de Colón: ¡los Trianas y Pinzones!

Que fueron portentosos
sus hechos cuando ampliaron el mundo en occidente,
cuando vieron cortados los mares tenebrosos
por un inmenso nuevo continente.

La tierra descubierta
ensanche poderoso fué para el pensamiento;
la tierra completóse y se hizo entonces cierta
su redondez y cierto su aislamiento.

Por ti tu nombre hicieron
Magallanes y Elcano en la Historia gloriosos;
primeros que el abrazo en el Estrecho vieron
de los dos Océanos misteriosos.

Y amplióse el cielo cuando
en el mar, cada noche, ya torvo, ya sereno,
iban maravillados los nautas contemplando
brotar nuevas estrellas de aquel seno.

Deslumbradora brilla
la historia de tus hijos en cada magna empresa;
la historia portentosa ¿a quién no maravilla
de un Ojeda, Solís, Ponce o Nicuesa?

¡Ah! ¡Cómo resplandece
aquella acción de gloria que el corazón inflama;
el paso de la raya en la isla, por los trece
dignos de apellidarse de la fama!

Arrebata el miraje
de constancia y esfuerzo, de inagotables bríos
de Gonzalo Pizarro y Orellana en el viaje
al grandioso Amazonas, rey de ríos.

¡Oh, Musa soberana!
De Jasón para nada a los nautas compares
con estos navegantes que van con Orellana
de ignoto río hasta lejanos mares.

No van de piel quimérica
lejos, a la conquista, que es don harto mezquino;
mostrarán asombrados prodigios de la América,
y lo que puede el corazón latino.

El genio que impetuoso
a las grandes empresas fecundas se adelanta;
España, ese es tu genio, el genio que el reposo
no concedió a la mente ni a la planta.

Cuando la flota ardía,
cuando después de aquella horrible noche triste,
Cortés, el desaliento altivo sacudía,
el alma del romano tú le diste.

Bajo el cielo inclemente,
al marcar con su huella el desierto, el pantano,
en cada hijo de España, fuerte, rudo, valiente,
aparecía el alma del romano.

Fuerte, ruda, compacta,
el alma del romano en ellos resurgía,

el alma que indomable, con César, «*Alea jacta est*» al pasar el Rubicón decía.

Alentó en las legiones
que hacia el sur dirigieron de sus barcos las proas;
dió vida a los resueltos y bravos corazones
de Pizarros, Valdivias y Balboas.

Aquellos colosales
guerreros toda el alma del romano tenían;
la mente los contempla como águilas caudales
que en el Perú su vuelo detenían.

Sublimemente grandes,
para aquellos audaces guerreros españoles,
valladar fué pequeño la fila de los Andes,
que cerraban el paso con sus moles.

A dilatar vinieron
tu espíritu en el mundo inmenso americano,
y con tu luminoso espíritu, esparcieron
tu majestuoso verbo: el castellano.

Es verbo de gigantes:
en el del pensamiento vertieron los fulgores,
Calderón y Teresa, Fray Luis, Lope y Cervantes,
de belleza inmortales creadores.

Verbo que vestidura
del indio a las leyendas la más bella ha prestado;
en «Tabaré» nos habla con tan honda ternura,
que el libro queda en lágrimas bañado.

Y con él se extendía
en el mundo admirable, en el gran continente,
por siempre aniquilada la torpe idolatría,
la religión de caridad ardiente.

La que a todos consuela,
la de la cruz que ofrece bálsamo a los dolores,
la que a todos los hombres bajo el cielo nivela,
la que no quiere opresos ni opresores.

Madre España, hoy se expande
tu espíritu en lejanas regiones y tu gloria
de Colón en la empresa fulgura, la más grande
más alta y luminosa de la historia.

Madre eres de naciones,
vió Colón esta tierra cual tierra prometida,
Madre, madre admirable, en nuestros corazones
¡se prolongue la gloria de tu vida!

SAENZ (Carlos Luis).

Contemporáneo. Sus poesías han aparecido en la prensa nacional. No ha publicado ningún libro.

DESCANSO

Tumbado sobre la grama
al campo cojo en su olor;
juega en las frondas la llama
del sol, ave de esplendor.

Mece el loco viento, ramas
y briznas; mi corazón
como viva ascua, se inflama
en la luz de su ilusión.

Reposo de cara al cielo
sin penas y sin anhelo,
sin pensar en el destino...

A mi lado el perro amigo,
de mis andanzas testigo,
ladra, agorero, ¡al camino!

ESTRELLAS

Llegaste a la fuente clara
por cogerle las estrellas:
tus manos de plata hundiste
en su líquida tristeza.

Se bañaron tus dos manos
en la suave transparencia;
pero en el agua seguían
tembladoras, las estrellas.

¿Qué anhelos o qué caprichos
tuviste con mi alma? ¿Sueñas
acaso con la luz triste
que tenían mis quimeras?

¡Cogiste en tus manos finas
el agua de mi existencia,
pero no el encanto eterno
de mis celestes quimeras!

EL NIDO VACIO

En el verdoso muro
está, semiescondido
entre una grieta oscura,
el solitario nido.
Nido de chupaflores
me parece tan suave,
tan pequeño, tan propio
para el amor... ¡quién sabe!...
Un rayo de sol claro
lo dora inútilmente;
y en su triste tibieza
mi corazón se siente
nostálgico... ¡El verano
tiene un nido vacío!...
¡oh, no, que en su tibieza
llora el corazón mío!

ALITAS DORADAS

¡Oh, la azul mañana
en que se desgrana
la canción pagana
de una fuente azul!

¡Oh, el jardin florido
donde encontré olvido
para mi inquietud!

¡Oh, la inesperada
sensación dorada
de rosal con sol!

¡Oh, maravillosa,
loca mariposa,
que, de flor en flor,
las mieles libando
me estuvo enseñando
las artes de amor!

MAÑANA DE MAYO

La azul evaporación
envuelve el campo en su tul,
y el dorado girasol
da al jardín su sombra azul.

Sobre el maizal, la montaña
se recorta de cartón,
y da la ilusión extraña
de un paisaje del Japón.

En los mojados olores
se derrite el yerbazal
verde, y pintado de flores

y en el azul veraniego,
el claro sol de cristal
es un girasol de fuego.

EL DON

Dió una rosa el rosal y en la brisa
la rosa dió el alma de su olor.
Dió una perla la mar y, a la luz pura,
como una maravilla se irisó.
Dió la roca una fuente; el agua clara
regó en la tierra su alma de frescor;
al árbol dió un pájaro y el pájaro
dió a la montaña entera su canción.
Dió el cielo un bello sol; y el sol de oro
dió a la tierra su lumbre y su calor.
¡Y dió el Señor la madre! Ella a su niño
le dió todas las cosas con su amor!

DEVOCION

Si estás en mí, mi Señor
ya no tengo qué buscar;
gloria, riqueza o amor,
todo en mí lo sabré hallar.

Estando en mí, mi Señor,
nada tengo que temer;
ya no hay tiniebla interior
ni muerte que padecer.

Si Tú me llevas, Señor,
y morada tuya soy,
dime ¿tan grande es tu amor,
que Tú vas por donde voy?

Estando en mí, mi Señor,
quiero serte siervo fiel;
¡enciende en mi alma tu amor
y haz en mi acíbar tu miel!

Siendo Tú mi morador,
quiero postrarme a tus pies,
¡hasta que salte el amor
de mi terrena aridez!

EL JUEGO DE NUNCA ACABAR

(Canciones de madres)

Juguemos un juego
de nunca acabar:
te beso y me besas
te vuelvo a besar.

¿Hijo, sabes cómo
va el agua a la mar?
¡Pues va en este beso
que te voy a dar!

¿Hijo, sabes cómo
es puro el cristal?
¡Pues es como el beso
que me vas a dar!

¿Sabes cómo es dulce
la miel del panal?
¡Pues es como el beso
que tú me darás!

Las estrellas que anden
en la inmensidad
contaré en los besos
que me vas a dar.

Y todas las olas
que tiene la mar
numera en los besos
que te voy a dar.

¡Te beso, y me besas!
¡Te vuelvo a besar!
¡Y este es el juego
de nunca acabar!

ARROYITO

Arroyito claro
de la azul colina,
dime, su ternura
¿no es de hierba fina?

¡Bebió, bebió tu agua!
Era medio día
y en claros cantares
¡tus linfas corrían!

¿Arroyito claro,
tienes para mí
la fresca blancura
que dejó ella en ti?

SAENZ CORDERO (Efraín).

Contemporáneo. No ha publicado ningún libro.

EVOCACION

Mi palabra tenaz como el cincel
fué modelando su alma poco a poco.
A veces me decía: ¡tú estás loco!
Y a los demas: ¡Quién va a pensar en él!...

Probó mi corazón toda la hiel
de su desdén... Mas mi dolor tampoco
consiguió conmoverla. Hoy que evoco
el recuerdo... ¡es conmigo tan cruel!

Sin embargo yo fuí para ella un día
como el artista que la piedra labra
y arranca de su forma la armonía.

¡Mi fe triunfó! Su corazón de roca,
al golpe de cincel de mi palabra,
fué un raudal de ternuras en su boca.

EL VIEJO

(Instantánea)

Ceniciento cabello alborotado
puso en su faz la majestad de un rito
y en su mano cetrina está el maldito
temblor que acusa su vigor gastado.

EN LA FIESTA DEL PUEBLO...

CARMELA

Desde ayer, en la tarde, con indecible afán,
Carmela la zagala, preparó su vestido
mejor, que hubo adornado con cintas y metido,
para venir a ver la fiesta de San Juan.

¡Es Carmela muy guapa! Y más buena que el pan.
Los mozos al mirarla se dicen al oído
los ingenuos requiebros que su buen parecido
les inspira, y sus ojos tras los de ella se van...

Con camisa de gola, y enagua de percal,
y el rebozo de seda ceñido a la cintura,
Carmela da a la fiesta singular esplendor.

Habla el Cura. La *Banda* toca un aire marcial
y entre gritos y aplausos pasea su figura
Carmela, por quien muchos viven locos de amor...

TE VAS

Me dicen que te casas,
que el velo de la novia
está ya preparado para adornar tu faz.
Me dicen que te casas,
y yo, bajo la pena con que tu adiós me agobia,
deliro que me besas con un beso fugaz...

Te vas... No sé hacia donde...
Hacia un país lejano
donde quizá ya nunca
te acordarás de mí.

Te vas... y aunque se esconde
tu amor en un arcano,
miro que dejas trunca
la historia que escribí...

¿Te casas? Pues que sea el velo de la novia
la última caricia, una caricia blanca
que flote entre los dos...
Yo, bajo la ternura con que tu adiós me agobia
habré de estar sereno, con mi sonrisa franca,
para decirte: Adiós...

ACUARELA

Rió la tarde en mis nativos campos,
y su risa festiva y rumorosa,
derramó los fulgores de sus lampos
y puso una caricia en cada cosa.

A su influjo brotaron albas pomas,
florecieron las rojas clavellinas,
y con el de las aguas cristalinas
confundieron su arrullo las palomas...

La casita que oculta en el follaje
ha mucho tiempo que el amor espera,
se adurmió bajo el ala del celaje
sintiendo renacer la primavera...

El anhelo ideal de Villaespesa,
en mi alma brotó como un renuevo:
«¡Señor! Una casita como esa,
y dentro un viejo amor y un libro nuevo...»

A UNA REINA

¡Reina!
Perdona la osadía
de mi lírica estrofa castellana.
No soy más que un bohemio nocherniego,
errabundo y enfermo de melancolía,
que al pie de tu ventana
viene a dejar un ruego...

Para sentir una ilusión,
basta con una rosa y una estrella...
¡Fragancia y luz nuestra alma necesita!
Si tienes corazón,
¡perfúmanos! ¡Y si eres la más bella,
míranos como una virgencita!...

Por el poder supremo de tu gracia,
y la bondad de tu gentil figura,
a tus plantas estoy yo como un paje;
¡pues eres reina por la aristocracia
de tu espíritu, y reina por la pura
y latina virtud de tu linaje!

En tu boca de guinda una golosa
abeja: la ilusión,
sus ansias dulcifica;
y ebria de amor al sol vuela afanosa,
para tornar a nuestro corazón
con la miel y la luz de Costa Rica.

Yo podría decirte el madrigal
aquél... original:
«Tu abanico es mariposa,
que en tus manos se posó,
porque en su vuelo otra rosa
más hermosa, no encontró...»

¡Loor a Costa Rica, tierra prodigiosa,
que tiene esta estrella, que tiene esta rosa!...

LA TARDE DE LA FIESTA

Esa tarde... vestida de blanco, parecía
la princesita rubia que pintan en los cuentos..
Tal era su sonrisa, su porte, la armonía
graciosa de sus líneas y de sus movimientos.

En sus ojos divinos radiaba la alegría
con destellos tan puros como sus pensamientos;
y en sus frescas mejillas la aurora sonreía
al arrullo armonioso de argentinos acentos.

La tarde dió sus oros en haces fulgurantes
para hacer más luciente la gloria de la fiesta
en donde se oyó el verso, trémulo de emoción....

Y mientras mis amigos, de gozo delirantes,
allí se divertían, los ecos de la orquesta
dejaban su ternura para mi corazón...

HUMO AZUL

Retornas, oh ilusión, radiante y seductora
como un angel risueño de rubia cabellera,
regando en mi camino rosas de primavera
y dándole a mi vida claridades de aurora.

¿Por qué has tardado tanto? Desde la vez primera
en que bañó tu luz mi mente soñadora
te consagré mi amor, sin saber que traidora
lo corresponderías después con la quimera....

Y ni aun así te guardo rencor; porque el Destino,
que tiene algo de humano y mucho de divino,
me reveló el secreto de la resignación...

Sobrellevar paciente las penas de la vida,
que un día volverá la esperanza perdida,
en forma de quimera, o en forma de ilusión...

SAENZ CORDERO (Jorge).

Contemporáneo. No ha publicado ningún libro.

LAS LUCIERNAGAS

Surgen fosforescentes en la noche callada,
dejando vagamente la senda iluminada.
En danzas caprichosas de loca fantasía,
vienen a ser pequeñas, fugaces, rutilantes,
como lluvia de chispas escapadas del día
o profusos destellos de perdidos diamantes.
Ved cómo sobre un árbol han tendido ilusorios
puntos de viva luz. Brilla todo el ramaje,
cual si hubiese caído sobre él un raro encaje
labrado en las tinieblas con blancos abalorios.
Son hijas de la noche, partículas de estrella
caídas en los campos alguna noche bella.
Prendidas sobre el césped fingen la fantasía
de un tapete bordado con fina pedrería
y ponen sobre el verde vallar de las piñuelas,
temblores insinuantes de blancas lentejuelas.
Son hijas de la noche, alumbran mi sendero
tal como los dispersos fragmentos de un lucero;
y entre los verdes campos que extasiados están,
se encienden y se apagan, se acercan y se van.
Luz de piedras preciosas que alumbráis mi ca-
pedacitos de un astro que me hacéis divagar; [mino;
quién pudiera en su vida conquistarse el destino
de ser algo con alas que comienza a brillar.

MUSA ALEGRE

Encrespada la rubia cabellera,
marchito el gesto y lúbrica su boca,
liba vinos de Chipre en fina copa
mi musa, avergonzada y placentera.

Viene como la rubia primavera
regando flores en su danza loca,
y mostrando su cuerpo que provoca,
en el rubor de la embriaguez primera.

Coronada de pámpanos su frente,
es más una Bacante en plena orgía
que una virgen de talle adolescente.

Mas aun así embriagada es musa mía,
la que hoy viene, con verso decadente,
a invitarme al amor y a la alegría.

CREPUSCULAR

Alárgase el camino polvoriento
bajo la verde fronda campesina,
donde pone su armónica sordina
la música quimérica del viento.

La tarde en el milagro del momento
más allá de los mares se reclina,
mientras la noche al descender inclina
su sombra, como un negro pensamiento.

Ya no se ve el pastor por el camino
ni el rebaño de ovejas que al paisaje
le brindaban su encanto peregrino.

Queda no más, como el jirón de un traje,
bajo el dormido cielo vespertino
la irisación del último celaje.

MELANCOLIA

Pinta una hora gris naturaleza,
y en la niebla que apaga la alegría,
sube como un aliento la tristeza:
una tristeza obsesionante y fría.

Sin decirlo, las cosas su promesa
me dan de un cielo azul y un claro día;
mas esta hora solamente expresa
lo que en mí vive de melancolía.

Sueños, que ya sin esperanza vivo,
al dejarme su hiel dentro del alma
me hicieron sin quererlo sensitivo.

Y ante el vago temor de un nuevo anhelo,
prefiero como el pájaro la calma,
a la inquietud de un peligroso vuelo.

EL PAVO REAL

Del jardín en la sombra semiobscura,
resalta, oro y azul, su regio traje;
la airosa esplendidez de su plumaje
de donde emerge altiva su figura...

Príncipe por su sangre la más pura,
yo le quiero brindar hoy mi homenaje
y darle en la emoción de mi lenguaje
salutación de paz y de ventura...

Luego cantar su porte y señorío;
sus ojos vivos, su aguzado pico,
y el vivo tornasol de su atavío.

Y del jardín sobre la verde alfombra,
su plumaje, que abierto en abanico,
se esfuma en el misterio de la sombra.

SOTELA (Rogelio).

Es uno de los más ilustres poetas de Costa Rica. Ha ejercido importantes cargos oficiales, entre ellos el de Gobernador de la ciudad de San José, últimamente. Es abogado, profesor de Literatura, ex Secretario de Legación, etc. Su vida, incansable y laboriosa, es digna de los más sinceros encomios. Entre los intelectuales de su país ocupa lugar preeminente.

Es autor de varios libros, muy elogiados por la crítica, mereciendo especial mención los titulados *La Senda de Damasco, El Libro de la Hermana* y *Recogimiento.*

EL POEMA DEL SILENCIO

> El desierto es menos peligroso de lo que os lo figurais; su impenetrabilidad os llena la mente de visiones extraordinarias, y sois vosotros mismos quienes poblais de fantasmas su soledad y de voces fatídicas su silencio.
>
> *Almafuerte.*

El sol opaco luce blanco como un escudo
sobre la tolda egipcia del cielo que se hastía;
se abre el horizonte sobre el desierto mudo
y nada turba el alma de aquella lejanía.

Y bajo el cielo finge
una Idea perenne la euritmia de la Esfinge.

Apenas si se notan en la amplitud lejana
los nómadas tibúes de razas ancestrales,
y es sólo un punto negro la triste caravana
que avanza lentamente sobre los arenales.

La mole de la Esfinge geometriza un remanso
que parece en el suelo una tendida alfombra
y allí bebe la triste caravana descanso
al amparo propicio de la esfíngica sombra.

Uno de aquellos nómadas súbitamente salta,
(quizá un poeta loco o un soñador proscrito)
—las manos imprecantes buscando lo infinito,
asombrados los ojos que la visión exalta—
y conjura al silencio con el clamor de un grito.

Entonces oye las voces que están dentro de él
y siente que dialoga con la quietud enorme; [mismo
la boca de la Esfinge la ve como un abismo
que se abre, y por la grieta dilatada y deforme
las voces de la Nada salpican el mutismo.

LA VOZ DE LA ESFINGE

Beduíno que interrogas cerca a mi sombra, [atiende:
yo soy la pensativa confirmación. Presencio
el derrumbar constante que la vida comprende
y sé que, perdurable, sobre todo se extiende
la voz serena y honda del alma del Silencio.

Todo está designado por la voz de la mente
con el divino encanto de su clarividencia.
El alma de las cosas en todo se presiente
porque una voz silente
las anima y las nombra y les pone conciencia.

. . . . . .

Las voces de clepsidra del Tiempo en que me [pierdo
donde palpita el germen callado de la sombra;
la voz llena de encanto que vive en el recuerdo
cual un *fiat* milagroso que conjura o que nombra.

El verbo luminoso que en las pupilas arde
con el lenguaje vivo que todo lo precisa;
la voz contemplativa con que muere una tarde
o la que prende un hilo de luz en la sonrisa.

La voz meditativa del mar, la de los astros
que tanto fraternizan al darse sus reflejos;
el alma resignada que tienen los espejos
que lo reciben todo y en nada dejan rastros.

Cada cosa en un símbolo que habla bajo el cielo:
la callada tristeza que deshoja la luna,
la voz con que la ausencia se inicia en un pañuelo,
el frío del sepulcro o el canto de la cuna...

Está colmado todo de una voz silenciosa
que la mente adivina como en un luminismo:
en todo está el enigma de la voz fabulosa
con que el ciego Tiresias vierte su profetismo.

Elocuente el asombro cuando crepita Roma,
estridente es el gesto de Omar de Alejandría,
lapidario el silencio cuando Eróstrato toma
la tea apocalíptica que luego lo gloría
y en los siglos lo asoma.

Canta una maravilla Mausolo por su tumba;
un grito libertario vibra entre las cadenas;
añora el Coliseo con voz de catacumba
y está Grecia en las ruinas del Partenón de Atenas.

Todas las cosas tienen un ritmo sempiterno
y muéstranse en el signo de un líquen milenario
donde se advierte todo porque todo es eterno
y en todo está el milagro de Cadmo el legendario.

Los viejos monolitos, igual que palimsestos,
desdoblan jeroglíficos y descifran arcanos;
es elocuente y viva la voz que hay en los gestos
y tienen un milagro los signos de las manos.

La beatitud solemne que vierten los misales,
los Cristos que se abren en cruz en los sagrarios,

la angustia de las cárceles y de los hospitales
en donde, como sombras, para curar los males,
van las Hermanas buenas cargadas de rosarios...

Se define una guerra con los trazos, y es honda
la mudez imperiosa que tiene ese momento.
La fábula en el tiempo los símbolos ahonda:
aun vemos a Polícrates arrojando en la onda
su anillo que le vuelve cual vuelve un pensamiento.

Moisés habla en el hondo magismo de su vara;
Leonardo y Fidias viven la fe de sus creaciones,
y como un puño adusto que el tiempo nos dejara
se alza el grito de piedra que dieron los faraones.

La mente pone en todo el perfil de una forma,
hace vivir la vida a mundos ilusorios
y es germinal impulso que todo lo transforma:
¡Pitágoras, un símbolo: su Tabla es una norma!
¡Arquímedes, un grito: los espejos ustorios!

La chispa legendaria que roba Prometeo
es una voz que abre todas las comprensiones;
el péndolo callado que viera Galileo
es ley de isocronismo de las oscilaciones.

Todo vive con todo una vida infinita:
la angustia que comprime la boca de Laoconte,
el trípode espantoso de Casandra que grita,
el himno de esperanza que canta un horizonte,
la piedra silenciosa de Sísifo que sube...
Un círculo es la mente donde todo gravita:
estrella, flor, idea, dolor, ensueño, nube...

Nada cambia en la quieta gestación del abismo
y todo es uniforme bajo el sereno espacio:
el sol que contemplaron en los valles de Lacio
siempre ha de ser el Agni que ilumina lo mismo.

Y CONTINUÓ LA ESFINGE SOBRE ESE MAR DE ARENA

¿No hay algo que en mí misma me ata con la [pena?
¿No hay algo entre los hombres y en mí que nos [restringe?
El trueno de mis voces por todas partes suena
y todo lleva el sello borroso de la Esfinge.

Edipo oyó el asombro de lo que yo evidencio,
pero en mis senos bebe la humanidad ¡Silencio!
. . . . . .

DESPUÉS LA VOZ HUMANA SE OYE QUE MONOLOGA:

Todo está entre el vacío como dentro una cuba
que equilibra la Muerte, que el dolor desahoga...
La eclosión es la misma si se mata o se incuba...
¡El hombre es sólo un signo viviente que interroga!
. . . . . .

La noche fué cayendo sobre el desierto mudo
como un velamen tibio; y en la extensión lejana,
mientras el sol caía lo mismo que un escudo,
al paso de la carga siguió la caravana...

DIOS ES EL HERMANO MEJOR

Sé conforme y sé humilde. La miel de tu colmena será siempre más blonda y más pura y más buena si es tu miel. No te empeñes en coger la de otros. La paz y la alegría sólo están en nosotros.

Para nuestra ventura nos bastamos.
Soñemos
por los que no soñaron. Lo poco que tenemos
crece para nosotros en nuestros predios grises
y será para aquellos que no han sido felices.

Pobrecillos... ¿Los viste? Se acongojan de todo.
Sufren por cada cosa que les pasa, de un modo
tan singular, que encuentran su fe desvanecida.
Diles que no precisen el tiempo, que en la vida
todo está tan dispuesto, tan armónico, tan
natural, que los hombres pueden poner su afán
en lo que esperan. Pero no bastará quererlo...
Dios es el hermano mejor y hay que ponerlo
bajo su bien.

Y diles que el amor es la única
grandeza que tenemos.

Jesús nos dió su túnica
como el evangelista al leproso; se cuenta
que dejó un beso puro en su boca sangrienta.
En cambio, los Apóstoles diéronle viandas. Hasta
Pedro, el más anciano, le dejó su canasta...

Y el leproso no pudo sonreírle por eso;
¡pero sintió un aliento de amor con aquel beso!

Y continuó la hermana:

Eso bien nos enseña
si tú quieres oírlo, que el hombre que se empeña
en buscar sólo ansias del mundo, verá un día
que no florece nunca en su alma una alegría.
Nosotros bien tenemos con nuestra fe.
Soñemos
por los que no han soñado. Y en nuestros predios
[grises,

por el humo que hila nuestro incensario, oremos
porque todos aquellos también vivan felices.

AMERICA A ESPAÑA

Gonzalo de Berceo, Herrera, Garcilaso...
En la América hispana
hay un poeta joven que canta a vuestro paso
la urdimbre de sus rimas en lengua castellana.

Juan Ruiz el Arcipreste de dualidad extraña,
Juan de Mena, el galante de la lírica hazaña
y fray Luis el divino rimador y maestro...
¡encended en mi espíritu el magnífico estro
pues tengo de cantar a vuestra grande España!

¡Gloria de las Castillas, esa es mi humilde ofrenda!
Porque la noble estirpe que así clavó su tienda
bajo los claros cielos de América, no pasa;
que nos dejó su fe, su idioma y su leyenda
y nos dejó una herencia: la sangre de su raza!

. . . . . .

Madrid, Andalucía...
Remansos de cariño y de alegría,
donde hay una gitana que despeina
su cabellera entre la algarabía,
o se ve un niño huérfano en la vía
que ha bebido en los senos de una reina.

Burgos, Valladolid...
Solares de los nombres sin mancilla
en donde Alfonso le jurara al Cid
¡por Dios y por los fueros de Castilla!

Y Córdoba y Toledo idealizadas,
donde recuerdan sus encrucijadas
legendarios motivos de tragedia;

románticas ciudades de rondeles
donde aún flota la voz de los rabeles
y todo tiene un gris de la *Edad Media*...

Y Sevilla que canta y que tremola,
que fué del arte columnata y plinto,
consagrada la Atenas española
por Felipe Segundo y Carlos Quinto.

Blanca, parecen la ideal Sevilla
y Cádiz, las canteras de la luna;
allí los ojos queman la mantilla,
todo es gracia imposible y la cuchilla
sirve como amuleto de fortuna.

Y después otros hombres... Y la mente
por la emoción se queda fatigada
y piensa en esta España floreciente
que guarda los arcones del oriente
entre los arabescos de Granada...

Y recuerda a la España ennoblecida
donde un fárrago arcaico de la vida
escribiera con fe para mañana;
y sabe que en su amor y en su locura,
y que en su noble heroicidad perdura
el alma de una Grecia castellana.

Tierra noble y gloriosa
que se inmortalizó con su quebranto
cuando fueron Zamora y Zaragoza
la resistencia augusta y dolorosa,
y cuando con su espada victoriosa,
don Juan de Austria ¡se glorió en Lepanto!

Jamás una epopeya habrá que ponga
ese valor que te valió tus famas:
por Alcama, Escipión y Aníbal, clamas

que Pelayo ha vencido en Covadonga
y Numancia y Sagunto ¡están en llamas!

Bendita Madre que miró asombrada
el gérmen infecundo de un atraso,
y que si vió el dolor en Torquemada
dió una Santa Teresa iluminada
y tuvo una Isabel que fué un regazo.

Entraña universal que fué el proscenio
de un gesto mitológico y vidente
con la fe de Colón, que eternamente
será el supremo símbolo del genio.

Asombrada la América se acoge
bajo tu colosal clarividencia
y en Juan Luis Vives y Servet recoge
la luminosa hoguera de tu ciencia.

En tu pródigo seno
se fecundó el relieve de los nombres:
Rodrigo de Vivar, Guzmán el Bueno,
Roger de Lauria, Córdoba, Balboa,
Cortés, Pizarro, de las Casas... ¡Loa
a la España inmortal que dió esos nombres!...

. . . . . .

Jimena, doña Sol, mi canto os llama:
que vuestra noble gentileza alcance
a hacernos caballeros del romance
que luchen por su Patria y por su Dama.

Que en las mujeres arda lo que ardía
en la virtud de vuestra fe preclara;
y entonces habrá amor y habrá hidalguía
y el bravo caballero os llamaría
Doña Inés, Doña Elvira o Doña Clara...

Que vuestra hidalga evocación esmalte
con amor la leyenda peregrina,
que haya un Duque de Arjona que os exalte
y un paje que os ofrezca el gerifalte
declamando a Gutierre de Cetina...

. . . . . .

España, España grande que nos legas
tu Siglo de Oro que llenó el espacio
y así en los Argensolas viste a Horacio
y un heraldo anacreóntico en Villegas.

Madre de los Jasones fecundantes
que fueron tras la luz de un Vellocino.
¡Vientre de las Américas infantes
que en la divina lengua de Cervantes
han bebido las cubas de tu vino!

Nidal de los homéricos caudillos
que gestas el prodigio entre tus hombres
y que marcas tus siglos con los nombres
de Velázquez, de Goyas y Murillos.

. . . . . .

¡Gloria perenne para su nobleza!
Gloria inmortal para la cuna ibérica,
que por el alma de tu raza, América,
tiene el alto blasón de su grandeza!

Y pues que así esa Madre se prodiga,
bendigamos la pléyade española
que por su idioma y por su fe nos liga;
y que su Santa Eulalia la bendiga
y la guarde su Ignacio de Loyola...

Si nos hemos salido de su suelo
su casta hidalga aún nos ilumina:
y cual blasón eterno de su anhelo,
sus hijas de la América latina
¡serán un arco iris en su cielo!

DESPUES DE LA LUCHA

Todo fué muy sencillo;
el alma abrió sus alas y se puso a volar...
quería ver el mundo, ver los hombres... quería
ir en el torbellino por donde todos van.

Voló, miró, aprendió y hoy vuelve a su castillo
en donde está plegando sus alas para orar,
y calla, pues ya supo muchas cosas extrañas
de inquietud, de locura, de dolor y de afán.

Ahora quiere el alma
ponerse a meditar
y seguir el camino por las Siete Moradas
que ya había empezado y que dejó de andar.

Al final de la Sexta Morada hay una lumbre
que vuelvo a vislumbrar...
¡Quiera Dios que no falten mis fuerzas interiores
para poder llegar!

Nada más yo le pido, ya no tengo otro empeño,
nada más que un regazo de quietud,
nada más!

Quiera Dios darme ahora esa paz con que sueño.
¡Sólo paz, sólo paz!

Y sentirme en el mundo difundido, disuelto,
como gota en el mar,
y crecer como un loto en el lago revuelto
sin poderlo notar...

No haya lucha, no haya inquietud del abismo
donde todos se mueven por algún esperar,

viva yo entre mí mismo
como mirra que arde dentro del propio altar.

Y que zumbe la abeja cotidiana del mundo...
Mientras todos se afanan por buscar un lugar,
yo en el mío, escondido, invisible, me inundo
de una paz inefable,
¡de una íntima paz!

Después de aquella lucha, nada más yo le pido,
¡nada más, nada más!

TRUQUE G. (Ricardo).

Contemporáneo. Su poema *Desvaríos*, posee una facilidad de versificación sorprendente, y es de una ideología formidable. Puede figurar entre los mejores de la lírica costarricense.

ANTE SAN FRANCISCO

Postrada de rodillas, silenciosa y muy triste,
blanco su bello rostro, blanco el traje que viste,
semeja una escultura que talló Miguel Angel
cuando de un block de mármol dió la vida a un
[arcángel.
Se ocultan sus espaldas bajo una cabellera
que cubre sus contornos cual tenue enredadera.
Junta sus manos blancas como las blancas rosas,
tiemblan nerviosamente como las mariposas.
Sus ojos que son negros como el nocturno manto,
se encuentran empañados por un copioso llanto
y brillando convulsos como negros diamantes,
con miradas fervientes se clavan suplicantes
en una imagen santa de Francisco de Asís.
Y aquellos labios pálidos como una flor de lis,
sin turbar el silencio de la oscura capilla
que se alimenta sólo con una lamparilla,
le cuentan al gran santo, la negra desventura
de aquella dama joven, de aquella dama pura,
que puesta de rodillas, silenciosa y muy triste,
blanco su bello rostro como el traje que viste,
semeja una escultura que talló Miguel Angel
cuando de un block de mármol dió la vida a un
[arcángel.

¡Oh, padre San Francisco! Escucha los gemidos
e murmuran fervientes sus labios doloridos.
[illegible] mucho y su llanto me llena de tristeza;
[illegible] mucho y sus ojos te miran con terneza.
pide por su esposo, tu alma siempre lo tuvo,

y yerta, pobre y sola, tras sus huellas anduvo;
si llora por sus hijos, ¡miles te idolatraron,
pobres niños proscritos que en ti padre encontraron!
Si el amor la consume, aquesta llamarada
llenó siempre la vida de tu alma enamorada;
si es que en su hogar hay hambre, tú muy bien la [conoces
y sabes que ésta engendra mil dolores atroces...
¡Oh, padre San Francisco! Intercede por ella
que a tus plantas postrada, luce como una estrella,
y Jesús que te quiere con inmenso cariño
derramará sus gracias en su frente de armiño.
¡Oh, imágen perfectísima de Jesús Nazareno,
pues como él eres santo, cariñoso y muy bueno,
escucha la plegaria de aquella dama triste
que blanco su semblante como el traje que viste,
semeja una escultura que talló Miguel Angel
cuando de un block de mármol dió la vida a un [arcángel.

UREÑA (Daniel).

Nació en San José en 1876. Fué fundador de la revista literaria "Arte y Vida", y en 1901 fué redactor del diario "El Progreso". Ha cultivado el teatro con éxito, contándose entre sus principales obras *María del Rosario,* drama en tres actos, en prosa (1909) y *Los Huérfanos,* drama en tres actos (1910). No ha publicado libros de poesías.

MENTIRAS

En asuntos de amor, todo se ignora:
hay mentira y verdad en el cariño;
a veces uno ríe cuando llora,
que el amor llora o ríe como un niño.

¿Qué importa una ventura más perdida
y que al engaño locos adoremos?
¡Se vive la mentira de la vida,
la gran mentira que verdad creemos!

ANTE LA TUMBA
DE AQUILEO J. ECHEVERRIA

Ya repican las campanas;
no tocan a muerto, sino
a gloria, porque esta muerte
la gloria del vate ha sido.
Con lágrimas en los ojos
y con aire pensativo,
en grupos en las esquinas
ha contemplado el gentío
el cortejo del que supo
cantar en lenguaje *tico,*
la vida de los labriegos,
sus virtudes y sus vicios.

Las gentes trabajadoras;
las de los hogares ricos;
todos saludan al paso,
todos exhalan suspiros.
Pero se mira más honda
la pena del campesino,
el de la humilde chaqueta,
que él cantó en versos sencillos,
pero alegres, juguetones,
como corren nuestros ríos,
entre flores y entre aromas,
siempre puros, cristalinos.
Con el agua de su llanto,
sinceramente vertido,
sus venerandos despojos
así la gente ha bendito.
Qué gloria cuando ha escuchado
como conjuro al olvido,
ecos de un pueblo que llora
el dulce cantor nativo.
Mas en el momento augusto
en que el recuerdo es más vivo
pedazos del corazón
que nos arrancan sentimos;
que enterramos con tal pena
estos restos tan queridos,
que parece que enterráramos
el alma del pueblo tico.

¡SEÑOR DE COMPASION!

Ven otra vez, la humanidad te espera,
Señor de Compasión,
para que encuentre vida verdadera
el muerto corazón.

Por entregarse a la embriaguez macabra
de carne y de licor,

los hombres olvidaron tu palabra
y viven sin amor.

Tú que ves de rodillas tanta gente
fingiendo devoción,
bien conoces los Judas que en la mente
incuban la traición.

Los miserables que encumbró el dinero,
lo sabes tú, Señor,
para el humilde tienen trato fiero
y explotan su dolor.

El culto a la virtud y a la inocencia
ya se prostituyó,
porque puesta a subasta la conciencia
el oro la compró.

Los negros buitres que su vuelo empeñan
creyendo la ocasión,
en un festín de corazones sueñan
con su mejor ración.

Vuelve, Señor, para que al hombre impidas
seguir en lucha atroz:
que ha de rendir las ramas fratricidas
a tu mágica voz.

Ya hay nuevos brotes que serán mañana
feliz generación,
si llega a recibir la gesta humana
tu santa bendición.

No dejes que marchiten los dolores
tanto rosal en flor,
y teje en su jardin nido de amores,
¡oh, dulce ruiseñor!

Alumbra con tu luz nuestro camino
para marchar en pos
de tu estrella, reflejo del divino
pensamiento de Dios.

JUNTO AL PIANO

Terminó de las luces el derroche...
y en el silencio que es un alma muerta
abrió al dolor mi corazón la puerta,
la rosa de ilusión cerró su broche,
y mi alma, que ya ha tiempo estaba yerta,
bajó al abismo de una horrible noche.

Todas mis esperanzas fenecidas
como aves negras contemplé a mi lado:
fantasmas que mi vida han empujado
a la tumba fatal de los suicidas,
y si hubiera tenido muchas vidas
contra todas hubieran atentado.

¿Habré muerto?—me digo—. Mas resuena
a lo lejos el eco moribundo
de este mundo que habito, que es el mundo
donde junto al placer vive la pena,
do la casta y purísima azucena
pierde su aroma entre el olor inmundo

¡Vivo estoy! Estoy vivo, pero sueño...
me miro en un diván cerca al piano.
Allí mi virgen hiere con la mano
el teclado y entonces con empeño
bogo en la dulce barca del ensueño
sobre las aguas de un cerúleo océano.

En el ambiente todo se respira:
hay música, perfume, luces, flores,

y el alma que se mira en sus amores
al escuchar las notas de esa lira,
es blanco cisne que su pecho mira
en el cristal de un lago de colores.

Embriagado de dicha y de ventura,
quise hablarla al oído suavemente;
su pecho se agitaba fuertemente,
mis ojos devoraban su hermosura.
La dije quedo: ¡angelical criatura,
corone un beso tu inspirada frente!

El piano te dirá lo que no expresan
mis labios que enmudecen ya febriles
al mirar de tu rostro los perfiles
y tus manos que juegan y no cesan
igual que dos palomas que se besan
sobre un nido formado de marfiles.

Una sonrisa dibujó su boca;
de una estrella una lágrima caía
hecha luz al teclado que gemía
bajo el dominio de su mano loca
que corre sin cesar y luego toca
el final de una triste melodía.

Al golpe de un acorde que estremece
rasga los aires dolorido acento
y marcando un compás lento, muy lento,
la niña en un sopor se desvanece
y en medio de la sala, que oscurece,
cae en el alfombrado pavimento.

Palpé su cuerpo; ¡estaba ya sin vida!
Las luces de sus ojos se apagaron,
sus manos contra el pecho se crisparon
y una flor del cabello desprendida

fué diadema de novia que ceñida
a su frente sus pétalos formaron.

¡Cuánto he llorado por mi novia ausente!
Así oigo las palabras del galeno:
—murió del corazón—dijo sereno;
y yo ya herido el corazón doliente
quise arrancármelo al sentir latente
el fuego en mis entrañas de un veneno.

Desde entonces ¡ay! con alma inerte
llevo en el corazón mortal saeta...
Por eso a mí la vida no me inquieta
y soporto los golpes de la suerte,
porque sé que el doctor dirá a mi muerte:
¡murió del corazón este poeta!

¿MUERTA?

Está mi musa triste y muy enferma,
está mi pobre lira hecha pedazos;
dejad que en el sufrir mi alma se duerma,
ya que el dolor me estrecha entre sus brazos.

Hoy sólo una visión contemplo mudo:
la imagen de mi madre tan querida;
ese ángel que en la tierra fué mi escudo,
ese ángel que en el cielo no me olvida.

La muerte que pensó en mi madre bella,
no pensó que al herirla su guadaña
debió matarme a mí junto con ella,
porque soy un pedazo de su entraña.

No ha muerto, no, mi dulce viejecita,
pues vive en mí, la siento, ¡oh, desvarío!
vive aún su corazón que aquí palpita,
porque ella lo dejó dentro del mío.

INVERNAL

Ya marchita la flor de la existencia
pierde el aroma que el amor le dió,
pues no recibe besos y caricias
de un fecundante sol.

El cierzo de la suerte llega ingrato
hiriendo sin piedad la pobre flor
y el hielo que en sus pétalos se posa
marchita su color.

Más tarde muere... y al volar sus hojas
que arrastra presto el huracán veloz,
lejos, lejos, se extingue en el olvido
su lastimero adiós.

¿Para qué, pues, pensar en la existencia?
¿Para qué darle vida a la ilusión?
¡si todo expira en brazos de la muerte
por voluntad de Dios!

CUANDO MUERA

Mañana cuando al golpe de la Parca
mi cuerpo quede en tierra
y halle la hermosa luz porque suspira
el alma prisionera,
yo quiero que se oculten mis despojos
bajo una tosca piedra
que el tiempo ha de adornar con la esmeralda
de la sencilla hierba.

No quiero nunca el mármol prostituído
que erige la soberbia
a tantos que en la vida sólo fueron

almas de la miseria
o cabezas vacías que en el mundo
pasaron por lumbreras.

¡Qué necios los que en vida han levantado
esas tumbas inmensas,
con vana ostentación de que hace gala
la estúpida opulencia!
Ajenos al dolor de los que sufren,
quizá no piensan
que insultan a los muertos cuya tumba
es un montón de tierra.

Yo quiero descansar, y que olvidado
bajo la tosca piedra,
sólo inquiete mi sueño el canto dulce
de avecillas parleras
que dejan al pasar un rumoroso
fru-frú de alas de seda.

Las aves compañeras de mi alma
que en sus ensueños vuela,
no lloran en las tumbas porque saben
que no están prisioneras
sus hermanas las almas, que escaparon
de la inmunda materia
por la escala de luz que las conduce
a la Verdad Eterna.

No quiero de la humana muchedumbre
ni un recuerdo siquiera;
mucho menos un mármol que me agobie
de mentida grandeza:
¡cuánto mármol no he visto en su blancura
cubrir un alma negra!

VIQUEZ (Pío).

Nació en Cartago en 1850 y murió en 1899. Fué maestro, profesor, catedrático y diplomático, pero descolló principalmente como periodista. Durante diez años dirigió el diario "El Heraldo", que representa una época en la cultura costarricense.

Sus trabajos fueron recogidos en 1903 y formaron el admirable libro *Miscelánea*, voluminosa obra que contiene las prosas y poesías de esta eminente figura de las letras centroamericanas.

LA INGRATITUD

Una blanca paloma de Castilla
joven, muy joven vino a mi morada:
era tan linda que muy pronto amada
fué de mi alma la cándida avecilla.

Volar aún no podía; mas sencilla,
en mi cariño al verse tan mimada,
se estaba en mi regazo reclinada
o en mis palmas picando la semilla.

De amor la di la explicación primera;
en las ramas de un mirto la hice nido,
y fué por ella mi pasión sincera.

Mas luego que su pluma hubo crecido,
dejóme en soledad... en cual esfera
¡premio del bien la ingratitud no ha sido!

LA POBREZA

Del que apenas tal vez fortuna escasa
al riego de su frente se procura,
tú puedes aliviar la carga dura
cubriendo el techo de su pobre casa;

del peregrino que la sed abrasa
humedecer el labio; con hartura
al hambriento aliviar, y en noche oscura
abrir tu puerta al que sin rumbo pasa.

El que suplica, de rubor cubierto,
el que soberbio calla su flaqueza,
al cabo en ti hallarán sereno puerto.

Mas, ¿qué alivio darás a la tristeza
de aquel que tiene el corazón ya muerto?
¡Gemir y no esperar, eso es pobreza!

EN EL SILENCIO

¿Que yo no temo...? ¡qué inocente eres...!
¡Porque a tu lado siempre estoy tan triste
y alegre y placentero ya me viste
al lado sonreir de otras mujeres!
Deja, mi bien,
que al lado de otras, como mienten ellas,
ría, y fingiendo de un amor querellas,
mienta también.
Deja que mientras a tu lado apenas
doy un suspiro,
testigo fiel de mis amantes penas,
cuando otras miro,
vibren palabras los abiertos labios,
fingiendo historias de ternura acaso,
o bien, inverosímiles agravios
a la coqueta que me cree su Tasso.
Deja que triste y pensativo mire
no más al suelo,
y que en silencio junto a ti respire
las blandas auras de tu limpio cielo;
mas, si traidora boca te suspira
promesas sin cesar, que tú deseas,

y amor te jura eterno, no le creas,
porque es mentira.
Acosa ignora
tu inocencia, dulcísimo bien mío,
que siendo amor secreto desvarío,
como secreto en el silencio mora...

LA MUERTE

I

La muerte y la belleza son profundas,
y tanto azul y obscuro tienen ambas,
que pudiera decirse que rasgaron
un mismo seno como dos hermanas.

Que igualmente fecundas y terribles
el infinito miden con sus alas,
que siguen juntas por la misma senda
y el mismo enigma indescifrable guardan.

II

¡Oh, mujeres, sonrisas, trenzas de oro,
negros cabellos, cantos y miradas!
¡Oh, perlas que la mar mezcla en sus ondas!
¡Oh, de la selva obscura, aves que irradian!

Bebed los dulces jugos de la vida.
El blando eterno sueño a mí me llama,
vuestro libro jamás, jamás se llena,
y en mi libro no cabe ya palabra.

III

Judit, nuestros destinos se aproximan
como nadie creyera al ver mi cara,

y tu semblante, que refleja un mundo,
cual de espumas la mar, lleno de gracia.

Todo el divino abismo está en tus ojos,
y yo el hondo estrellado siento en mi alma.
Los dos nos encontramos junto al cielo:
tú eres bella, y yo el viejo que se marcha.

COLON

¡Mago, numen o genio... lo que seas:
que ora ciñes la luz de un gran profeta,
y ora vuelas, flamígero cometa,
y de abismo en abismo centelleas...!

Cantarte quiero: el pabellón que ondeas
zona de lampo a tu sien sujeta,
sacuda en mi alma inspiración inquieta,
y surjan luminosas mis ideas.

Te cantaré... Mas ¡ay! es tan inmensa
tu figura, magnífico demente,
a quien de hinojos todo el orbe inciensa,

¡que no hallo nota...!; inclinaré la frente,
pues eres como Dios... en él se piensa,
¡mas sólo, entero, el corazón lo siente...!

EL MENDIGO

¿Qué pena cruel tu corazón destroza
misérrimo infeliz, pues que te miro,
aunque en harapos mil, sin un suspiro,
queja del alma en que la hiel reboza?

En el hueco de tierra de la choza
te duermes sin dolor, y yo deliro
maldiciendo mi suerte en el retiro
do apenas tengo mi jergón de broza.

Mas tú pides humilde al potentado
limosna por tu Dios... yo no consigo
encorvarme, aunque soy necesitado.

A mí mismo me pides el abrigo,
y aunque mísero, a darte estoy forzado:
¡cuál será de los dos el más mendigo!

YGLESIAS OGAN (Rubén).

Solo ha publicado un libro: *Album* (1922), Es uno de los poetas más jóvenes del país.

JUNTO AL MAR

Hace ya tiempo en el silencio espero
la nave que en mis sueños veo constante,
nave que anhela el corazón amante
por el mundo ser pájaro viajero...

Cuando un buque, ignorado mensajero,
corta la línea del confín distante,
sugiere una inquietud interrogante
que del alma borrar en vano quiero...

nave dorada, en que mi dicha viene:
¿es que un viento contrario te detiene?
¿bajo qué tempestad sufriste daños?

¡Tal vez cuando aparezca en lontananza
tu vela como un ala, mi esperanza
se ha llevado el dolor con sus engaños!

VIAJAR...

Viajar, viajar... Buscar bajo otro cielo
la dulzura de un nuevo encantamiento,
y al sentir que es un ave el pensamiento
ahondar el horizonte de su vuelo...

Que el alma vaya guiada por su anhelo,
como una vela a la merced del viento,
y haga la vida un milagroso cuento
pleno de luz, de amor y de consuelo...

Ser pájaro cantando en el camino...
y al brindarnos una hora ya el destino
su alcázar de la muerte para el sueño,

¡encontrar en el reino silencioso
el ignoto país maravilloso
que fué en la ruta nuestro vano empeño!...

LAMPARA VOTIVA

Recuerdas, cuando toda ruborosa,
«hemos de amarnos siempre—me decías—
y este cariño alumbrará las almas
como al altar la lámpara votiva...»

Yo, viéndome en el fondo de tus ojos,
en que sólo se oculta la mentira
y ciego de pasión, enloquecido,
en tus palabras pérfidas creía...

Después he visto cómo lentamente
se fué el amor que me juraste un día,
cual se apaga, ya falta de óleo santo,
ante el altar, la lámpara votiva...

Lejos estás... No sé, no sé qué historia
se junta con tu nombre y con tu vida...
no sé por qué, cuando de ti se habla,
miro siempre sonrisas de ironía...

¡Sólo sé con tristeza que en el fondo
de mis silencios y melancolías,
vive puro y constante tu recuerdo
como una dulce lámpara votiva!...

ZAMORA ELIZONDO (Hernán).

Es, además de poeta, un prosista ameno y brillante. No ha publicado ninguna obra. Sus principales trabajos se han insertado en la revista "Athenea".

LECCION DE LA VIDA

Adiós, viejecita, que vas terminando
tu larga jornada;
adiós, viejecita, convulsa y creyente;
adiós, viejecita, por todos amada.

Anciana piadosa,
enséñame toda la extraña lección
que supo la vida, con lápiz de duelo
grabar en el pliego de tu corazón.

Penosa es la vida,
lo dice la nieve de tu cabellera;
dolor es la vida, por eso se encorva
tu cuerpo, en un día flexible palmera,
mas, tiene la vida también su alegría,
lo dice, en tu boca la dulce sonrisa,
la vida maltrata las flores cruelmente
y canta canciones, igual que la brisa.

Adiós, viejecita, que vas terminando
tu larga jornada;
adiós, viejecita, convulsa y creyente;
adiós, viejecita, por todos amada.

Adiós, viejecita, ¿qué peso te encorva?
¿Los años acaso cortaron la rosa
que sobre tus labios
llenaba de aromas tu risa fogosa?

Enséñame, anciana piadosa y sonriente,
cuál es entre todas la senda florida,
no pierdas el tiempo, que dentro de poco
te deja la vida.

Anciana piadosa,
enséñame toda la extraña lección
que supo la vida, con lápiz de duelo,
grabar en el pliego de tu corazón.

CONSEJO A LA MORA

Deja ya de volar, repliega el ala,
alma inquieta y fogosa, porque ahora
no es propicio el cantar de que haces gala,
entre gente tan seria y pensadora.

Deja ya de volar, repliega el ala
y empéñate en faena productora,
esa porfía en tu ilusión es mala
y no tiene más don que ser sonora.

Deja ya la ilusión, porque a la larga
sólo tendrás una congoja amarga,
y si en eso prosigues, lograrás

que en lo más empinado del camino
te magullen las aspas de un molino
mientras ríe mi cuerpo... y nada más.

LUZ DE SANGRE

Poeta profesor de la esperanza
y ruiseñor de la constante aurora,
que vas dejando tu canción sonora
lejos del bienestar de Sancho Panza;

ya que tu corazón, hora tras hora,
esgrime la ilusión como una lanza
de Quijote inmortal, que no descansa,
en el altar de Dios, bendice y ora.

Y si quieres, pastor de corazones,
que haya lumbre de amor en tus canciones,
quémate con el fuego de tu luz,

como el Maestro de Sapiencia pura
que para iluminar con su ternura
se prende con tres clavos de una cruz.

TE MIRO EN LA MARCHA

Pasito a pasito, temerosamente,
vienes caminando risueño y temblón;
te estremece acaso tu empeño inocente
y a mí me estremece paterna ilusión.

Principias la marcha temerosamente,
principias la marcha, risueño y temblón,
y al mirarte siento que, súbitamente,
principio una nueva peregrinación.

Te miro en la marcha: los brazos abiertos,
las manitas trémulas, la risa hecha trino,
los ojos perdidos en rumbos inciertos,

pero no comprendo si en tu bello anhelo
eres hijo mío que empieza el camino
o eres pajarito que comienza el vuelo.

LA ULTIMA SAMARITANA

Por la sombra ritual de la capilla
cruza un rayo de sol—junco de oro

venido del jardín que afuera brilla,
para mecer los cánticos del coro—.

¡La imagen de Jesús! En su mejilla
palpita, como luz, el santo lloro,
y la angustia refleja su amarilla
palidez en el místico decoro.

Al recinto de paz llega el rugido
de la exterior, carnavalesca lucha,
como grito insultante y maldecido,

y en medio de las sombras, el Rabino
se estremece, extenuado, porque escucha
nuevos golpes del paso de Longino.

***

Hay púrpura en la frente y el costado,
la luz en las pupilas agoniza,
y el oscuro cabello ensortijado
tiembla—frío, tal vez—a cada brisa.

El labio de Jesús está acediado
por una sed letal, que no suaviza
la caridad del hombre, alimentado
con la sangre del mismo que agoniza.

La golondrina, húmeda su gala
entre la niebla, por su vuelo rota,
entra al santuario, convulsiona el ala

con amor, de los hombres imprevisto,
y en un giro sutil, deja una gota
entre los labios cárdenos de Cristo.

VISION DE AMOR

Qué alegre siento pasar la vida;
estoy viviendo mi primavera,
están abiertas todas mis flores
y están pobladas mis arboledas.
Tengo jardines, mágicamente
llenos de rosas recién abiertas,
y espesas frondas llenas de nidos
y fuentes claras que serpentean.
Mas otros piensan que es fantasía
toda esta fiesta que me recrea,
bien piensan otros, pues mi tesoro
hay avaricia que lo conserva
dentro de un sésamo que es sólo mío
pues que yo mismo soy la corteza.
Flores y frondas, nidos y cantos,
y sobre toda mi gran riqueza
inmaculado mi cielo brilla
—también es mía su luz eterna—
y sobre el cielo, seis estrellitas
que riegan plata sobre mi tienda:
los seis ojillos de mis pequeños
de que mi alma vive suspensa.
Y cuido flores para mis hijos,
para su madre cuido arboledas,
flores que adornan y que perfuman,
flores intactas, y frondas bellas
que riegan sombra sobre el ensueño
y arrullan nidos: frondas maternas.
A las canoras aves les brindo
grano y más grano, sin llevar cuenta,
que no se agota la casta espiga
que mi alma corta de sus praderas.
Y mientras tanto, constantemente
miro hacia el cielo de luz y seda
y en él contemplo mis estrellitas

y la mirada se enreda en ellas,
y entre los rayos ya confundidos
de mis pupilas y las estrellas,
mi alma que ansía trazar su vuelo,
estremecida también se enreda.
¡Ah!, qué sapiente mi astrología,
la astrología de seis estrellas:
los ojos vivos de mi chiquillo,
los ojos dulces de mis pequeñas.
Medito y sueño viendo su fuego,
fuego de lumbre siempre serena,
y entonces leo todo el mañana
bajo la lumbre de mis estrellas:
Vosotras, hijas, lo que se quiere
siempre se sueña, siempre se espera,
seréis entonces en nuestra casa
dos flores blancas, dos flores bellas.
Amor, ensueño, modestia y lumbre,
cara esperanza, dulce inocencia,
eso me dicen las flores blancas,
quiero por eso que seais como ellas.
Cuando nos brinde la dicha pura
sus cascabeles y panderetas,
reid alegres, con la alegría
del arroyito que brilla y suena,
que vuestra risa será en mi torno
como un ensueño de Nochebuena.
Cuando la brisa suena sus flautas
cantan y ríen las flores frescas.
Pero si llega por nuestro cielo
la nube oscura de la tristeza...
mejor no os digo, sois diminutos
para llevaros por la maleza...
Pero si acaso la sombra viene,
si acaso llega la nube negra,
llorad... no importa, pero que el llanto
sea rocío de flores frescas;
después la brisa viene de nuevo

y otro rocío de nuevo llega,
tal es la vida: sonrisa y llanto
césped y cardo, mas mis estrellas
me están diciendo suntuosamente
que en cardo y césped habrá promesas.
Y tú hombrecito, oye un momento
lo que he pensado por tus estrellas:
cardo punzante que en anhelosa
vigilia cuida las flores bellas,
férreo y activo, serás escudo
de santidades y de noblezas.
León altivo de fiera garra
saldrás al rostro de la impureza
indiferente como un escudo
que para dardos y los desprecia.
Y entre tu pecho, sedeño y suave,
harás un nido, y en la serena
bella alegría y en la desgracia
en ese nido darás tibiezas
a todo ensueño y a todo amor;
sé alegre y fuerte, sufre las penas.
. . . . . .
. . . . . .
. . . . . .
¡Ah! Qué sapiente mi astrología,
la astrologia de seis estrellas:
los ojos vivos de mi chiquillo,
los ojos dulces de mis pequeñas.

Redímete y redime también la inteligencia
de todos los que viven llorando una impotencia
no confesada, llena de fingido dolor;
eleva ante sus ojos los bellos oriflamas
del pensamiento nuevo, radiantes como llamas
de incendio.

Dí a los poetas con retumbante voz:
alzad, artistas bravos, el hacha redentora
de un arte joven, digno de la brillante aurora
que el astro de la ciencia derrama por doquier,
y destrozad los bosques de añejas tradiciones
al son de las viriles y audaces vibraciones
que vuestras arpas den.»

Detuvo su palabra la musa soberana.
El eco mascullaba su acento en la sabana.

Luego me dijo: «Es noche. Las luces importunas
del sol, han zozobrado bajo las ondas brumas
de la tiniebla ya.

No olvides que el torrente viril de la materia
que bulle y que no duerme jamás, es rica arteria
de Vida y de Verdad.»

Calló la ardiente musa. Dos jirones de sombra
tendieron a sus plantas una sedosa alfombra
recamada de luz...

Se sumergió en la bruma de mis ensueños; y era
un estandarte de oro su rubia cabellera
flotando en los confines de un horizonte azul.

PAISAJE

La tarde sus dorados cortinajes
echaba sobre el mar, que cariñoso,
reprimiendo sus ímpetus salvajes,
tendía en la ribera,
al compás de su acento rumoroso,
el manto de su espuma, a la manera
de una estupenda sábana de encajes.
Las gaviotas cruzaban la llanura
del mar, buscando la lejana roca
con vuelo perezoso,
cual cruzan por la mente los recuerdos
lentos y tristes que el dolor evoca
en horas de silencio y de reposo.
Una vela distante parecía
flotando allá en el límite indeciso
en que el azul del mar se confundía
con el azul del cielo, una quimera
de esas que flotan intangibles, puras
—a la pobreza intelectual esquivas—
en torno a las cabezas pensativas.
Y el pobre Juan, el viejo
marino retirado
que en otro tiempo mocetón garrido,
había con las ondas batallado
sin ser jamás por ellas abatido,
solo, con sus ensueños
y con su tosca pipa,
dejaba navegar el pensamiento
sobre el agua tranquila del pasado,
fidelísimo espejo
por el cual desfilaban una a una,
—como débiles sombras que cruzaran
por el disco brillante de la luna—
las penas que amargaron su existencia
por tantos desengaños combatida,

y las horas felices de su vida.

. . . . . .

¡La tarde ya moría
envuelta en su magnífico ropaje
sobre el lecho del mar; y el triste anciano
fija la melancólica mirada
en el oscuro linde del paisaje,
retener parecía
con la pujante fuerza de su anhelo
allá en la lontananza
las aves que semejan los recuerdos,
y la vela, que finge la esperanza!

NOTA FINAL

Al terminar esta antología, debo repetir algo de lo que decía en la «Advertencia al lector» de la anterior, titulada Los Mejores Poetas de la Argentina.

Porque no es, en verdad, empresa fácil y hacedera llevar a cabo, felizmente, una obra como esta, desde tan larga distancia, máxime tratándose de países donde todos los días surgen nuevos líricos y donde aparecen, también, con frecuencia, gran número de libros, la mayor parte de los cuales no salen del propio territorio.

Para confeccionar éste—en cuya labor he invertido más de un año— he tropezado con los mismos inconvenientes y dificultades que tuve al preparar el anterior. Por eso debo advertir al lector y al crítico malicioso que he tratado de hacer una antología *lo más completa posible*, teniendo, claro es, presente, que deben en ella figurar los *mejores*, ya que no todos, pues para esto hubiera sido preciso más de un volumen. No han existido, pues, en mi ánimo, exclusiones intencionadas ni silencios premeditados. Es esta la quinta obra antológica que publico, y debo confesar que jamás al emprender mis tareas de recopilación—tan pacientes y penosas—tuve intenciones malévolas. Por tanto, los poetas costarricenses que no figuren en esta colección no deben considerarse preteridos ni menospreciados; debiendo tenerse presente que algunos no ha sido posible incluirlos por la indolencia de muchos autores a los que se ha pedido su cooperación.

Justo es, también, que exprese aquí mi gratitud más sincera al ilustre literato D. José M. Alfaro Cooper, que, con exquisita amabilidad y loable interés, me proporcionó, desde el primer momento, selecto material de los más esclarecidos poetas del país y libros de los más destacados.

Y asimismo me complazco en consignar que, entre las varias obras consultadas para el mayor éxito de mi empresa, figuran, en primer lugar, las tituladas *Lira Costarricense*, de Máximo Fernández (1890), y *Poetas y Escritores de Costa Rica*, de Rogelio Sotela. En esta última, sobre todo, he hallado datos biográficos de suma utilidad.

E. DE O.

INDICE

Páginas.

Dedicatoria 5
Prefacio 7

A

ALBERTAZZI AVENDAÑO (J.).

¿Determinismo? 11
Cautivo 11
El pregonero 12
Cromo 12
En tu día 13
Pincelada 14
¡Perdónalo, Señor! 14
Eco distante 15
La postrera ilusión 15
Serenamente 16
Flor de histeria 16

ALFARO COOPER (JOSÉ M.).

La abuela 18
Rimas breves 19
A mi esposa 21
Himno Eucarístico 22
Canto a la Eucaristía 23
San Francisco predica a los pajaritos 25
A Rubén Darío 27
Visión 27
Sólo Dios 30
Amor divino 31
Fragmento de la Epopeya de la Cruz 33

ARAYA (CARLOMAGNO).

Casita en que nací 34
El poema de mi dignidad 34
En la muerte de mi padre 39
La América Española 41
Mi retorno 42

B

BARRANTES MOLINA (LUIS). Páginas.
Patrios recuerdos 43

BRAUN (JUAN DIEGO).
La mujer 45

BRENES MESEN (ROBERTO).
El bosque en marcha 48
La voz de la Esfinge 50
La aventura de Arión 53

C

CALDERÓN (VENANCIO R.).
En la tumba de mi madre 57
La mañana 58

CARDONA (JENARO).
La quema 59

CARDONA (RAFAEL).
El sueño de Tuthankhamen 69
Los caballos de Ulises 71
Los héroes (Parthenón) 74
El vencido 74
Homero 75
Esquilo 75
Anacreonte 76
Sófocles 76
Píndaro 77
Sócrates 77
Helena (*Las Sombras*) 78
Aquiles 79
Agamenón 79
Hécuba 80
Príamo 80
Andrómaca 81
Nestor 82

CASTAING (RODOLFO).
Madre mía 83
Su pañuelo 83

Páginas.

Sus caprichos 84
Vuelo Supremo..... 84
Anhelos 85
Pasionaria 85

CHAVARRIA (LISIMACO).

Los carboneros 87
Poema del agua 93

CHAVERRI (GRACILIANO).

Tus ojos..... 99

CORONADO (MARIANO).

Para el álbum de Margarita..... 100
Dios es amor 101

D

DOBLES SEGREDA (GONZALO).

Patria..... 105
Rubia cabecita 106
Ausencia 106
Como el agua que va..... 107
Fuí contigo tan cruel 107
Apunte de verano 108
Alegría de Noche Buena 109
Visión crepuscular 109

DOBLES SEGREDA (Luis).

Tu rosa 112
El pensar de la amada 113
Tu risa 113
Torre de marfil 114

E

ECHEVARRÍA (Jaime).

Ecos del alma 116
Aria de un viaje remoto..... 117

ECHEVERRÍA (AQUILEO J.).

Modelo epistolar..... 119
Epitalamio..... 124
A un mirlo 125
A una morena 126

F

FACIO (Justo A.). Páginas.

Ella 127
María del Socorro 130
Blanco 131
La esperanza 133

FERNÁNDEZ GÜELL (Rogelio).

A la muerte de Plácido 136
En la Sierra 136
Fiat Luz 137
El dolor supremo 137
A Costa Rica 139

FLORES (Luis R.).

El poeta y la mujer 144
A mis versos 146
Desencanto 146

G

GAGINI (Carlos).

El arte 149
Lagrimae rerum 150

GARCÍA SOLANO (Arturo).

Rapsodia sentimental 152

H

HINE (Luis).

Para ella 154
Salomé 155
En la playa 155
Tristeza de indio 156
Ensueño 156
El llanto de Nerón 157

J

JIMÉNEZ (AURISTELA C. DE).

Si tengo alas 159
En el jardín 160

Páginas.

Anhelo 161
¡El gusano había de tener alas! 162

LUJÁN (Agustín).

Patria 165
Salmo 165

M

MARCHENA (Julián).

Interior 167
Deja correr el tiempo 168
El olvido 169
Lo efímero 170
Visión de lejanía 170
Silencio 170
La despedida 171
Escucha, peregrino 171
Una vida 172
El árbol viejo 172
Crepuscular 173
Música triste 173
El loco 174
Vuelo Supremo 174

MATA VALLE (Félix).

Sobre la tumba 176
Envidia 177

P

PACHECO COOPER (Emilio).

El periodista 178
El arte 178
Marieta 183
Cromo 203

PERALTA (Eduardo)

El cuadro antiguo 205
A mi Patria 207
¡Triunfo! 208
El himno del taller 208
El pedazo de pan 209

PRADO (Eladio). Páginas.

Corazón de Jesús, en vos confío 212
Espejismo 213
Amor 215
Serenata 216

Q

QUESADA (Napoleón).

La abuelita 218
A la Vía láctea 222
Hidalgo y Morelos 225
A S. M. la Reina Victoria 226
A Bolívar 227
Ese cuadro 228
A Colón 229
A España 230

S

SÁENZ (Carlos Luis)

Descanso 238
Estrellas 238
El nido vacío 239
Alitas doradas 239
Mañana de Mayo 240
El Don 241
Devoción 241
El juego de nunca acabar 242
Arroyito 243

SÁENZ CORDERO (Efraín).

Evocación 244
El viejo 244
En la fiesta del pueblo 245
Te vas 245
Acuarela 246
A una Reina 247
La tarde de la fiesta 248
Humo azul 248

Páginas.

SÁENZ CORDERO (Jorge).

Las luciérnagas 250
Musa alegre 250
Crepuscular 251
Melancolía 251
El Pavo Real 252

SOTELA (Rogelio).

El poema del silencio 253
Dios es el hermano mejor 257
América a España 259
Después de la lucha 263

T

TRUQUE G. (Ricardo).

Ante San Francisco 265

U

UREÑA (Daniel).

Mentiras 267
Ante la tumba de Aquileo J. Echeverría ... 267
Señor de Compasión 268
Junto al piano 270
¿Muerta? 272
Invernal 273
Cuando muera 273

V

VIQUEZ (Pío).

La ingratitud 275
La pobreza 275
En el silencio 276
La muerte 277
Colón 278
El mendigo 278

Y

YGLESIAS OGÁN (Rubén).

Junto al mar 280
Viajar 280
Lámpara votiva 281

Z

ZAMORA ELIZONDO (Hernán). Páginas.

Lección de la vida 282
Consejo a la mora..... 283
Luz de sangre 283
Te miro en la marcha 284
La última Samaritana 284
Visión de amor 286

ZELEDÓN (José María).

Musa nueva 289
Paisaje 292
Nota final 295

C.IA IBERO-AMERICANA DE PUBLICACIONES, S. A.

LIBRERIA FERNANDO FE

Delegaciones en todos los países Ibero-Americanos
Anuarios - Guías - Prensa - Librería - Ediciones

★

CONSEJO DE ADMINISTRACIÓN

PRESIDENTE:

Excmo. Sr. D. Ignacio Bauer y Landauer, Presidente del Colegio de Doctores de Madrid y Banquero.

VICEPRESIDENTES:

Excmo. Sr. D. José Francos Rodríguez, de la R. A. Española y Ex ministro.

Excmo. Sr. D. Antonio Goicoechea, de la R. A. de Ciencias Morales y Políticas y Ex ministro.

Excmo. Sr. D. Alberto Bandelac de Pariente, C. de la R. A. de Medicina.

CONSEJERO DELEGADO Y DIRECTOR GERENTE:

Sr. D. Manuel L. Ortega, Académico C. de la Real de la Historia.

CONSEJEROS:

Excmo. Sr. D. Rafael Altamira, Catedrático de la Universidad de Madrid y Juez del Tribunal Permanente de Justicia Internacional de La Haya.

Ilmo. Sr. D. Francisco Carrillo Guerrero, Inspector Jefe de Primera Enseñanza de Madrid.

Sr. D. Isaac Toledano, Banquero.

Sr. D. Angel Arpón de Mendivil, Ingeniero.

Sr. D. José Arango, Ingeniero.

Sr. D. M. J. Coriat, Propietario.

Sr. D. Pedro Sáinz Rodríguez, Catedrático de la Universidad de Madrid.

ALGUNAS EDICIONES DE LA

C. I. A. P.

Colección de Documentos Inéditos para la Historia de Hispano-América.

DIRECTOR: EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA
Catedrático de la Universidad de Madrid.

Se publican seis tomos, anualmente, de más de cuatrocientas páginas. Es la obra más importante que se ha hecho sobre la América española.

Suscripción anual ..... 120 pesetas
Por tomos..... 25 pesetas

Fuentes narrativas Hispano-Americanas.

DIRECTOR: D. PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Catedrático de la Universidad Central.

Publicamos en esta colección los libros que su título indica, muchos de ellos rarísimos.

Monografías Hispano-Americanas.

DIRECTOR: EXCMO. SR. D. RAFAEL ALTAMIRA
Catedrático de la Universidad Central.

Los más insignes pensadores hispano-americanos se ocupan en estas monografías de los problemas del mundo de habla española.

Los Clásicos Olvidados.

(Nueva Biblioteca de Autores Españoles)

DIRECTOR: D. PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Catedrático de la Universidad de Madrid.

Da a conocer esta colección, importantísima para la literatura española una serie de obras clásicas ignoradas.

Precio del tomo ..... 7 pesetas
Por suscripción ..... 6 pesetas

Historia de América y de la civilización española.

DIRECTORES: D. ANTONIO BALLESTEROS BERETTA
Y D. PEDRO SAINZ RODRIGUEZ
Catedráticos de la Universidad de Madrid.

PQ 7486 079

Ory, Eduardo de
Los mejores poetas de Costa Rica

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 09 08 03 009 4